

# PRINCIPIOS DE COMUNISMO

FEDERICO ENGELS



Federico Engels

PRINCIPIOS DE COMUNISMO

J. Plejanov

CONCEPCION MATERIALISTA  
DE LA HISTORIA

EL PAPEL DEL INDIVIDUO  
EN LA HISTORIA



quimantú

## PRESENTACION

Presentamos a nuestros lectores un pequeño compendio de orden didáctico acerca del presente volumen.

En primer lugar, publicamos el cuestionario de Engels sobre los asuntos fundamentales del marxismo, que, en forma sencilla, inicia al militante de la causa popular en el conocimiento ordenado y claro del A B C del marxismo.

Complementamos este trabajo con dos folletos didácticos de Plejanov, que también han servido, durante generaciones, a los trabajadores para esclarecer problemas de enfoque revolucionario de cuestiones tan candentes como las diferencias entre el héroe y la masa, destacando el papel siempre concluyente de esta última. De otra parte, los rasgos esenciales de la sociedad y fenómenos se esclarecen en un sencillo ensayo sobre el materialismo histórico, en que el análisis de las clases sociales y su significado para la política nos ofrece un método definido y certero.

# Federico Engels

## PRINCIPIOS DE COMUNISMO

1.<sup>a</sup> pregunta: —¿Qué es el comunismo?

Respuesta: —El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado.

2.<sup>a</sup> pregunta: —¿Qué es el proletariado?

Respuesta: —El proletariado es la clase de la sociedad que gana su subsistencia exclusivamente con la venta de su trabajo, no en interés de un capital cualquiera, y cuyas condiciones de existencia y la existencia misma dependen de la demanda de trabajo y, por consecuencia, de la sucesión de los períodos de crisis y de prosperidad industrial, de las oscilaciones de una competencia desenfrenada. El proletariado o clase de los obreros es, en una palabra, la clase trabajadora de la época actual.

3.<sup>a</sup> pregunta: —¿No ha habido, pues, proletarios en todos los tiempos?

Respuesta: —No. Siempre ha habido pobres y clases trabajadoras. Las clases trabajadoras han sido, casi siempre, pobres. Pero pobres, obreros que vivan en las condiciones que acabamos de indicar, es decir, proletarios, no ha habido siempre, así como tampoco la competencia ha sido siempre libre y desenfrenada.

4.<sup>a</sup> pregunta: —¿Cómo apareció el proletariado?

Respuesta: —El proletariado apareció a causa de

la revolución industrial que se produjo en Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XVIII y que se ha repetido después en todos los países civilizados del mundo. Esta revolución industrial fue provocada por la invención de la máquina de vapor, de varias máquinas de hilar, del telar mecánico y de toda una serie de diversos aparatos mecánicos. Estas máquinas, que eran caras y, por consiguiente, sólo los grandes capitalistas podían procurarse, transformaron por completo todo el antiguo sistema de producción y eliminaron a los antiguos artesanos, ya que fabricaban las mercancías mejor y más baratas que lo que podían hacerlo los artesanos con sus groseros instrumentos. Esto explica por qué la introducción de las máquinas puso a la industria enteramente en manos de los grandes capitalistas y arrebató todo su valor a la pequeña propiedad artesana (instrumentos, telares, etc.), de modo que los capitalistas lo tuvieron todo en seguida entre sus manos y los obreros no tuvieron nada. El sistema de la fábrica fue introducido primero en la industria del vestido. Después, una vez dado el primer impulso, el sistema se extendió rápidamente a las demás ramas de la industria, en especial a la imprenta, a la alfarería y a la metalurgia. Cada vez fue más repartido el trabajo entre los diferentes obreros, de tal suerte que el obrero, que hasta entonces había hecho un trabajo completo, no hizo en adelante más que una parte. Gracias a esta división del trabajo los productos pudieron ser fabricados con mayor rapidez y, por consecuencia, más baratos. Se redujo la actividad de cada obrero a un simple gesto mecánico constantemente repetido, que podía ser hecho tan bien o mejor por una máquina. Todas las ramas de la producción, una tras otra, cayeron bajo la dominación del maquinismo y de la gran industria, como habían caído el tejido y la hilandería. El resulta-

do de esto fue que pasaron del todo a manos de los grandes capitalistas y los obreros perdieron con ello lo que les quedaba de independencia. Poco a poco, además de la manufactura propiamente dicha, la industria de los artesanos cayó cada vez más bajo el dominio de la gran industria, en el sentido de que los grandes capitalistas, al instalar grandes talleres en los que los gastos generales eran menores y el trabajo podía ser también dividido, eliminaron paulatinamente a los pequeños productores independientes. Esto explica por qué, en los países civilizados, casi todas las ramas de la producción han sido incorporadas al sistema de la gran industria y por qué en todas las ramas industriales la producción artesanal y la producción manufacturera han sido eliminadas por la gran industria. Y es esto lo que explica también la ruina, más y más pronunciada, de la antigua clase media, la completa transformación de la situación de los obreros y la constitución de dos nuevas clases que engloban poco a poco a todas las demás, a saber:

1.<sup>a</sup> La clase de los grandes capitalistas, que están ya en todos los países civilizados en posesión exclusiva de todos los medios de existencia y de las materias primas e instrumentos (máquinas, fábricas) necesarios para la producción de los medios de existencia; es ésta la clase de los burgueses o burguesía.

2.<sup>a</sup> La clase de los que no poseen nada y están obligados a vender su trabajo a los burgueses, para recibir de ellos los medios de subsistencia necesarios para su sostenimiento; es ésta la clase de los proletarios o proletariado.

5.<sup>a</sup> pregunta: —¿En qué condiciones se realiza esta venta de trabajo de los proletarios a la burguesía?

Respuesta: —El trabajo<sup>1</sup> es una mercancía como cualquier otra y su precio es, por consecuencia, fijado según las mismas leyes que el de cualquier otra mercancía. El precio de una mercancía bajo la competencia de la gran industria, o de la competencia libre —lo que viene a ser lo mismo, como tendremos ocasión de ver—, es siempre igual, por término medio, al costo de producción de esta mercancía. El precio del trabajo es, pues, también, igual al costo de producción del trabajo. Pero el costo de producción del trabajo consiste precisamente en la cantidad de medios de subsistencia indispensables para poner al obrero en condiciones de continuar trabajando y no dejarle morir. El obrero no recibirá, pues, por su trabajo más que el *mínimum* necesario para este objeto. El precio del trabajo o salario será, por lo tanto, el *mínimum* necesario para el sostenimiento de la vida. Pero, como los negocios son tan pronto buenos como malos, recibirá unas veces más y otras menos, así como el fabricante recibirá unas veces más y otras menos por sus mercancías. Pero igual que el fabricante, en el promedio de los buenos o malos negocios, no recibe por sus mercancías ni más ni menos que el costo de su producción, así el obrero no recibirá, por término medio, ni más ni menos que este *mínimum*. Y esta ley económica del salario es tanto más severamente aplicada cuanto más fuertemente penetra la gran industria en todas las ramas de la producción.

6.<sup>a</sup> pregunta: —¿Qué clases trabajadoras había antes de la revolución industrial?

---

<sup>1</sup>Observemos que Engels, como Marx, en *La Ideología Alemana* y en *Miseria de la Filosofía*, emplea todavía la expresión "trabajo", en lugar de "fuerza de trabajo". (N. de la Red.)

Respuesta: —Las clases trabajadoras, según las fases del desenvolvimiento de la sociedad, han vivido en distintas condiciones y ocupado posiciones diferentes respecto a las clases poseedoras y dominantes. En la Antigüedad, los trabajadores eran esclavos de los poseedores, como lo son todavía en un gran número de países atrasados e incluso en los Estados meridionales de los Estados Unidos de América.<sup>1</sup> En la Edad Media eran siervos de la aristocracia agraria, como lo son hoy todavía en Hungría, en Polonia y en Rusia. En la Edad Media y hasta la revolución industrial había además, en las ciudades, *compañeros*, que trabajaban al servicio de los artesanos pequeñoburgueses y, poco a poco, a medida del desenvolvimiento de la manufactura, aparecieron obreros de manufactura que eran ocupados ya por los grandes capitalistas.

7.<sup>a</sup> pregunta: —¿En qué se distingue el obrero del esclavo?

Respuesta: —El esclavo es vendido de una vez para siempre. El obrero tiene que venderse cada día, e incluso cada hora. El esclavo aislado, propiedad de su dueño, y en interés de éste, tiene ya una existencia asegurada, por miserable que sea. El proletariado, propiedad, por decirlo así, de toda la clase burguesa, y cuyo trabajo no se compra más que cuando se tiene necesidad de él, no tiene la existencia asegurada. Esta existencia no está asegurada más que a la clase obrera entera como clase. El esclavo está fuera de la competencia. El proletario está de lleno en la competencia y

---

<sup>1</sup>Esto fue escrito en 1847, es decir, veintiséis años antes de la Guerra de Secesión, que suprimió la esclavitud en los Estados Unidos. Además, en la época en que Engels escribía esto, la esclavitud subsistía todavía en algunas colonias francesas y en el Brasil, donde no fue suprimida hasta 1887. (N. de la Red.)

sufre todas las oscilaciones de ella. El esclavo es considerado como una cosa, no como un miembro de la sociedad civil. El proletario es reconocido como persona, como miembro de la sociedad civil. El esclavo puede, pues, tener una existencia mejor que la del proletario, pero este último pertenece a una etapa superior del desenvolvimiento de la sociedad y se encuentra en un nivel más elevado que el esclavo. Este último se liberta suprimiendo, de todas las relaciones de la propiedad privada, solamente la relación de esclavitud y se transforma así en proletario. El proletario no puede libertarse más que suprimiendo la propiedad privada.

8.<sup>a</sup> pregunta: —¿En qué se distingue el proletario del siervo?

Respuesta: —El siervo tiene la propiedad y el disfrute de un instrumento de producción, o de un pedazo de tierra, contra entrega de una parte del producto o a cambio de algún trabajo. El proletario trabaja con los instrumentos de producción de otro, por cuenta de éste y contra la recepción de una parte del producto. El siervo da, el proletario recibe. El siervo tiene una existencia asegurada, el proletario no la tiene. El siervo está colocado fuera de la competencia, el proletario está en medio de ella. El siervo se liberta, bien refugiándose en las ciudades y transformándose allí en artesano, bien dando a su amo dinero en lugar de trabajo y productos y transformándose en un colono libre, bien expulsando su señor feudal y haciéndose él mismo propietario; en resumen, entrando, de una manera u otra, en la clase poseedora y en la competencia. El proletario se liberta suprimiendo la propia competencia, la propiedad privada y todas las diferencias de clase.

9.<sup>a</sup> pregunta: —¿En qué se distingue el proletario del artesano?

Respuesta: —En los antiguos oficios, después de

terminar el aprendizaje, el joven artesano no era generalmente más que un asalariado, que se transformaba a su vez en dueño después de cierto número de años, mientras que el proletario es casi siempre un asalariado toda su vida. El artesano que no era todavía dueño, era compañero de éste, vivía en su casa y comía en su mesa; mientras que el proletario no tiene con su patrono más que una simple relación de dinero. El compañero en el oficio pertenecía a la misma categoría social que su dueño y compartía sus costumbres, mientras que el proletario está socialmente separado de su patrono, el capitalista, por todo un mundo de diferencias de clase. Vive en otro medio, de una manera por entero distinta de él. Sus concepciones son totalmente diferentes de las del patrono. El artesano se servía de su trabajo, de un instrumento que era en general de su propiedad, o podía, en todo caso, llegar a serlo, mientras que el proletario se sirve de una máquina o de una parte de todo un sistema de máquinas, que no es de su propiedad ni puede llegar a serlo. El artesano fabricaba casi siempre un objeto completo y tenía siempre una importancia decisiva para la construcción de este objeto la destreza con que se servía del instrumento, mientras que el proletario no fabrica más que una parte del artículo, no hace más que participar en la ejecución de un proceso parcial de trabajo para la fabricación de esta parte, y su destreza personal pasa a un segundo plano, después del trabajo de la máquina. Su habilidad es, frecuentemente, más importante en cuanto a la cantidad que en cuanto a la composición de las partes de los objetos fabricados por él. El artesano, como su amo, estaba protegido durante generaciones enteras contra la competencia, por las prescripciones corporativas o por la costumbre, mientras que el proletario debe unirse a sus camaradas o recurrir a la ley para no ser aplas-

tado por la competencia. El excedente de la oferta de fuerza de trabajo le aplasta a él, y no a su patrono. El artesano era, como su amo, limitado, estrecho, sometido al espíritu de casta, adversario de toda novedad, mientras que el proletario tiene que recordar a cada instante que los intereses de su clase son profundamente distintos de los de la clase capitalista. La conciencia de clase sustituye en él al espíritu de casta y comprende que el mejoramiento de la situación de su clase no puede buscarse más que en el progreso de la sociedad. El artesano era, en resumen, reaccionario, incluso cuando se rebelaba, y la mayor parte de las veces precisamente a causa de esto, mientras que el proletario se ve obligado a ser cada vez más revolucionario. El primer progreso social contra el que se levantó el artesanado reaccionario fue la manufactura, es decir, la subordinación del oficio —tanto maestro como compañero— al capital mercantil, que se escindió de inmediato en capital comercial y en capital industrial.

10.<sup>a</sup> pregunta: —¿En qué se distingue el proletario del obrero de manufactura?

Respuesta: —El obrero de manufactura de los siglos XVI al XVIII tenía todavía en su poder, casi siempre, un instrumento de trabajo, su telar, su tornó de hilar para la familia, un pequeño campo que cultivaba durante sus horas de ocio. El proletario no tiene nada de esto. El obrero de manufactura vivía casi siempre en el campo y sostenía relaciones más o menos patriarcales con su propietario o su patrono. El proletario vive en las grandes ciudades y no tiene con su patrono más que una simple relación de dinero. La gran industria arranca al obrero de manufactura a sus relaciones patriarcales, pierde la pequeña propiedad que le quedaba todavía y se transforma en proletario.

11.<sup>a</sup> pregunta: —¿Cuáles fueron las consecuencias

directas de la revolución industrial y de la división de la sociedad en burgueses y proletarios?

Respuesta: —En primer lugar, fue destruido del todo el viejo sistema de la manufactura o de la industria que descansa en el trabajo manual, a causa de la disminución de los precios de los productos industriales realizada en todos los países como consecuencia de la introducción del maquinismo. Todos los países semi-bárbaros, que hasta entonces habían permanecido más o menos al margen del desenvolvimiento histórico y cuya industria reposaba sobre el sistema de la manufactura, fueron violentamente arrancados de su aislamiento. Compraron mercancías inglesas baratas y dejaron morir de hambre a sus propios obreros de manufactura. Así, países que no habían realizado ningún progreso desde hacía siglos, tales como la India, fueron completamente revolucionados y la propia China se encamina ahora hacia una revolución. La invención de una nueva máquina en Inglaterra puede tener por resultado condenar al hambre, en el espacio de algunos años, a millones de obreros chinos. De esta manera, la gran industria ha ligado unos a otros a todos los pueblos de la Tierra, transformando todos los mercados locales en un vasto mercado mundial; ha introducido en todas partes el progreso y la civilización, y resulta que todo lo que pasa en los países civilizados tiene necesariamente sus repercusiones en los demás países, de suerte que, si ahora los obreros se libertan en Inglaterra o en Francia, esto debe tener como consecuencia las revoluciones obreras en todos los demás países.

En segundo lugar, la sustitución de la producción manufacturera por la gran industria ha tenido por resultado un extraordinario desenvolvimiento de la burguesía, de sus riquezas y de su poder y ha hecho de ella

la primera clase de la sociedad. En todas partes donde esto se ha producido, la burguesía se ha adueñado del poder político, destruyendo a las clases hasta entonces dominantes: la aristocracia y el patriciado, así como la monarquía absoluta que representaba a las dos. La burguesía destruyó el poder de la aristocracia, de la nobleza, aboliendo los mayorazgos, es decir, la inalienabilidad de la propiedad agraria, así como todos los privilegios feudales. Destruyó el poder del patriciado, suprimiendo todas las corporaciones y todos los privilegios corporativos. Y los sustituyó con la competencia libre, es decir, un estado de la sociedad en que cada uno tiene el derecho de ejercer la rama de actividad que le plazca y en el que no le puede detener en esta actividad más que la falta de capital necesario. La introducción de la libre competencia es, por consecuencia, la proclamación pública de que, en lo sucesivo, los miembros de la sociedad no son desiguales más que en la medida en que son desiguales sus capitales, y de que el capital es el poder decisivo, y así los capitalistas, los burgueses, se han transformado en la primera clase de la sociedad. Pero la competencia libre es indispensable al principio al desenvolvimiento de la gran industria, porque es el único régimen que le permite establecer el predominio sobre los demás modos de producción económica. Después de haber destruido el poder social de la nobleza y del patriciado, la burguesía destruyó también su poder político. En cuanto llega a ser la primera clase desde el punto de vista económico, quiere ser también la primera clase desde el punto de vista político. Y lo consigue por medio de la introducción del sistema representativo, que reposa en la igualdad burguesa ante la ley y en el reconocimiento legal de la competencia libre, y fue establecido en los países europeos en la forma de monarquía constitucional. En

estas monarquías constitucionales no tienen derecho a voto más que los que poseen cierto capital; por consecuencia, solamente los burgueses. Los electores burgueses eligen diputados burgueses y éstos, a su vez eligen, por medio del derecho a rechazar créditos, un gobierno burgués.

En tercer lugar, el proletariado se desarrolló en todas partes siguiendo el desenvolvimiento de la propia burguesía. A medida que la burguesía se enriquecía, aumentaba el número de proletarios, porque, teniendo en cuenta que los proletarios no pueden ser ocupados más que por el capital y el capital no puede crecer más que ocupando a los obreros, se desprende de esto que el aumento del proletariado es paralelo al aumento del capital. El desenvolvimiento de la burguesía tiene también por resultado agrupar tanto a los burgueses como a los proletarios en grandes aglomeraciones en las cuales la industria es practicada con las mayores ventajas, y dar al proletariado, por esta concentración de grandes masas en un reducido espacio, la conciencia de su fuerza. Por otra parte, cuanto más se desarrolla el capital más se inventan nuevas máquinas que eliminan el trabajo manual, más tendencia tiene la industria, como ya hemos dicho, a rebajar a su mínimo el salario, haciendo así la situación del proletariado cada vez más precaria. De este modo, el esfuerzo de la burguesía prepara, gracias al creciente descontento y al desenvolvimiento del poder del proletariado, una revolución social proletaria.

12.<sup>a</sup> pregunta: —¿Qué otras consecuencias tuvo la revolución industrial?

Respuesta: —Con la máquina de vapor y otras máquinas, la gran industria creó los medios de aumentar con rapidez y pocos gastos, hasta el infinito, la producción industrial. La competencia libre impuesta

por esta gran industria, a causa de esta facilidad de la producción, tomó un carácter extraordinariamente violento. Un considerable número de capitalistas se lanzó a la industria y se produjo en seguida más de lo que se podía consumir. La consecuencia de esto fue que las mercancías fabricadas se acumularon, lo que produjo una crisis comercial. Las fábricas tuvieron que detener el trabajo, los fabricantes quebraron y los obreros fueron condenados al hambre. Resultó de esto una gran miseria en todas partes. Al cabo de algún tiempo, vendidos los productos superfluos, las fábricas comenzaron de nuevo a trabajar, aumentaron los salarios y, poco a poco, reanudaron su curso los negocios, pero no por mucho tiempo, porque otra vez se produjeron demasiadas mercancías y hubo una nueva crisis, que tomó exactamente el mismo curso que la anterior. Así es como, desde el comienzo de siglo, el estado de la industria ha oscilado sin cesar entre periodos de prosperidad y periodos de crisis que se producen casi regularmente cada cinco o siete años, arrastrando cada vez a los obreros a una gran miseria, ocasionando un estado de espíritu revolucionario general y poniendo en peligro todo el régimen existente.

13.<sup>a</sup> pregunta: —¿Cuáles son las consecuencias de estas crisis comerciales que se reproducen a intervalos regulares?

Respuesta: —La primera es que la gran industria, por más que ella misma crease en su primer período de desenvolvimiento el régimen de libre competencia, ya no concuerda ahora con ese régimen. La competencia, y de una manera general el ejercicio de la producción industrial por personas aisladas, constituyen ya para ella una ligazón que debe romper y romperá. La gran industria, mientras sea ejercida sobre la base actual, no podrá mantenerse más que a costa de una perturbación

general que se reproducirá cada cinco o siete años, perturbación que pone en peligro toda la civilización, y no sólo precipita a la miseria a los proletarios, sino que arruina además una gran cantidad de burgueses. Por consecuencia, la gran industria, o se destruirá ella misma, lo que es de una absoluta imposibilidad, o conducirá a una organización completamente nueva de la sociedad, en la que la producción industrial ya no estará dirigida por algunos fabricantes que se hacen competencia unos a otros, sino por la sociedad entera, según un plan determinado y conforme a las necesidades de todos.

En segundo lugar, resulta de esto que la gran industria y la extensión de la producción hasta el infinito, que ella hace posible, permiten la creación de un régimen social en el que se producirá una tal cantidad de medios de subsistencia, que cada miembro de la sociedad tendrá en lo sucesivo la posibilidad de desenvolver y de ocupar libremente sus fuerzas y sus facultades particulares, de tal suerte que esta misma propiedad de la gran industria, que en la sociedad actual crea la miseria y todas las crisis comerciales, suprimirá, en otra organización social, esta miseria y estas crisis.

Está, pues, claramente probado:

1.<sup>o</sup> Que a partir de ahora todos estos males tienen su causa en el orden social actual, que no responde ya a sus necesidades.

2.<sup>o</sup> Que existen ya desde ahora los medios para suprimir estos males y para la construcción de un nuevo orden social.

14.<sup>ª</sup> pregunta: —¿Cómo tendrá que ser este nuevo orden social?

Respuesta: —Primero tendrá que arrebatarse el ejercicio de la industria y de todas las ramas de la producción en general a los individuos aislados que se

hacen competencia unos a otros, para entregarlo a la sociedad entera, que lo ejercerá por cuenta de todos, según un plan común y con la participación de todos los miembros de la sociedad. Suprimirá, por consecuencia, la competencia y la sustituirá por la asociación. Teniendo en cuenta, por otra parte, que el ejercicio de la industria por individuos aislados implica forzosamente la existencia de la propiedad privada y que la competencia no es otra cosa que el medio de ejercer la industria con ayuda de cierto número de personas privadas, la propiedad es inseparable del ejercicio de la industria por individuos aislados y de la competencia. La propiedad privada tendrá que ser, pues, suprimida y reemplazada por la utilización colectiva de todos los productos; dicho de otro modo, por la comunidad de bienes. La supresión de la propiedad privada es, incluso, el resumen más breve y más característico de la transformación de toda la sociedad, provocada por el desenvolvimiento de la industria, y es, frecuentemente, por esta causa, indicada con justa razón como la principal reivindicación de los comunistas.

15.<sup>a</sup> pregunta: —¿La supresión de la propiedad privada no era, pues, posible antes?

Respuesta: —No. Toda transformación del orden social, todo cambio en las relaciones de propiedad, son la consecuencia necesaria de la aparición de nuevas fuerzas productivas que no corresponden a las antiguas relaciones de propiedad. La propia propiedad privada ha aparecido así. Porque la propiedad privada no ha existido siempre. Cuando, a fines de la Edad Media, apareció un nuevo modo de producción en la manufactura, modo de producción en contradicción con la propiedad feudal y corporativa de la época, esta producción manufacturera, que ya no correspondía a las antiguas relaciones de producción, dio nacimiento a una nueva forma de pro-

propiedad: la propiedad privada. En efecto, para la manufactura y para el primer período del desenvolvimiento de la gran industria no había otra forma posible de sociedad que la basada en la propiedad privada. Mientras no se pueda producir una cantidad suficiente de productos, no sólo para que haya bastante para todos, sino también para que quede cierto excedente para el aumento del capital social y para el desenvolvimiento de las fuerzas productoras, debe haber necesariamente una clase dominante que disponga de las fuerzas productoras de la sociedad y una clase pobre, oprimida. La constitución y el carácter de estas clases dependen de la fase de desenvolvimiento de la producción. La sociedad medieval, que reposa en el cultivo de la tierra, nos da el señor feudal y el siervo; las ciudades de fines de la Edad Media nos dan el maestro artesano, el compañero y el jornalero; el siglo XVIII, la manufactura y el obrero; el siglo XIX, el gran industrial y el proletario. Es claro que, hasta ahora, las fuerzas productoras no estaban suficientemente desarrolladas para producir bastante para todos, y que la propiedad privada es ya un obstáculo para estas fuerzas productoras. Pero hoy —en que a causa del desenvolvimiento de la gran industria: 1.º, los capitalistas y las fuerzas productoras se multiplican en una medida hasta ahora desconocida, y en que existen los medios de aumentar rápidamente hasta el infinito estas fuerzas productoras; en que, 2.º, estas fuerzas productoras están concentradas en manos de un pequeño número de capitalistas, mientras que la gran masa del pueblo es lanzada cada vez más al proletariado y que su situación es cada vez más miserable y más insoportable en la misma medida en que aumentan las riquezas de los capitalistas; en que, 3.º, estas potentes fuerzas productoras, multiplicándose con tanta facilidad, han excedido de tal modo el cuadro de la propiedad

privada y el régimen burgués actual, que provocan a cada instante las más formidables perturbaciones en el orden social— la supresión de la propiedad privada es no sólo posible, sino incluso absolutamente necesaria.

16ª pregunta: —¿Es posible la supresión de la propiedad privada por la vía pacífica?

Respuesta: —Sería de desear que lo fuese y los comunistas serían por cierto los últimos en quejarse de ello. Los comunistas saben demasiado bien que todas las conspiraciones secretas son no solamente inútiles, sino incluso perjudiciales. Saben demasiado bien que las revoluciones no se hacen por decreto, sino que son en todas partes y siempre la consecuencia necesaria de circunstancias absolutamente independientes de la voluntad y de la dirección de los partidos e incluso de las clases. Pero ven también que el desenvolvimiento del proletariado tropieza en casi todos los países civilizados con brutales represiones y que así todos los adversarios de los comunistas trabajan con todas sus fuerzas por la Revolución. Si el proletariado oprimido es así empujado a la Revolución, nosotros, comunistas, defenderemos con la acción, como ahora con la palabra, la causa de los proletarios.

17ª pregunta: —¿Es posible la supresión de la propiedad privada de un solo golpe?

Respuesta: —No; del mismo modo que no pueden acrecentarse de un solo golpe las fuerzas productoras ya existentes, de la misma manera no puede establecerse el comunismo de un día a otro. La Revolución proletaria no podrá, por consecuencia, más que transformar poco a poco la sociedad actual, y no podrá suprimir por completo la propiedad privada más que cuando haya creado la cantidad necesaria de medios de producción.

18ª pregunta: —¿Qué curso tomará esta Revolución?

Respuesta: —Establecerá primero una Constitución democrática y por ella, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. En Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo, directamente. Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo está compuesta no sólo de proletarios, sino también de pequeños campesinos y pequeños burgueses que no están todavía en vías de proletarización y dependen, más o menos, en todo lo que concierne a sus intereses políticos, del proletariado, y tendrá, pues, por consecuencia, que someterse muy pronto a las reivindicaciones de la clase obrera. Esta necesitará tal vez una segunda lucha, que no puede terminar más que con la victoria del proletariado.

La democracia no será de ninguna utilidad para el proletariado si no la utiliza en seguida para tomar medidas que impliquen un ataque directo a la propiedad privada y aseguren la existencia del proletariado. Las más importantes de estas medidas, tales como están ya desde ahora indicadas como desprendiéndose necesariamente de la situación, son las siguientes:

1ª Reducción de la propiedad privada por medio de impuestos progresivos, fuertes impuestos sobre la herencia, supresión del derecho de herencia en línea colateral (hermanos, sobrinos, etc.), empréstitos forzados, etc.

2ª Expropiación progresiva de los propietarios agrarios, de los industriales, de los propietarios de ferrocarriles y armadores, ya por medio de la competencia de la industria del Estado o ya directamente contra indemnización en papel moneda.

3ª Confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes en beneficio de la mayoría del pueblo.

4ª Organización del trabajo u ocupación de los

obreros en las fábricas y talleres nacionales, suprimiendo la competencia entre obreros y obligando a los industriales que subsisten todavía a pagar el mismo elevado salario que pague el Estado.

5ª Obligación de trabajar para todos los miembros de la sociedad, hasta la supresión completa de la propiedad privada; constitución de ejércitos industriales, en particular para la agricultura.

6ª Centralización en manos del Estado del sistema de crédito y del comercio del dinero, por medio de la creación de un Banco Nacional, con un capital del Estado y supresión de todos los bancos privados.

7ª Multiplicación de las fábricas nacionales, de los talleres, ferrocarriles, navíos, roturación de todas las tierras y mejoramiento de las ya cultivadas a medida que aumenten los capitales y las fuerzas obreras de que disponga el país.

8ª Educación de todos los niños, a partir del momento en que puedan prescindir de los cuidados maternos, en instituciones nacionales y por cuenta de la nación. (Educación y fabricación.)<sup>1</sup>

9ª Construcción de grandes palacios en los dominios nacionales para servir de habitación a comunidades de ciudadanos ocupados en la industria o en la agricultura y que unan las ventajas de la vida ciudadana a las de la vida del campo, sin sus inconvenientes.

10ª Destrucción de todas las habitaciones y barrios insalubres y mal contruidos.

11ª Derecho de herencia igual para los hijos legítimos e ilegítimos.

---

<sup>1</sup>Las palabras entre paréntesis parecen indicar que el autor se proponía desarrollar este punto, mostrando la necesidad de apoyar todo el sistema de educación sobre el trabajo. (N. de la Red.)

12ª Concentración de todos los medios de transporte en manos del Estado.

Todas estas medidas no podrán, claro está, ser aplicadas de un solo golpe. Pero cada una supone necesariamente la siguiente. Una vez realizado el primer ataque radical a la propiedad privada, el proletariado se verá obligado a marchar hacia adelante y concentrar cada vez más en manos del Estado todo el capital, la agricultura y la industria, los transportes y los cambios. Es éste el objeto que persiguen todas estas medidas y serán aplicables y obtendrán su efecto centralizador, en la proporción que crezcan las fuerzas productoras del país, gracias al trabajo del proletariado.

En fin, cuando todo el capital, toda la producción y todos los cambios estén concentrados en manos del Estado, la propiedad privada caerá por sí misma, el dinero se hará superfluo y la producción aumentará y los hombres se transformarán hasta tal punto, que podrán suprimirse también las últimas relaciones de la antigua sociedad.

19.ª pregunta: —¿Se hará esta Revolución en un solo país?

Respuesta: —No; la gran industria, al crear el mercado mundial, ha ligado ya de modo tan íntimo unos a otros los pueblos de la Tierra y, en especial, los más civilizados, que cada pueblo depende estrechamente de lo que pasa en los otros. Ha unificado, además, en todos los países civilizados, el desenvolvimiento social hasta tal punto, que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han transformado en las dos clases más importantes de la sociedad y que el antagonismo entre estas dos clases es hoy el antagonismo fundamental de la sociedad. La Revolución comunista, por consecuencia, no será una revolución puramente nacional. Se producirá al mismo tiempo en todos los países civiliza-

dos, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania.<sup>1</sup> Se desenvolverá en cada uno de estos países, más rápida o más lentamente, según estos países posean una industria más desarrollada, una mayor riqueza nacional y una masa más considerable de fuerzas productoras. Por eso será más lenta y más difícil en Alemania, más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá también en todos los demás países del globo una considerable repercusión y transformará del todo su modo de desenvolvimiento. Será una revolución mundial y deberá tener, por lo tanto, un terreno mundial.

20ª pregunta: —¿Cuáles serán las consecuencias de la supresión de la propiedad privada?

Respuesta: —Al arrebatarse a los capitalistas privados todas las fuerzas productivas y todos los medios de transporte, así como el cambio y el reparto de los productos, administrándolos según un plan establecido, basándose sobre los recursos y las necesidades de la colectividad, la sociedad suprimirá, primero, todas las consecuencias nefastas que están todavía ligadas a la existencia de la gran industria. Las crisis desaparecen; la producción, que es, en realidad, en la sociedad actual una sobreproducción y constituye una causa tan importante de miseria, no bastará para cubrir todas las necesidades y tendrá que ser ampliada todavía más. En lugar de crear la miseria, la producción, superior a las necesidades de todos, asegurará a todos la satisfacción de las mismas y hará aparecer nuevas necesidades, al mismo tiempo que los medios de satisfacerlas. Será la condición y la causa de nuevos progresos, que realizará

---

<sup>1</sup>No olvidemos que esto fue escrito en 1847, es decir, en una época en que Rusia era todavía un país puramente agrario. (N. de la Red.)

sin producir, como hasta ahora, perturbaciones en la sociedad. La gran industria, libertada del yugo de la propiedad, se extenderá en tales proporciones, que su extensión actual aparecerá tan mezquina como la manufactura al lado de la gran industria moderna. El desenvolvimiento de la industria pondrá a disposición de la sociedad una masa de productos suficiente para satisfacer las necesidades de todos. Del mismo modo la agricultura, que bajo el régimen de la propiedad privada y del parcelamiento no podía aprovecharse de las mejoras realizadas y de los descubrimientos científicos, conocerá un desarrollo totalmente nuevo y pondrá a disposición de la sociedad una cantidad absolutamente suficiente de productos. Así, la sociedad fabricará suficientes productos para poder organizar el reparto de manera que satisfaga las necesidades de todos sus miembros. La separación de la sociedad en diferentes clases antagónicas se hará, así, superflua. Se hará no sólo superflua, sino incompatible con el nuevo orden social. La existencia de las clases es provocada por la división del trabajo. En la nueva sociedad, la división del trabajo, bajo sus antiguas formas, desaparecerá por completo. Porque para llevar la producción industrial y agrícola al nivel que hemos dicho, los medios químicos y mecánicos no bastan. Las capacidades de los hombres que utilizan estos medios tendrán que ser igualmente desarrolladas en la misma proporción. Del mismo modo que los campesinos y los obreros de manufactura del siglo XVIII al incorporarse a la gran industria modificaron toda su manera de vivir y se transformaron incluso en hombres completamente diferentes, la producción en común para el conjunto de la colectividad y el nuevo desenvolvimiento de la producción que resultará de esto necesitarán y crearán hombres completamente diferentes de los de hoy. La producción en común nece-

sita hombres diferentes de los actuales, cada uno de los cuales debe estar sometido a una rama particular de la producción, encadenado a ella y sin desarrollar, por consecuencia, más que una sola de sus facultades a expensas de las otras, sin conocer más que una rama o incluso una parte de una rama de la producción. La industria actual tiene cada vez menos necesidad de tales hombres. La industria ejercida en común, y según un plan, por el conjunto de la colectividad, supone hombres cuyas facultades están desarrolladas en todos los sentidos y están en condiciones de dominar toda la producción. La división del trabajo, ya minada por el trabajo del maquinismo y que hace de uno un campesino, de otro un zapatero, del tercero un obrero de fábrica, del cuarto un especulador de Bolsa, desaparecerá, pues, en forma absoluta. La educación hará atravesar con mucha rapidez a los jóvenes todo el sistema de producción, les pondrá en condiciones de pasar sucesivamente de una a otra de las diferentes ramas de la producción, según las necesidades de la sociedad o sus propias inclinaciones. Les quitará, por consiguiente, el carácter unilateral que les da la actual división del trabajo. Por lo tanto, la sociedad organizada sobre la base comunista dará a sus miembros la ocasión de ocupar en todos los sentidos sus facultades desarrolladas de una manera adecuada. De esto se deduce que desaparecerá también toda diferencia entre las clases. De suerte que la sociedad comunista, por una parte, es incompatible con la existencia de las clases, y, por otra, ella misma proporciona los medios de suprimir estas diferencias de clases.

El antagonismo entre la ciudad y el campo desaparecerá también. El ejercicio de la agricultura y de la industria por los mismos hombres, en lugar de ser hecho por clases diferentes, es ya, por causas absoluta-

mente materiales, una condición necesaria de la organización comunista. La dispersión de la población rural en el campo, al lado de la concentración de la población industrial en las ciudades, es un fenómeno que corresponde a una etapa de desenvolvimiento inferior de la agricultura y de la industria, un obstáculo al progreso que se hace sentir ya desde ahora.

La asociación general de todos los miembros de la sociedad para la utilización colectiva y racional de las fuerzas productivas, la extensión de la producción en tales proporciones que pueda satisfacer las necesidades de todos, la supresión del sistema de organización social en el que las necesidades de los unos no son satisfechas más que a expensas de los otros, la completa supresión de las clases y de sus antagonismos, el pleno desenvolvimiento de las capacidades de todos los miembros de la sociedad por medio de la supresión de la división del trabajo, al menos tal como ha sido realizado hasta ahora, por medio de la educación basada en el trabajo, del cambio de actividad, de la participación de todos en los goces creados por todos, de la fusión entre la ciudad y el campo, serán las principales consecuencias de la supresión de la propiedad privada.

21ª pregunta: —¿Qué repercusiones tendrá el régimen comunista en la familia?

Respuesta: —Transformará las relaciones entre los sexos en relaciones privadas, concernientes únicamente a las personas interesadas y en las que la sociedad no tendrá para qué intervenir. Esta transformación será posible desde el momento en que suprima la propiedad privada, educará a los niños en común y destruirá así las dos bases principales del actual matrimonio, a saber: la dependencia de la mujer con respecto al hombre y la de los niños respecto a sus padres. Esta es la respuesta a todas las charlatanerías de los

moralistas burgueses sobre la comunidad de las mujeres que quieren, según ellos, introducir los comunistas. La comunidad de las mujeres es un producto que no pertenece sino a la sociedad burguesa y que se realiza actualmente en la prostitución. Pero la prostitución reposa en la propiedad privada y desaparecerá con ella. Por consiguiente, la organización comunista, lejos de introducir la comunidad de las mujeres, por el contrario la suprimirá.

22ª pregunta: —¿Qué actitud tendrá la organización comunista hacia las nacionalidades existentes?

Respuesta: —Las diferencias nacionales y los antagonismos entre los pueblos desaparecerán cada vez más con el desenvolvimiento de la burguesía, la libertad del comercio, el mercado mundial, la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia correspondientes. El proletariado en el poder las hará desaparecer todavía más completamente. Su acción común en los países civilizados, al menos, es una de las primeras condiciones de su emancipación. A medida que desaparezca la explotación del hombre por el hombre, dejará también de existir la explotación de una nación por otra. Con el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

23ª pregunta: —¿Cuál será su actitud hacia las religiones existentes?

Respuesta: —¿Es muy necesaria una gran penetración para comprender que con los medios de existencia de los hombres, con sus relaciones sociales, su existencia social, se transforman también sus representaciones, sus concepciones y sus ideas, en una palabra, su conciencia? Cuando el mundo antiguo entró en su decadencia, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas

cristianas cedieron el puesto a las ideas del progreso, la sociedad feudal libró su última batalla con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el reinado de la libre competencia en el terreno del conocimiento. La Revolución comunista romperá radicalmente con las antiguas relaciones de propiedad. ¿Qué de extraño tiene, pues, que en el curso de su desenvolvimiento rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales?

24ª pregunta: —¿En que se diferencian los comunistas de los socialistas?

Respuesta: —Los socialistas (propriamente dichos) se dividen en tres categorías:

La primera está compuesta de partidarios de la sociedad feudal y patriarcal. Todas sus proposiciones tienden, directa o indirectamente, a este objeto. Esta categoría de socialistas reaccionarios será siempre, a pesar de sus sedicentes simpatías hacia los obreros y las lágrimas que vierten por las miserias del proletariado, combatida con energía por los comunistas, porque:

1º Se proponen un objeto imposible de realizar.

2º Se esfuerzan por restablecer el dominio de la aristocracia, de los maestros de las corporaciones y de los manufactureros, con su consecuencia de reyes absolutos o feudales, de funcionarios, de soldados y de curas, una sociedad que, ciertamente, no tiene los males de la sociedad actual, pero que entraña por lo menos otros tantos, y no presenta siquiera la perspectiva de la liberación por el comunismo de los pueblos oprimidos.

3º Muestran sus verdaderos fines cada vez que el proletariado se hace revolucionario y comunista, aliándose de inmediato con la burguesía contra el proletariado.

La segunda categoría se compone de partidarios de

la sociedad actual, a los que los males provocados necesariamente por ella les inspiran temores respecto a su mantenimiento. Se esfuerzan, pues, por mantener la sociedad actual pero suprimiendo los males que están ligados a ella. Con este objeto, los unos proponen simples medidas de caridad, los otros grandiosas reformas que, con el pretexto de reorganizar la sociedad, no tienen otro fin que el mantenimiento de esta sociedad misma. Los comunistas tendrán también que combatir con energía a estos socialistas burgueses, porque trabajan en realidad para los enemigos de los comunistas y defienden la sociedad que los comunistas se proponen precisamente derribar.

La tercera categoría, en fin, se compone de los socialistas demócratas, que están dispuestos a sostener por los mismos medios que los comunistas una parte de las medidas indicadas más arriba, no como medio de transición hacia el comunismo sino como medio de suprimir la miseria y los males de la sociedad actual. Estos socialistas demócratas son, o bien proletarios que no han aclarado suficientemente las condiciones de la liberación de su clase, o representantes de la pequeña burguesía, es decir, de una clase que, hasta la conquista de la democracia y la realización de las medidas socialistas que resultarán de ella, tendrá, en muchos aspectos, los mismos intereses que los proletarios. Por esto los comunistas se entenderán con ellos en el momento de la acción y se esforzarán por mantener con ellos una política común, en la medida, sin embargo, en que estos socialistas no se pongan al servicio de la burguesía en el poder y no ataquen a los comunistas. Es evidente que esta acción común no excluye la discusión de las divergencias que nos separan de ellos.

25ª pregunta: —¿Cuál debe ser la actitud de los comunistas hacia los otros partidos políticos?

Respuesta: —Esta actitud será diferente, según los diversos países. En Francia y en Bélgica, donde domina la burguesía, los comunistas tienen, por el momento, intereses comunes con los diferentes partidos democráticos, intereses tanto mayores cuanto más se aproximen los demócratas, en las medidas socialistas que defienden ahora en todas partes, al fin comunista, es decir, cuanto más defiendan clara y firmemente los intereses del proletariado y más se apoyen en él. En Inglaterra, por ejemplo, el movimiento cartista, compuesto de obreros, está mucho más cerca de los comunistas que los pequeños burgueses demócratas o los sedicentes radicales.

En América, donde ha sido introducida la Constitución democrática, los comunistas deberán aliarse al partido que quiera volver esta Constitución contra la burguesía y utilizarla en interés del proletariado, es decir, deberán aliarse a los reformadores nacionalistas agrarios.

J. Plejanov

CONCEPCION MATERIALISTA  
DE LA HISTORIA

*Jorge Valentinovich Plejanov* (1856-1918), brillante intelectual ruso, de profesión ingeniero, se destacó como fundador del movimiento marxista ruso.

Plejanov desarrolló una activa propaganda del marxismo, a través de traducciones de los clásicos marxistas, de conferencias y publicaciones de alto nivel teórico y polémico.

Entre sus trabajos se destacan *La Doctrina Económica de Carlos Marx*, *La Cuestión Agraria*, *El Arte y la Vida Social*, *El Cristianismo* y otras obras.

Nuestra Editorial incluye en el volumen presente dos ensayos breves pero esclarecedores de la problemática del materialismo histórico y el papel del individuo en la historia.

Lamentablemente después de acreditar extraordinarios méritos científicos y revolucionarios, Plejanov abandonó la ruta de la dictadura del proletariado y entró en agudo conflicto ideológico y político con Lenin, quien fuera su discípulo en los inicios de su carrera revolucionaria. Sin embargo, sus obras fundamentales forman parte del tesoro del materialismo y la crítica literaria marxista.

Confesamos que acogimos con no poca prevención el libro del profesor de la Universidad de Roma Antonio Labriola, *Essais sur la Conception Materialiste de l'Histoire*<sup>1</sup>, publicado en París en 1897, con un prefacio de G. Sorel. Acogimos este libro con prevención porque estábamos escamados por ciertas obras de algunos compatriotas suyos, por ejemplo A. Loria<sup>2</sup> (ver, particularmente, su obra *La Teoria Economica della Costituzione Politica*<sup>3</sup>). Pero ya las primeras páginas del libro nos convencieron de que carecíamos de razón y de que Antonio Labriola nada tenía que ver con Aquiles Loria. Cuando íbamos dando fin a la lectura, nos sentimos inclinados a hablar de este libro al lector ruso. Confiamos en que éste no nos guardará rencor por ello. Pues ¡son tan raros los libros no vacíos!

La obra de Labriola fue publicada antes en italiano. La traducción francesa es farragosa y, en algunos pasajes, francamente mala. Decimos esto con toda segu-

---

<sup>1</sup>*Ensayos Acerca de la Concepción Materialista de la Historia* (N. del T.)

<sup>2</sup>Loria, Aquiles (1857—1943). Economista burgués italiano que afirmaba el predominio indivisible del "factor económico" en la Historia (N. de la Red.)

<sup>3</sup>*Teoría Económica de la Organización Política*. (N. del T.)

ridad, aunque no tenemos a mano el original italiano. Pero el autor italiano no puede responder por el traductor francés. En todo caso, los pensamientos de Labriola son comprensibles incluso en la farragosa traducción francesa. Los examinaremos.

El señor Kareiev<sup>1</sup>, quien, como es sabido, lee con mucho celo y tergiversa con extraordinario arte toda "obra" que guarde la menor relación con la concepción *materialista* de la Historia, seguramente vestirá a nuestro autor con el uniforme de los funcionarios del "materialismo económico". Esto será injusto. Labriola con firmeza y bastante consecuentemente, se atiene a la concepción materialista de la Historia; pero no se considera un "materialista económico". Piensa que semejante título cuadra mejor a escritores del tipo del conocido J. T. Rogers<sup>2</sup> que a él y a sus correligionarios. Y esto no puede ser más justo, aunque, a primera vista, pueda parecer no del todo comprensible.

Preguntad a cualquier populista o subjetivista: ¿qué es un materialista económico? Os responderá: es un hombre que atribuye al factor económico una importancia predominante en la vida social. Así comprenden el materialismo económico nuestros populistas y subjetivistas. Y hay que confesar que, indudablemente, existen personas que atribuyen al "factor" económico una importancia predominante en la vida de las sociedades humanas. El señor Mijailovski<sup>3</sup> más de una vez

---

<sup>1</sup>Kareiev, N. I. (1850—1931). Publicista ruso, historiador idealista partidario de la "escuela subjetivista" en la sociología. (N. de la Red.)

<sup>2</sup>Rogers, Jaime T. (1823—1890). Economista burgués de Inglaterra. (N. de la Red.)

<sup>3</sup>N. K. Mijailovski (1842—1904). Destacado ideólogo populista, partidario del "método subjetivo" en la sociología; llevó una lucha encarnizada contra el marxismo. (N. de la Red.)

ha citado a Luis Blanc, quien hablaba del predominio de dicho factor mucho antes que el conocido profesor de los conocidos "discípulos rusos".<sup>1</sup> No comprendemos una cosa: por qué nuestro respetable sociólogo subjetivista se ha detenido en Luis Blanc. Debería saber que, en la cuestión que nos ocupa, Luis Blanc tuvo muchos antecesores. Tanto Guizot como Mignet, Agustín Thierry y Tocqueville reconocían el papel predominante del "factor" económico, por lo menos en la historia de las edades Media y Moderna. Por lo tanto, todos estos historiadores eran materialistas económicos. El ya citado J. T. Rogers, contemporáneo nuestro, en su libro *The Economic Interpretation of History*,<sup>2</sup> también se manifestó como un convencido materialista económico; asimismo reconoció la importancia predominante del "factor" económico. De aquí no se debe, naturalmente, deducir que las concepciones político-sociales de J. T. Rogers fueran idénticas, ni mucho menos, a las de Luis Blanc, por ejemplo. Rogers mantenía el punto de vista de la economía burguesa, y Luis Blanc era en su tiempo uno de los representantes del socialismo utópico. Si le preguntaran ustedes a Rogers qué opinión tiene del orden económico burgués, respondería que la base de este orden la constituyen las propiedades esenciales de la

---

<sup>1</sup>"El Maestro" es Marx, y los "discípulos" sus partidarios. Los "discípulos rusos" son los marxistas rusos, los socialdemócratas rusos. Estas denominaciones convencionales se empleaban en la prensa legal para burlar la censura. Con el mismo fin, Marx figura como "un conocido economista alemán", como "el autor de *El Capital*". Engels figura como un "conocido escritor"; Chernishevski, como "el autor de los *Ensayos Sobre el Periodo Gogoliano de la Literatura Rusa* o como el autor de las *Notas Respecto a la Economía Política de Mill*". (N. de la Red.)

<sup>2</sup>*Interpretación Económica de la Historia*. (N. del T.)

naturaleza humana, y que, por esto, la historia de su surgimiento es la eliminación gradual de los obstáculos que en un tiempo dificultaban la manifestación de dichas propiedades y que hasta la hacían imposible. Luis Blanc, en cambio, diría que el propio capitalismo es uno de los obstáculos elevados por la ignorancia y la violencia en el camino hacia la creación de un orden económico que, por fin, corresponderá realmente a la naturaleza humana. Como veis, es una divergencia muy esencial. ¿Quién estaría más cerca de la verdad? Hablando con franqueza, pensamos que ambos escritores estaban casi igualmente lejos de ella, pero no queremos ni podemos detenernos aquí en esto. Para nosotros, lo importante, ahora, es algo por completo diferente. Rogamos al lector que tenga en cuenta que, tanto para Luis Blanc como para Rogers, el propio factor económico, predominante en la vida social, era, como se dice en matemáticas, una *función* de la naturaleza humana, y, fundamentalmente, de la inteligencia y de los conocimientos del hombre. Lo mismo hay que decir de los historiadores franceses de la época de la Restauración que hemos citado antes. Pero bien, ¿cómo llamar a las concepciones históricas de aquellos que, aunque aseguran que el factor económico es el predominante en la vida social, están al mismo tiempo convencidos de que dicho factor —es decir, el sistema económico de la sociedad— es a su vez el fruto de los conocimientos y de las concepciones del hombre? A estas concepciones se las puede calificar únicamente de *idealistas*. Así, *el materialismo económico no excluye, pues, el idealismo histórico*. Pero esto no es aun del todo exacto; decimos que no excluye, pues, el idealismo, pero deberíamos decir: *puede ser, y hasta ahora lo ha sido en la mayoría de los casos, una simple variedad del mismo*. Después

de esto, se comprenderá por qué los hombres del tipo de Labriola no se consideran materialistas económicos: *precisamente porque son materialistas consecuentes y, precisamente, porque sus concepciones históricas son una contraposición directa al idealismo histórico.*

## II

“Sin embargo —nos dirá quizás el señor Kudrin<sup>1</sup>— ustedes, siguiendo una costumbre propia de muchos “discípulos”, recurren a las paradojas, a los juegos de palabras, mistifican y hacen trucos. Según ustedes, los materialistas económicos han resultado idealistas. Y, en este caso, ¿cómo disponen ustedes que comprendamos a los verdaderos materialistas consecuentes? ¿Acaso ellos rechazan la idea del predominio del factor económico? ¿Acaso ellos reconocen que, con este factor, actúan en la Historia también otros y que nosotros trataríamos en vano de averiguar cuál de ellos predomina sobre todos los demás? No puede uno por menos de alegrarse por los materialistas verdaderos y consecuentes si, efectivamente, no son aficionados a meter el factor económico en todas partes.”

Nosotros respondemos al señor Kudrin que los materialistas verdaderos y consecuentes, efectivamente, no son aficionados a meter el factor económico en todas partes. Además, la propia cuestión sobre qué factor predomina en la vida social les parece una cuestión no esencial. Pero que el señor Kudrin refrene su ale-

---

<sup>1</sup>Kudrin, N. Seudónimo del populista Rusanov. (N. de la Red.)

gria. Los materialistas verdaderos y consecuentes han llegado a este convencimiento sin que, para ello, hayan influido lo más mínimo los señores populistas y subjetivistas. Los materialistas verdaderos y consecuentes pueden únicamente reírse de las objeciones que hacen estos señores a la idea del predominio del factor económico. Además, los señores populistas y subjetivistas han hecho tarde sus objeciones. La incongruencia de la cuestión sobre qué factor predomina en la vida social se ha manifestado ya con toda claridad desde los tiempos de Hegel. El idealismo *hegeliano* excluye la posibilidad misma de semejantes cuestiones. Con mayor razón, la excluye el materialismo dialéctico contemporáneo. Desde que apareció *La Crítica de la "Crítica Crítica"* y, en particular desde que vio la luz el conocido libro *Zur Kritik der Politischen Oekonomie*<sup>1-2</sup>, sólo personas atrasadas en la teoría pueden discutir la importancia relativa de los distintos factores histórico-sociales. Sabemos que nuestras palabras asombrarán no solamente al señor Kudrin, y por ello nos apresuramos a explicarlas.

¿Qué son los factores histórico-sociales? ¿Cómo surge la idea de éstos?

Tomemos un ejemplo. Los hermanos Graco trataban de poner un tope al proceso de apropiación de las tierras comunes por los ricos romanos, proceso fatal para Roma. Los ricos presentaban resistencia a los Gra-

---

<sup>1</sup>*Crítica de la Economía Política.* (N. del T.)

<sup>2</sup>Se trata de la obra de Marx y Engels *La Sagrada Familia o La Crítica de la "Crítica Crítica".* *Contra Bruno Bauer y Cía.* (fue publicada en 1845 en Francfort del Main). El libro de Marx *Crítica de la Economía Política*, en cuya introducción está expuesta en forma concisa la esencia de la teoría del materialismo dialéctico, fue publicado en Berlín en 1859. (N. de la Red.)

cos. Se entabló la lucha. Cada una de las partes contendientes perseguía apasionadamente su objetivo. Si yo quisiera describir esta lucha, podría presentarla como una lucha de pasiones humanas. Las pasiones serían, pues, "factores" de la historia interior de Roma. Pero tanto los Gracos como sus adversarios utilizaban en la lucha aquellos medios que ponía en sus manos el derecho público romano. Yo, claro está, no me olvidaré de esto en mi narración, y, así, el derecho público romano será también un factor del desarrollo interior de la República romana. Más aún: los que luchaban contra los Gracos estaban materialmente interesados en el mantenimiento de un abuso profundamente enraizado. Los que apoyaban a los Gracos estaban materialmente interesados en su liquidación. Señalaré también esta circunstancia, que hace que la lucha por mí descrita sea una lucha de intereses materiales, una lucha de clases, una lucha de pobres contra ricos. Por consiguiente, heme aquí con un tercer factor, que es el más interesante: el célebre factor económico. Si el lector tiene tiempo y lo desea, puede razonar extensamente acerca de cuál de los factores del desarrollo interior de Roma predominaba sobre todos los demás: en mi narración histórica encontrará suficientes datos para mantener cualquier opinión al respecto.

Por lo que a mí se refiere, mientras no abandone el papel de simple narrador, no me apasionaré mucho por los factores. Su importancia relativa no me interesa en absoluto. Como narrador me interesa únicamente el describir los hechos con toda la exactitud y viveza posibles. Para ello, debo establecer cierta ligazón —aunque sea sólo exterior— entre ellos y disponerlos en determinada perspectiva. Si hago mención de las pasiones que agitaban a ambas partes contendientes, de la estructura estatal de la Roma de aquel tiempo, o por

último, de la desigualdad de propiedad en ella existente, lo hago tan sólo en favor de una narración coherente y viva de los acontecimientos. Una vez logrado este objetivo, me siento del todo satisfecho, dejando indiferentemente a los filósofos el solucionar la cuestión de si predominan las pasiones sobre la economía, la economía sobre las pasiones, o, finalmente, nada predomina sobre nada, ya que cada "factor" se atiene a esta ley de oro: vive y deja vivir a los demás.

Todo esto será así en el caso de que yo no salga del papel de mero narrador, ajeno a toda inclinación por las "sutilidades". Pero, ¿qué ocurrirá si yo no me limito a este papel, si me pongo a filosofar con motivo de los acontecimientos por mí descritos? Entonces no me contentaré ya con la mera ligazón exterior de los hechos; entonces desearé descubrir sus causas internas, y esos mismos factores —las pasiones humanas, el derecho estatal y la economía—, a los que antes ya he puesto de relieve y sacado a un primer plano, guiado casi exclusivamente por un instinto artístico, adquirirán para mí una importancia nueva, enorme. Se me presentarán, precisamente, como esas causas internas que busco; precisamente, como esas "fuerzas ocultas" cuya influencia explica los acontecimientos. Crearé la teoría de los factores.

Una u otra variedad de esta teoría, en efecto, deberá nacer allí donde los hombres que se interesan por los fenómenos sociales pasen de su simple contemplación y descripción a la investigación de la ligazón entre ellos existente.

La teoría de los factores crece, además, al mismo tiempo que crece la división del trabajo en las ciencias sociales. Todas estas ciencias —la ética, la política, el derecho, la economía política, etc.— estudian en realidad una misma cosa: la actividad del ser social. Pero

cada una de ellas la estudia desde su punto de vista particular. El señor Mijailovski diría que cada una de ellas "dirige" una "cuerda" particular. Cada "cuerda" puede ser considerada como un factor del desarrollo social. Y, en realidad, nosotros podemos ahora contar casi tantos factores como ciencias sociales existen.

Confiamos en que, después de lo dicho, será comprensible lo que son los factores histórico-sociales y cómo surge la idea de los mismos.

El factor histórico-social es una *abstracción*, su idea se forma por medio de la *abstracción*. Gracias al proceso de abstracción, los distintos *aspectos* de un *todo* social toman el aspecto de *categorías* aisladas, y las diferentes manifestaciones y expresiones de la actividad del ser social —la moral, el derecho, las formas económicas, etc.— se convierten, en nuestra mente, en fuerzas particulares que, aparentemente, provocan y condicionan esta actividad, que son sus causas determinantes.

Una vez surgida la teoría de los factores, forzosamente deben comenzar las discusiones acerca de qué factor hay que considerar como el predominante.

Entre los "factores" existe la acción recíproca: cada uno de ellos influye en todos los demás y, a su vez, sufre la influencia de estos últimos. Como resultado se obtiene una red tan intrincada de influencias recíprocas, de acciones y reacciones, que al hombre que se haya propuesto explicarse la marcha del desarrollo social comienza a darle vueltas la cabeza, y siente una necesidad irresistible de encontrar cualquier hilo para salir de este laberinto. Siendo así que la amarga experiencia le ha demostrado que el punto de vista de la acción recíproca conduce únicamente al mareo, busca otro punto de vista; trata de simplificar su tarea. Se pregunta si alguno de los factores histórico-sociales no es la causa primaria y fundamental del surgimiento de todos los demás. Si consiguiera solucionar esta cuestión en sentido afirmativo, su tarea sería, en realidad, mucho más sencilla. Supongamos que se ha convencido de que todas las relaciones sociales de un país dado están condicionadas —en su surgimiento y desarrollo— por el proceso de su desarrollo intelectual, que a su vez es determinado por las propiedades de la naturaleza humana (punto de vista idealista). Entonces escapa fácil-

mente del círculo vicioso de la acción recíproca y crea una teoría más o menos coherente y consecuente del desarrollo social. Más tarde, gracias al estudio ulterior de esta materia, quizás vea que se ha equivocado, que no se puede considerar al desarrollo intelectual de la gente como la causa primaria de todo el movimiento social. Reconociendo su error, se dará cuenta al mismo tiempo, probablemente, de que, no obstante, le ha sido útil su convencimiento temporal del predominio del factor intelectual sobre todos los demás, porque sin este convencimiento no hubiera salido del punto muerto de la acción recíproca y no hubiera avanzado ni un paso en la comprensión de los fenómenos sociales.

Sería injusto el condenar semejante tentativa de establecer cierta jerarquía entre los factores del desarrollo histórico-social. Estos eran tan necesarios en su debido tiempo como inevitable era el surgimiento de la propia teoría de los factores. Antonio Labriola, que ha analizado esta teoría con mayor plenitud y acierto que todos los demás escritores materialistas, dice muy acertadamente que los "factores históricos son algo mucho menos que la verdad, pero mucho más que un simple error". La teoría de los factores ha aportado su grano de utilidad a la ciencia. "El estudio especial de los factores histórico-sociales ha servido —como sirve todo estudio empírico, que no va más allá del movimiento visible de las cosas— para perfeccionar nuestros medios de observación, y ha dado la posibilidad de encontrar en los propios fenómenos, artificialmente aislados mediante la abstracción, la ligazón que les une con el *complexus* social." En la actualidad, el conocimiento de las ciencias sociales especiales es imprescindible para todo aquel que desee restablecer una parte cualquiera de la vida pasada de la humanidad. La Historia no hubiera llegado muy lejos sin la filología. Además, ¿acaso

han prestado pocos servicios a la ciencia los romanistas unilaterales, para los que el derecho romano era la razón escrita?

Pero por muy legítima y útil que haya sido en un tiempo la teoría de los factores, ahora no puede resistir la crítica. Esta teoría desarticula la actividad del ser social, convirtiendo sus diversos aspectos y manifestaciones en fuerzas particulares, que, supuestamente, determinan el movimiento histórico de la sociedad. En la historia del desarrollo de las ciencias sociales esta teoría desempeñó un papel idéntico al desempeñado por la teoría de las fuerzas físicas aisladas en las ciencias naturales. Los éxitos obtenidos en el campo de las ciencias naturales llevaron a la teoría de la *unidad* de estas fuerzas, a la teoría moderna de la energía. Exactamente igual, los éxitos obtenidos en el campo de las ciencias sociales debían llevar a la sustitución de la teoría de los factores, de este fruto del análisis social, por la *concepción sintética de la vida social*.

La concepción sintética de la vida social no es una particularidad del materialismo dialéctico contemporáneo. La encontramos ya en Hegel, para el cual la tarea consistía en dar una explicación científica de todo el proceso histórico-social tomado en su conjunto, es decir, entre otras cosas, con todos los aspectos y manifestaciones de la actividad del ser social, que parecían factores aislados a las gentes del pensamiento abstracto. Pero Hegel, como "idealista absoluto", explicaba la actividad del ser social mediante las particularidades del espíritu universal. Una vez dadas estas cualidades, está dada "*an sich*" (en sí) toda la historia de la humanidad, así como sus resultados finales. La concepción sintética de Hegel era, al mismo tiempo, una concepción *teleológica*. El materialismo dialéctico moderno ha

eliminado definitivamente a la teleología de las ciencias sociales.

El materialismo dialéctico moderno ha demostrado que los hombres hacen su historia no para marchar, en absoluto, por un camino de progreso trazado de antemano, y no porque deban someterse a las leyes de una evolución abstracta (metafísica, según Labriola). Los hombres hacen su historia tratando de satisfacer sus necesidades, y la ciencia debe explicarnos cómo influyen los distintos procedimientos de satisfacción de estas necesidades en las relaciones sociales de los hombres y en su actividad espiritual.

Los procedimientos de satisfacción de las necesidades del ser social, y en considerable medida estas propias necesidades, son determinados por las propiedades de aquellos instrumentos mediante los cuales el ser social somete a la naturaleza en mayor o menor grado; en otras palabras: son determinados por el estado de sus fuerzas productivas. Toda modificación importante del estado de estas fuerzas se refleja también en las relaciones sociales de los hombres, es decir, entre otras cosas, en sus relaciones económicas. Para los idealistas de todos los tipos y variedades, las relaciones económicas son una función de la *naturaleza humana*; los materialistas dialécticos consideran estas relaciones como una función de las *fuerzas productivas de la sociedad*.

De aquí se desprende que si los materialistas dialécticos consideraran permisible hablar de los factores del desarrollo social con otro fin que el de criticar estas ficciones caducas, deberían, ante todo, señalar a los llamados materialistas *económicos* la *variabilidad* de su factor "predominante"; los materialistas modernos no conocen ningún orden económico que sea el único en corresponder a la naturaleza humana, mientras que las

otras formas de estructura económico-social sean la consecuencia de una violencia mayor o menor sobre ésta. Según las doctrinas de los materialistas modernos corresponde a la naturaleza humana todo orden económico que corresponda al estado de las fuerzas productivas en el tiempo dado. Y al contrario: todo orden económico comienza a estar en contradicción con las exigencias de esta naturaleza apenas se pone en contradicción con el estado de las fuerzas productivas. Así, el propio factor "predominante" se ve subordinado a otro "factor". Entonces, pues, ¿cómo puede ser "predominante"?

Si todo esto es así, está claro que entre los materialistas dialécticos y aquellos a quienes, no sin fundamento, se puede calificar de materialistas económicos existe todo un abismo. ¿Y a qué tendencia pertenecen esos discípulos extremadamente desagradables, de un maestro no del todo agradable, contra los cuales los señores Kareiev, N. Mijailovski, S. Krivenko<sup>1</sup> y demás personas inteligentes y sabias han intervenido hace poco de manera tan apasionada aunque no tan feliz? Si no nos equivocamos, los "discípulos" comparten íntegramente el punto de vista del materialismo dialéctico. ¿Por qué, pues, los señores Kareiev, N. Mijailovski, S. Krivenko y demás personas inteligentes y sabias les atribuyen las concepciones de los materialistas económicos y les atacan precisamente porque —así lo afirman esos señores— conceden al factor económico una importancia exagerada? Se puede suponer que las personas inteligentes y sabias lo hacen porque los argumentos de los materialistas económicos, de grata memoria, son más fáciles de refutar que los argumentos de

---

<sup>1</sup>Krivenko, S. N. (1847—1907). Publicista ruso, populista. (N. de la Red.)

los materialistas dialécticos. Y se puede suponer, además, que nuestros sabios adversarios de los discípulos han asimilado mal sus concepciones. Esta suposición es aun más probable.

Quizás nos objetarán que los propios "discípulos" se llaman a veces a sí mismos materialistas económicos y que la denominación "materialismo económico" fue empleada por primera vez por uno de los "discípulos" franceses<sup>1</sup>. Esto es verdad. Pero ni los discípulos franceses ni los rusos han relacionado nunca con las palabras "materialismo económico" la concepción que relacionan nuestros populistas y subjetivistas. Será suficiente con recordar que, según la opinión del señor N. Mijailovski, Luis Blanc y el señor Iu. Zhukovski<sup>2</sup> eran "materialistas económicos" idénticos a nuestros partidarios actuales de la concepción materialista de la Historia. Es difícil imaginarse una mayor confusión de ideas.

---

<sup>1</sup>Se trata del folleto de Pablo Lafargue *El Materialismo Económico de Carlos Marx*. (N. de la Red.)

<sup>2</sup>Zhukovski, Iu. G. (1822—1907). Economista ruso burgués, autor del artículo *Carlos Marx y su Libro Sobre el Capital*, en el que se trata de "refutar" a Marx. (N. de la Red.)

Eliminando de las ciencias sociales toda teleología y explicando la actividad del ser social por sus necesidades y por los medios y procedimientos de satisfacción de éstas, existentes en el tiempo dado, el materialismo dialéctico<sup>1</sup> comunica por primera vez a las ciencias mencionadas ese "rigor" de que tanto se enorgullecían ante ellas sus hermanas, las ciencias naturales. Se puede decir que las propias ciencias sociales se transforman en ciencias *naturales*: "*notre doctrine naturalise l'histoire*",<sup>2</sup> dice con razón Labriola. Pero esto no significa en absoluto que para él el campo de la biología se funda con el campo de las ciencias sociales. Labriola es un ardiente enemigo del "*darwinismo político y social*", que, ya hace tiempo, "ha contaminado, cual una epidemia, la mente de muchos pensadores, particularmente de los abogados y de los declamadores de la sociología" y, como una costumbre en boga, ha influido hasta en el lenguaje de los políticos prácticos.

Sin duda, el hombre es un animal ligado por lazos de parentesco a otros animales. No es en absoluto un ser privilegiado por su origen; la fisiología de su orga-

---

<sup>1</sup>Labriola emplea la denominación "materialismo histórico", que ha tomado de Engels. (N. del T.)

<sup>2</sup>"Nuestra doctrina naturaliza la Historia". (N. del T.)

nismo no es más que un caso particular de la fisiología general. En un principio, como los otros animales, estaba sometido por completo a la influencia del medio natural que le rodeaba y que, entonces, no había experimentado aún su influencia transformadora; en su lucha por la existencia, el hombre debía adaptarse al medio. Según Labriola, las razas son el resultado de tal adaptación *directa* al medio natural, por cuanto se diferencian unas de las otras por singularidades físicas —por ejemplo, razas blanca, negra, amarilla— y no representan formaciones histórico-sociales secundarias, es decir, naciones y pueblos. Los instintos primitivos sociales y los gérmenes de la selección sexual surgieron también como resultado de una tal adaptación al medio natural en la lucha por la existencia.

Pero nosotros podemos sólo conjeturar cómo era el “hombre primitivo”. Los hombres que pueblan la Tierra en el presente, así como aquellos que han sido estudiados antes por investigadores dignos de crédito, están ya muy lejos del momento en que la vida animal, en el propio sentido de la palabra, cesó para la humanidad. Así, por ejemplo, los iroqueses con su gen materno —estudiado y descrito por Morgan<sup>1</sup>— ya han avanzado relativamente mucho por el camino del desarrollo social. Incluso los australianos contemporáneos no sólo poseen un idioma —al que se puede llamar condición y arma, causa y efecto de la vida social— y no sólo conocen el fuego, sino que viven en sociedades con un régimen determinado, con hábitos e institucio-

---

<sup>1</sup>Morgan, Luis (1818—1881). Sabio etnógrafo norteamericano, creador de la historia científica de la sociedad primitiva. Sobre la base del análisis crítico de la obra fundamental de Morgan, *La Sociedad Antigua*, y otras investigaciones de la sociedad primitiva, Engels escribió su libro *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*. (N. de la Red.)

nes determinados. Las tribus australianas tienen su territorio, sus métodos de caza; poseen ciertas armas de defensa y de ataque, utensilios para guardar las provisiones, ciertos procedimientos de decoración del cuerpo, en una palabra, el australiano vive ya en cierto medio *artificial*, si bien muy rudimentario, al que se adapta desde su infancia más temprana. Este medio artificial—social— es la condición necesaria de todo progreso ulterior. El grado de su desarrollo sirve de medida al grado de salvajismo o barbarie de cada tribu.

Esta formación social primitiva corresponde a la llamada *vida prehistórica* de la humanidad. El principio de la vida histórica presupone un desarrollo aún mayor del medio artificial y un poder mucho mayor del hombre sobre la naturaleza. Las complejas relaciones internas de las sociedades que emprenden el camino del desarrollo histórico no son condicionadas ni mucho menos, hablando propiamente, por la influencia inmediata del medio natural. Presuponen la invención de ciertas herramientas, la domesticación de algunos animales, la capacidad para obtener algunos metales, etc. Estos medios y modos de producción, en diferentes condiciones, varían de manera muy distinta; se puede observar progreso, estancamiento e incluso regreso, pero nunca estos cambios hacen volver a los hombres a una vida puramente animal, es decir, a una vida bajo la influencia inmediata del medio natural.

“La tarea primordial y más importante de la Historia es la determinación y el estudio de este medio artificial, de su origen y cambios. El decir que todo esto no es más que una parte y una prolongación de la naturaleza, es decir algo que, por su carácter demasiado genérico y demasiado abstracto, no significa nada.”<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>*Ensayos*, pág. 144. (N. del T.)

Lo mismo que condena el "darwinismo político y social", Labriola condena los esfuerzos de ciertos "simpáticos diletantes" por unir la comprensión materialista de la Historia con la teoría general de la evolución, que, según su observación brusca pero acertada, se ha convertido para muchos en una simple metáfora metafísica. Labriola se burla también de la ingenua amabilidad de los "simpáticos diletantes" que tratan de poner la concepción materialista de la Historia bajo la égida de la filosofía de Augusto Comte o de Spencer: "esto equivale a presentar como aliados a nuestros enemigos más furibundos", dice Labriola.

La observación acerca de los diletantes se refiere, evidentemente, al profesor Enrique Ferri, autor de una obra muy superficial: *Spencer, Darwin y Marx*, traducida al francés con el título *Socialisme et Science Positive*.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>*Socialismo y Ciencia Positiva*. (N. del T.)

Así pues, los hombres hacen su historia tratando de satisfacer sus necesidades. Es evidente que estas necesidades son determinadas en su origen por la naturaleza; pero, después, cambian de manera considerable cuantitativa y cualitativamente, por las propiedades del medio artificial. Las fuerzas productivas que se encuentran a disposición de los hombres condicionan todas sus relaciones sociales. Ante todo, el estado de las fuerzas productivas determina las relaciones que los hombres establecen en el proceso social de producción, es decir, las *relaciones económicas*. Estas relaciones crean, naturalmente, ciertos intereses que encuentran su expresión en el *derecho*. "Toda norma de derecho ha sido y es la defensa habitual, autoritaria o judicial de un interés determinado", dice Labriola. El desarrollo de las fuerzas productivas crea la división de la sociedad en clases cuyos intereses no sólo son diferentes, sino que en muchos sentidos, en los más esenciales por cierto, son diametralmente opuestos. Esta oposición de intereses engendra choques hostiles entre las clases sociales, su lucha. La lucha lleva a la sustitución de la organización del *gen* por la del *Estado*, cuya tarea consiste en la defensa de los intereses dominantes. Finalmente, sobre la base de las relaciones sociales condicionadas por un estado determinado de las fuerzas productivas,

nace la *moral* corriente, es decir, la moral que guía a los hombres en su habitual vida cotidiana.

Así pues, el derecho, el régimen estatal y la moral de todo pueblo determinado son condicionados de forma *inmediata* y *directa* por las relaciones económicas que le son propias. Estas mismas relaciones condicionan —pero ya de forma *indirecta* y *mediata*— todas las creaciones del pensamiento y de la imaginación: el arte, la ciencia, etc.

Para comprender la historia del pensamiento científico o la historia del arte en un país determinado, es insuficiente conocer su economía. Hay que saber pasar de la economía a la *psicología social*, pues sin un estudio atento y sin la comprensión de la misma es imposible la explicación materialista de la historia de las ideologías. Esto no significa, naturalmente, que existe cierta alma social o cierto “espíritu” popular colectivo, que se desarrolla con arreglo a leyes propias y se manifiesta en la vida social. “Esto es misticismo puro”, dice Labriola. Para el materialista, en el caso dado, se puede tratar tan sólo del estado de los sentimientos e ideas predominantes de una clase social dada en un país dado y en un tiempo dado. Este estado de los sentimientos y las ideas es el resultado de las relaciones sociales. Labriola está firmemente convencido de que no son las formas de la conciencia de los hombres las que determinan las formas de su existencia social, sino por el contrario: las formas de su existencia social determinan las formas de su conciencia. Pero, por haber surgido sobre la base de la existencia social, las formas de la conciencia humana constituyen parte de la Historia. La Historia no puede limitarse a la anatomía de la sociedad, tiene presente todo el conjunto de los fenómenos condicionados *directa* o *indirectamente* por la economía social, incluido el trabajo de la imaginación. No

existe ni un solo hecho histórico que no deba su origen a la economía de la sociedad: pero no es menos cierto que no existe ni un solo hecho histórico al que no anteceda, no acompañe y no siga un cierto estado de la conciencia. De aquí la enorme importancia de la psicología social. Si ya es necesario tenerla en cuenta en la historia del derecho y de las instituciones políticas, aun lo es más en la historia de la literatura, del arte, de la filosofía, etc.

Cuando decimos que una obra corresponde fielmente al espíritu de la Época del Renacimiento, por ejemplo, esto significa que corresponde plenamente al estado de espíritu predominante en aquel tiempo en las clases que daban el tono de la vida social. Mientras no cambien las relaciones sociales, la psicología de la sociedad tampoco cambiará. Los hombres se habitúan a ciertas creencias, concepciones y formas de pensamiento, a ciertas formas de satisfacción de sus necesidades estéticas. Pero si el desarrollo de las fuerzas productivas lleva a cambios algo esenciales en la estructura económica de la sociedad y, a consecuencia de eso, en las relaciones mutuas de las clases sociales, también cambia la psicología de estas clases y, con ella, el "espíritu de la época" y el "carácter del pueblo". Este cambio se expresa en la aparición de nuevas creencias religiosas o de nuevas concepciones filosóficas, de nuevas corrientes en el arte o de nuevas necesidades estéticas.

Según Labriola, hay que tomar asimismo en consideración que en las ideologías también desempeñan a menudo un gran papel las *supervivencias* de los conceptos y corrientes heredados de los antepasados o conservados únicamente por la tradición. Además, en las ideologías se manifiesta la influencia de la naturaleza.

El medio artificial, como es sabido, transforma extraordinariamente la influencia de la naturaleza sobre

el ser social. De *inmediata*, esta influencia se convierte en *mediata*. Pero no deja de existir. En el temperamento de cada pueblo se conservan ciertas particularidades creadas por la influencia del medio natural, particularidades que se modifican hasta cierto grado, pero que nunca son destruidas completamente por la adaptación al medio social. Estas particularidades del temperamento de un pueblo constituyen lo que se llama *la raza*. La raza ejerce una influencia indudable en la historia de ciertas ideologías, por ejemplo, en el arte. Y esta circunstancia aumenta las dificultades de su explicación científica, ya de por sí difícil.

Con bastante detalle y, confiamos, con bastante exactitud, hemos expuesto las concepciones de Labriola sobre la dependencia de los fenómenos sociales respecto a la estructura económica de la sociedad, condicionada a su vez por el estado de sus fuerzas productivas. La mayoría de las veces estamos de completo acuerdo con él. Pero, como en algunos lugares sus concepciones despiertan en nosotros ciertas dudas, quisiéramos hacer algunas observaciones al respecto.

Ante todo, indicaremos lo siguiente. Según las palabras de Labriola, el Estado es la organización de la dominación de una clase social sobre otra u otras. Así es. Pero es dudoso que esta frase exprese toda la verdad. En Estados como China o el antiguo Egipto, donde la vida civilizada era imposible sin trabajos muy complejos y vastos, destinados a regular la corriente y el desbordamiento de grandes ríos y a organizar la irrigación, el surgimiento del Estado puede explicarse en medida considerable por la influencia inmediata de las necesidades del proceso social de producción. La desigualdad, sin duda, existía allí ya en los tiempos prehistóricos y, en uno u otro grado, tanto en el *interior* de las tribus que formaban parte del Estado —y que frecuentemente eran del todo distintas por su origen

etnográfico— como *entre* las tribus. Pero las clases dominantes con que nos encontramos en la historia de estos países ocuparon su posición social, más o menos alta, gracias precisamente a la organización del Estado, engendrada por las necesidades del proceso social de producción. Apenas cabe duda de que los sacerdotes egipcios debían su dominio a la enorme importancia que sus conocimientos científicos rudimentarios tenían para todo el sistema de la agricultura egipcia.<sup>1</sup> En Occidente —donde, como es natural, hay que incluir también a Grecia— no encontramos la influencia de las necesidades inmediatas del proceso social de producción, que no presuponia allí una amplia organización social, en el surgimiento del Estado. Pero también allí este surgimiento es debido, en considerable medida, a la división del trabajo, provocada por el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad. Por supuesto, esta circunstancia no impedía al Estado ser simultáneamente la organización de la dominación de una minoría privilegiada sobre una mayoría más o menos esclavizada.<sup>2</sup> Mas, para evitar comprensiones desafortunadas y unilaterales del papel histórico del Estado, no se debe despreciar esta circunstancia en ningún caso.

Ahora pasaremos a las concepciones de Labriola

---

<sup>1</sup>Uno de los reyes caldeos decía de sí mismo: "Yo estudié los secretos de los ríos para el bien de los hombres. . . Yo llevé el agua de los ríos al desierto: llené con ella los fosos secos. . . Regué las llanuras del desierto; les di fertilidad y abundancia. Hice de ellas la morada de la felicidad". Aquí se expresa con veracidad, aunque jactanciosamente, el papel del Estado oriental en la organización del proceso social de producción.

<sup>2</sup>Lo mismo que no le impide ser en otros casos el fruto de la conquista de un pueblo por otro. El papel de la violencia es muy grande en la sustitución de unas instituciones por otras. Pero la violencia no explica en absoluto ni la propia posibilidad de semejante sustitución ni sus resultados sociales.

sobre el desarrollo histórico de las ideologías. Hemos visto que, según su opinión, este desarrollo se complica por la acción de las particularidades raciales y, en general, por la influencia que ejerce en el hombre el medio natural que le rodea. Es una lástima que nuestro autor no haya creído necesario confirmar y aclarar esta opinión con algunos ejemplos; nos hubiera sido más fácil comprenderle. En todo caso, es indudable que su opinión no pudo ser aceptada tal y cómo él la ha expresado.

Las tribus indias de América, claro está, no pertenecen a la misma raza que las tribus que poblaban el archipiélago griego o las costas del mar Báltico en los tiempos prehistóricos. Es indudable que, en cada uno de estos territorios, el hombre primitivo experimentaba una influencia muy particular del medio natural. Se podría esperar que la diferencia de estas influencias se reflejara en las obras del arte rudimentario de los habitantes primitivos de los territorios mencionados. Y, sin embargo, no observamos esto. En todas las partes del globo terrestre, por mucho que se distingan unas de otras, a etapas iguales de desarrollo del hombre primitivo corresponden grados iguales del desarrollo del arte. Conocemos el arte de la edad de piedra, el arte de la edad de hierro; no conocemos el arte de distintas razas: blanca, amarilla, etc. El estado de las fuerzas productivas se refleja incluso en los detalles. Al principio encontramos en los objetos de alfarería, por ejemplo, sólo líneas rectas y quebradas: cuadriláteros, cruces, zigzagues, etc. Este género de adornos fue tomado por el arte primitivo de oficios aún más primitivos: del tejido y del trenzado. En la edad de bronce, al mismo tiempo que la elaboración de los metales capaces de tomar todas las formas geométricas posibles, aparecen los adornos curvilíneos; por fin, con la domesticación

de los animales, aparecen sus imágenes, y en primer lugar la del caballo.<sup>1</sup>

Es verdad que la influencia de las particularidades de la raza debe forzosamente manifestarse en los "ideales de belleza" de los artistas primitivos al surgir la imagen del hombre. Sabido es que cada raza, sobre todo en los primeros peldaños del desarrollo social, se considera la más bella y aprecia altamente aquellas mismas particularidades que la distinguen de las demás.<sup>2</sup> Pero, en primer lugar, estas particularidades de la estética racial —por cuanto son constantes— no pueden cambiar con su influencia el proceso de desarrollo del arte; y, en segundo lugar, sólo viven hasta cierto tiempo, es decir, únicamente viven en determinadas condiciones. En aquellos casos en que una tribu se ve obligada a reconocer la superioridad de otra tribu más desarrollada, su autosatisfacción racial desaparece y, en su lugar, surge la imitación de los gustos ajenos, que antes se consideraban ridículos y, a veces, hasta vergonzosos, repugnantes. Aquí ocurre con el salvaje lo mismo que en la sociedad civilizada con el campesino, que primero se burla de los hábitos y de los vestidos del hombre de la ciudad, pero después, con el surgimiento y el crecimiento del dominio de la ciudad sobre el campo, trata de asimilarlos en la medida de sus fuerzas y posibilidades.

Pasando a los pueblos históricos, indicaremos ante todo que la palabra *raza* no puede ni debe ser empleada respecto a ellos. No conocemos ningún pueblo histórico

---

<sup>1</sup>Todo esto puede verse en la introducción de la historia del arte de Guillermo Lübke.

<sup>2</sup>Sobre esto consúltese la obra de Darwin *Descent of Man* (*El Origen del Hombre*), Londres 1883, págs. 582—585. (N. del T.)

al que se pueda llamar pueblo de raza pura; cada uno de ellos es el fruto de un cruce y de una mezcla de elementos étnicos, extremadamente prolongada e intensa.

¡Prueben, después de esto, a determinar la influencia de la "raza" en la historia de las ideologías de uno u otro pueblo!

A primera vista, parece que no hay pensamiento más sencillo y más justo que el de la influencia del medio natural en el temperamento de un pueblo, y mediante el temperamento en la historia de su desarrollo intelectual y estético. Pero a Labriola le hubiera bastado con recordar la historia de su propio país para convencerse de lo erróneo de este pensamiento. Los italianos contemporáneos están rodeados por el mismo medio natural que los antiguos romanos; sin embargo, ¡qué poco parecido es el "temperamento" de los actuales tributarios de Menelik al temperamento de los adustos vencedores de Cartago! Si pensáramos explicar con el temperamento italiano la historia, por ejemplo, del arte italiano, muy pronto nos detendríamos desconcertados sin poder explicar las causas que motivaron que el temperamento, a su vez, cambiara muy profundamente en distintas épocas y en distintas partes de la Península Apenina.

## VII

El autor de los *Ensayos sobre el Periodo Gogoliano de la Literatura Rusa*<sup>1</sup> dice en una de sus notas dedicadas al primer tomo de la economía política de John Stuart Mill:

“Nosotros no diremos que la raza no tenga la menor importancia; el desarrollo de las ciencias naturales e históricas no ha alcanzado aún tal exactitud de análisis para que se pueda decir categóricamente en la mayoría de los casos: aquí no existe en absoluto este elemento. ¿Quién sabe?, puede que en esta pluma de acero haya una partícula de platino: esto no se puede refutar de una manera absoluta. Se puede saber una cosa: el análisis químico revela incontestablemente que en la composición de esta pluma hay tal cantidad de partículas no de platino, que es verdaderamente ínfima la parte de este metal que pueda contener; y si esta parte existiera, no se le debería prestar la menor atención desde el punto de vista práctico. . . Si se trata de llevar a cabo una acción práctica, obrad con esta pluma como se debe obrar en general con las plumas de acero. De igual manera, no prestéis atención en los asuntos prác-

---

<sup>1</sup>Se trata del gran hombre de ciencia y crítico ruso N. G. Chernishevski. (N. de la Red.)

ticos a la raza de los hombres y tratadles simplemente como a hombres. . . Es posible que la raza de un pueblo haya tenido cierta influencia en el hecho de que dicho pueblo se encuentre en una situación determinada y no en otra; esto no se puede negar de una manera absoluta, el análisis histórico todavía no ha alcanzado una exactitud matemática, absoluta; después de él, así como después del análisis químico moderno, aún queda un *residuum* (residuo) muy pequeño para el que son necesarios medios de investigación aún más precisos, inaccesibles de momento para la ciencia de nuestros días. Pero este residuo es muy pequeño. En la formación de la situación actual de cada pueblo, una parte tan enorme pertenece a la acción de circunstancias que no dependen de las cualidades naturales tribales, que, incluso si estas cualidades particulares, distintas de la calidad general de la naturaleza humana, existen, para su acción ha quedado muy poco lugar, un lugar inconmensurablemente microscópico”.

Las reflexiones de Labriola sobre la influencia de la raza en la historia del desarrollo espiritual de la humanidad nos han traído estas palabras a la memoria. El autor de los *Ensayos sobre el Período Gogoliano* se interesaba por la importancia de la raza, principalmente desde el punto de vista práctico, pero lo dicho por él deberían siempre tenerlo presente también todos aquellos que se ocupan de investigaciones puramente teóricas. Las ciencias sociales ganarán muchísimo si abandonamos por fin la mala costumbre de cargarle a la raza todo lo que nos parece incomprensible en la historia espiritual de cada pueblo. Es posible que los rasgos tribales hayan tenido cierta influencia en esta historia. Pero esta influencia hipotética es, probablemente, de una magnitud tan despreciable que, en interés de la investigación, sería mejor reconocerla igual a

cero y analizar las particularidades observadas en el desarrollo de uno u otro pueblo como un producto de las condiciones históricas especiales en que se ha realizado dicho desarrollo, y no como un resultado de la influencia de la raza. Huelga decir que nos tropezaremos con no pocos casos en los que no podremos indicar cuáles fueron precisamente las condiciones que provocaron las particularidades que nos interesan. Pero lo que hoy no se somete a los medios de investigación científica, puede ceder ante ellos mañana. El invocar las particularidades raciales es inconveniente porque interrumpe la investigación justamente allí donde ésta debería comenzar. ¿Por qué la historia de la poesía francesa no se parece a la historia de la poesía alemana? Por una razón muy sencilla: el temperamento del pueblo francés era tal que en él no podían surgir ni un Lessing, ni un Schiller, ni un Goethe. ¡Muchas gracias por la explicación!: ahora lo comprendemos todo.

Labriola diría que él, por supuesto, está muy lejos de semejantes explicaciones que nada explican. Y tendría razón. En general, Labriola comprende perfectamente toda su inutilidad y sabe muy bien cómo hay que abordar la solución de tareas semejantes a la que hemos tomado como ejemplo. Pero reconociendo que el desarrollo espiritual de los pueblos es complicado por sus particularidades raciales, arriesga con ello a confundir enormemente a sus lectores, y descubre su disposición a hacer, aunque en pequeñeces muy insignificantes, ciertas concesiones, perniciosas para las ciencias sociales, a la vieja manera de pensar. Precisamente contra estas concesiones va dirigida nuestra crítica.

No sin fundamento llamamos vieja a la concepción del papel de la raza en la historia de las ideologías, discutida por nosotros. Esta concepción no es más que una simple variedad de aquella teoría, muy difundida

en el siglo pasado, que explicaba todo el curso de la Historia por las propiedades de la naturaleza humana. La concepción materialista de la Historia es completamente incompatible con esta teoría. Según la nueva concepción, la naturaleza del hombre social cambia con las *relaciones sociales*. Por consiguiente, las propiedades generales de la naturaleza humana no pueden explicar la Historia. Labriola, partidario ardiente y convencido de la concepción materialista de la Historia, admite también, sin embargo, aunque en medida ínfima, que la vieja concepción es justa. Pero los alemanes no en vano dicen: *Wer A sagt, muss auch B sagen*.<sup>1</sup> Al reconocer la vieja concepción como justa en un caso, Labriola ha tenido que reconocerla también en algunos otros. ¿Será necesario decir que esta unión de dos concepciones opuestas debía perjudicar la cohesión de su concepción del mundo?

---

<sup>1</sup>Quien dice A, debe decir también B. (N. del T.)

## VIII

La organización de toda sociedad es determinada por el estado de sus fuerzas productivas. Cuando cambia este estado, también la organización social, más tarde o más temprano, debe cambiar infaliblemente. Por lo tanto, la organización social se encuentra en un equilibrio inestable allí donde las fuerzas productivas sociales están creciendo. Labriola señala con mucha razón que precisamente esta inestabilidad, con los movimientos sociales y la lucha de las clases sociales, por ella engendrados, salva a los hombres del estancamiento intelectual. El antagonismo es el motivo fundamental del progreso, dice Labriola, repitiendo el pensamiento de un economista alemán muy conocido.<sup>1</sup> Pero, a renglón seguido, hace una reserva. Según su opinión, sería muy erróneo suponer que los hombres, siempre y en todos los casos, comprenden bien su situación y ven claramente las tareas sociales que ella les plantea. "Pensar así —dice Labriola— significa suponer algo inverosímil, algo que jamás ha existido."

Rogamos al lector que preste gran atención a esta reserva. Labriola desarrolla sus pensamientos de la manera siguiente:

---

<sup>1</sup>Se trata de Carlos Marx. (N. de la Red.)

“Las formas del derecho, las acciones políticas y las tentativas de organización social fueron y son unas veces afortunadas y otras erróneas, es decir, desproporcionadas e impropias. La Historia está llena de equivocaciones. Esto significa que si todo en ella ha sido necesario, dada la inteligencia relativa de aquellos a quienes correspondía superar ciertas dificultades o resolver ciertas tareas, etc., y si todo en ella tiene una causa suficiente, no todo ha sido razonable en el sentido dado a esta palabra por los optimistas. Pasado cierto tiempo, las causas determinantes de todas las mutaciones, es decir, las condiciones económicas modificadas, conducían y conducen, a veces por caminos muy retorcidos, a unas formas del derecho, una organización política y una organización social más o menos en correspondencia con la adaptación social. Pero no hay que suponer que la sabiduría instintiva del animal pensante se haya manifestado y se manifieste *sic et simpliciter*<sup>1</sup> en la comprensión completa y clara de todas las situaciones, y que, una vez dada la estructura económica, podemos por un camino lógico muy simple deducir de ella todo lo demás. La ignorancia —que a su vez puede ser explicada— aclara en medida considerable por qué la Historia se ha desarrollado así. A la ignorancia hay que añadir la bestialidad, que jamás es vencida por completo, y todas las pasiones, todas las injusticias y todos los vicios que fueron y son el producto inevitable en una sociedad basada en la dominación del hombre por el hombre y de la que fueron y son inseparables la falsedad, la hipocresía, la desvergüenza y la vileza. Podemos sin caer en el utopismo prever, y prevemos efectivamente, la aparición en el futuro de una sociedad que, desarrollándose de acuerdo a las le-

---

<sup>1</sup>Así y simplemente. (N. del T.)

yes que emanan del desarrollo histórico de la sociedad actual —y precisamente de las contradicciones de este orden—, ya no conocerá el antagonismo de clases... Pero esto es cosa del futuro, y no del presente o del pasado. Con el tiempo, la producción social acertadamente organizada eliminará de la vida el azar, que hasta ahora se manifiesta en la Historia como una causa multiforme de todo género de accidentes y de incidentes".<sup>1</sup>

En todo esto hay mucho de acertado. Pero, entrelazándose caprichosamente con la confusión, la verdad toma aquí el aspecto de una paradoja no del todo feliz.

Labriola tiene indudablemente razón cuando dice que los hombres distan mucho de comprender siempre con claridad su situación social y no siempre tienen una conciencia exacta de las tareas sociales que de ella se desprenden. Pero cuando, basándose en esto, invoca la ignorancia o la superstición como causa histórica del surgimiento de muchas formas de vida social y de muchas costumbres, Labriola, sin darse cuenta, regresa al punto de vista de los enciclopedistas del siglo XVIII. Antes de señalar la ignorancia como una de las causas importantes que explican "por qué la Historia se ha desarrollado así y no de otro modo", se hubiera debido determinar en qué sentido, precisamente, puede ser empleada aquí esta palabra. Sería un error muy grande considerar que esto se puede comprender de por sí. No, esto no es, en absoluto, tan comprensible y sencillo como parece. Mirad a la Francia del siglo XVIII. Todos los representantes ideológicos del tercer estado aspiraban ardientemente a la libertad y a la igualdad. Para conseguir su objetivo exigían la liquidación de muchas

---

<sup>1</sup>Ensayos, págs. 183—185. (N. del T.)

instituciones sociales caducas. Pero la liquidación de estas instituciones suponía el triunfo del capitalismo, al que, como sabemos muy bien ahora, es difícil llamarle reino de la libertad y de la igualdad. Por esto se puede decir que el noble objetivo de los filósofos del siglo pasado no ha sido alcanzado. Se puede decir también que los filósofos no supieron indicar los medios necesarios para su conquista; se les puede acusar por ello de *ignorancia*, como lo han hecho muchos socialistas utópicos. El propio Labriola se asombra de la contradicción existente entre la tendencia económica real de la Francia de entonces y los ideales de sus pensadores. "¡Extraño espectáculo, extraño contraste!", exclama. Pero, ¿qué hay de extraño en esto? ¿En qué consistía la "ignorancia" de los enciclopedistas franceses? ¿En que ellos concebían los medios de consecución del bienestar general de manera diferente a como lo hacemos hoy? Pero entonces no se podía ni hablar de estos medios: *aun no los había creado* el movimiento histórico de la humanidad, más exactamente, el *desarrollo de sus fuerzas productivas*. Leed *Doutes Proposés aux Philosophes Economistes*<sup>1</sup> de Mably, leed *Code de la Nature*<sup>2</sup> de Morelly y veréis que, por cuanto estos escritores divergían de la enorme mayoría de los enciclopedistas respecto a las condiciones del bienestar del hombre, por cuanto soñaban con la destrucción de la propiedad privada, se situaban, en primer lugar, en manifiesta y patente contradicción con las necesidades más esenciales, indispensables y generales de su época, y, en segundo lugar, cosa que sentían confusamente, consideraban sus sueños *completamente irrealizables*. Por consiguiente, pregunto otra vez: ¿en qué consistía

---

<sup>1</sup>Dudas Expuestas a los Filósofos Economistas. (N. del T.)

<sup>2</sup>El Código de la Naturaleza. (N. del T.)

la ignorancia de los enciclopedistas? ¿En que ellos, teniendo conciencia de las necesidades sociales de su tiempo e indicando con acierto los medios para su satisfacción (liquidación de los viejos privilegios, etc.), atribuían a estos medios una importancia extremadamente exagerada, es decir, la importancia del camino hacia la felicidad general? Esto dista mucho de ser una ignorancia muy salvaje, y desde el punto de vista práctico hay que reconocerla hasta útil, ya que cuanto mayor era la fe de los enciclopedistas en la importancia universal de la reforma que exigían, tanto más enérgicamente trataban de conseguir su realización.

Los enciclopedistas manifestaron también una ignorancia indudable por no saber encontrar el hilo que unía sus concepciones y aspiraciones con la situación económica de la Francia de entonces y porque ni siquiera suponían la existencia de dicho hilo. Ellos se consideraban cual heraldos de la verdad *absoluta*. Ahora sabemos que no existe ninguna verdad absoluta, que todo es relativo, que todo depende de las circunstancias, del lugar y del tiempo, pero, precisamente por ello, debemos ser muy cautos en nuestros juicios acerca de la "ignorancia" de las distintas épocas históricas. Su ignorancia, por manifestarse en los movimientos sociales, aspiraciones e ideales que les son propios, *también es relativa*.

¿Cómo surgen las normas jurídicas? Se puede decir que toda norma jurídica nueva representa en sí la anulación o modificación de una norma vieja o de una vieja costumbre. ¿Por qué se liquidan las normas viejas y las viejas costumbres? Porque dejan de corresponder a las nuevas "condiciones", es decir, a las nuevas relaciones reales de los hombres en el proceso social de producción. El comunismo primitivo desapareció a consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. Pero las fuerzas productivas se desarrollan únicamente de modo gradual. Por eso se desarrollan también de modo gradual las nuevas relaciones reales de los hombres en el proceso social de producción. Por eso, únicamente de modo gradual crecen las trabas originadas por las viejas normas o costumbres, y, por consecuencia, también la necesidad de dar una expresión *jurídica* correspondiente a las nuevas relaciones *reales* (económicas) entre los hombres. La inteligencia instintiva del animal pensante sigue ordinariamente a estos cambios reales. Si las viejas normas jurídicas son un obstáculo para que cierta parte de la sociedad pueda conseguir sus objetivos cotidianos, satisfacer sus necesidades esenciales, esta parte de la sociedad, infaliblemente y con extraordinaria facilidad, alcanza la conciencia de su inconve-

niencia: para esto es necesaria muy poca más sabiduría que para alcanzar la conciencia de que no es cómodo usar zapatos estrechos o armas demasiado pesadas. Pero hay un largo trecho, como es natural, de la conciencia de la inconveniencia de determinada norma jurídica hasta la *aspiración consciente de su liquidación*. En un principio, los hombres tratan sencillamente de esquivarla en cada caso particular. Recordad lo que ocurría en las grandes familias campesinas de nuestro país cuando, bajo la influencia del capitalismo naciente, aparecían nuevas fuentes de ingreso, desiguales para los distintos miembros de la familia. El derecho familiar habitual se hacía entonces opresor para los afortunados que ganaban más que los otros. Pero estos afortunados no se decidieron ni fácilmente ni pronto a alzarse contra la vieja costumbre. Durante largo tiempo, se dedicaron sencillamente a ocultar a los jefes de familia una parte del dinero ganado. Pero el nuevo orden económico se fortalecía poco a poco, las viejas costumbres familiares se tambaleaban cada vez más; los miembros de la familia interesados en su liquidación levantaban cada vez más la cabeza; las divisiones de las haciendas eran de más en más frecuentes y, por fin, la vieja costumbre desapareció, cediendo su lugar a una nueva costumbre, engendrada por las nuevas condiciones, por las nuevas relaciones *reales*, por el nuevo *régimen económico* de la sociedad.

Habitualmente, los hombres adquieren la conciencia de su situación con un retraso mayor o menor respecto al desarrollo de las nuevas relaciones reales que cambian esta situación. Pero la conciencia, sin embargo, va a la zaga de estas relaciones reales. Allí donde la aspiración consciente de los hombres a la liquidación de las viejas instituciones y al establecimiento de un nuevo orden jurídico es débil, este nuevo orden aún no

está completamente preparado por el régimen económico de la sociedad. Dicho en otras palabras: la falta de claridad en la conciencia —“fallos del pensamiento poco maduro”, “ignorancia”— no señala sino una cosa en la Historia: precisamente, que aún está poco desarrollado el objeto del que hay que tener conciencia, es decir, las nuevas *relaciones nacientes*. Y la ignorancia de este tipo —el desconocimiento y la incompreensión de aquello que aún no existe, que se encuentra en proceso de surgimiento— es, evidentemente, una ignorancia sólo *relativa*.

Existe otro género de ignorancia: ignorancia con relación a la naturaleza. Se la puede llamar ignorancia *absoluta*. Su medida es el *poder de la naturaleza sobre el hombre*. Y como el desarrollo de las fuerzas productivas significa el crecimiento del poder del *hombre sobre la naturaleza*, está claro que el aumento de las fuerzas productivas equivale a la disminución de la ignorancia absoluta. Los fenómenos de la naturaleza no comprendidos por el hombre y, por ello, no sometidos a su poder, engendran en él toda suerte de supersticiones. En una etapa determinada del desarrollo social, las ideas supersticiosas se entrelazan estrechamente con las concepciones morales y jurídicas de los hombres, a las que dan entonces un matiz particular.<sup>1</sup> En

---

<sup>1</sup>En su libro *Leyes y Costumbres del Cáucaso*, M. M. Kovalevski dice: “El estudio de las creencias religiosas y de las supersticiones de los pshavos nos lleva a la conclusión de que, bajo la capa oficial de la religión ortodoxa, este pueblo se encuentra hasta hoy en la etapa del desarrollo que con tanto acierto ha sido denominada por Tylor animismo. Esta etapa, como es sabido, va acompañada ordinariamente de una sumisión absoluta de la moral y del derecho a la religión” (tomo II, pág. 82). Pero el quid de la cuestión consiste precisamente en que, según Tylor, el animismo primitivo *no ejerce la menor influencia ni en la moral ni en el derecho*.

el proceso de la lucha provocada por el crecimiento de las nuevas relaciones reales de los hombres en el proceso social de producción, las creencias religiosas juegan a menudo un gran papel. Tanto los innovadores como los retrógrados invocan la ayuda de los dioses, poniendo bajo su protección unas u otras instituciones y llegando hasta explicar estas instituciones como expresión de la voluntad divina. Es comprensible que las Euménides, que eran consideradas en su tiempo entre los griegos como las protectoras del derecho matriarcal, hicieran para su defensa tan poco como Minerva para el triunfo del poder patriarcal, según se creía tan grato para ella. Invocando en su ayuda a los dioses y a los fetiches, los hombres gastaban en vano su trabajo y tiempo, pero la ignorancia que permitía creer en las Euménides no impedía a los retrógrados griegos de entonces comprender que el viejo orden jurídico (mejor, el viejo derecho común) garantizaba mejor sus intereses. Exactamente igual, la superstición que permitía poner esperanzas en Minerva no impedía a los innovadores tener conciencia de los inconvenientes de las viejas costumbres y hábitos.

Los dayakos de la isla de Borneo no conocían el

---

En esta etapa de desarrollo "entre la moral y el derecho no hay una relación mutua, y si la hay queda en forma de embrión". "El animismo salvaje está privado casi por completo de ese elemento moral que constituye para el hombre civilizado la esencia de toda religión práctica... las leyes morales tienen su base particular", etc. *La Civilisation Primitive (La Civilización Primitiva)*, París 1876, t. II, págs. 464—465. He aquí por qué sería más acertado decir que las supersticiones religiosas se entrelazan con las concepciones morales y jurídicas sólo en un grado relativamente bastante elevado del desarrollo social. Lamentamos mucho que nos falte espacio para mostrar en este folleto cómo explica esto el materialismo moderno.

empleo de la cuña como herramienta para partir leña. Cuando los europeos llevaron allí la citada herramienta, las autoridades indígenas prohibieron solemnemente su empleo.<sup>1</sup> Esto era, por cierto, una demostración de su *ignorancia*: ¿puede concebirse algo más absurdo que esta prohibición de emplear una herramienta que facilita el trabajo? Sin embargo, recapaciten y quizás digan que se pueden encontrar circunstancias atenuantes para ella. La prohibición del empleo de herramientas de trabajo europeas fue, sin duda, una de las manifestaciones de la *lucha contra la influencia europea*, que comenzaba a minar la solidez de los viejos órdenes indígenas. Las autoridades indígenas presentían vagamente que, en caso de introducción de las costumbres europeas, no quedaría del viejo orden piedra sobre piedra. Por una razón u otra, la cuña, más que otras herramientas europeas, les recordaba el carácter destructor de la influencia europea. Y por ello prohibieron en forma solemne su empleo. ¿Por qué, precisamente, fue la cuña para ellos el símbolo principal de las innovaciones peligrosas? No podemos responder a esta pregunta de manera satisfactoria: ignoramos el motivo por el cual la idea de la cuña se asociaba en la mente de los indígenas con la idea del peligro que amenazaba a su viejo régimen de vida. Pero podemos decir con seguridad que los indígenas no estaban del todo equivocados al temer por la estabilidad de su viejo orden: en efecto, la influencia europea deforma muy activa y rápidamente —si es que no los destruye por completo— los hábitos de los salvajes y bárbaros que caen bajo ella. Tylor dice que, aunque condenaban en público la

---

<sup>1</sup>E. B. Tylor, *La Civilisation Primitive*. Paris, 1876, t. I, pág. 82. (N. del T.)

cuña, los dayakos, sin embargo, la utilizaban cuando podían hacerlo a escondidas de los demás. Aquí tenéis la "hipocresía", sumada a la ignorancia. Pero ¿de dónde salió? Seguramente, fue engendrada por la conciencia de las ventajas del nuevo procedimiento de partir leña, a la que acompañaba el miedo a la opinión social o a las persecuciones por parte de las autoridades. La inteligencia instintiva del animal pensante criticaba de esta manera aquella misma medida que le debía su origen. Y tenía razón en su crítica: prohibir el empleo de las herramientas europeas no significaba en absoluto eliminar el peligro de la influencia europea.

Empleando la expresión de Labriola, podríamos decir que, en el caso dado, los dayakos tomaron una medida que no correspondía a su situación, que no guardaba proporción con ella. Y tendríamos toda la razón. Podríamos además añadir a la observación de Labriola que a los hombres se les ocurren frecuentemente medidas semejantes, que no corresponden a su situación ni guardan proporción con ésta. Pero, ¿qué se desprende de esto? Sólo que nosotros debemos tratar de descubrir si existe alguna dependencia entre este género de errores de los hombres, por una parte, y su carácter o el grado de desarrollo de sus relaciones sociales, por la otra. Tal dependencia existe indudablemente. Labriola dice que la ignorancia puede a su vez ser explicada. Nosotros diremos: *no sólo puede, sino que debe ser explicada si las ciencias sociales se encuentran en situación de convertirse en ciencias exactas.* Si la "ignorancia" puede ser explicada por causas sociales, no hay por qué invocarla, no hay por qué decir que en ella se encierra la solución de por qué la Historia se ha desarrollado así y no de otro modo. No reside en ella la solución sino en las causas sociales que la engendraron y que le

dieron un aspecto y un carácter determinados. ¿Para qué van ustedes a limitar su investigación con meras invocaciones a la ignorancia, que nada explican? *Cuando se trata de la concepción científica de la Historia, las invocaciones a la ignorancia ponen de manifiesto, únicamente, la ignorancia del investigador.*

## X

Toda norma de derecho positivo defiende cierto interés. ¿De dónde provienen los intereses? ¿Representan en sí un producto de la voluntad y de la conciencia humanas? No, son creados por las relaciones económicas de los hombres. Una vez surgidos, los intereses, de una u otra manera, se reflejan en la conciencia de los hombres. Para defender cierto interés hay que tener conciencia de él. Por ello, todo sistema de derecho positivo puede y debe considerarse como un producto de la conciencia.<sup>1</sup> No es la conciencia de los hombres lo que provoca la existencia de los intereses que el de-

---

<sup>1</sup>"El derecho no es, como las fuerzas naturales, llamadas físicas, algo que exista independientemente de las acciones del hombre... Por el contrario, es un orden establecido por los hombres para sí mismos. En este caso, es indiferente si el hombre se somete en su actividad a la ley de la causalidad o si actúa libremente, de manera arbitraria. Fuera como fuere, el derecho según la ley de la causalidad y según la ley de la libertad se crea, sin embargo, no independiente de la actividad del hombre, sino, por el contrario, por su mediación" (N. M. Korkunov, *Conferencias de Teoría General del Derecho*, San Petersburgo 1894, pág. 279). Esto es completamente cierto, aunque está muy mal expresado. Pero al señor Korkunov se le olvidó añadir que los intereses defendidos por el derecho no "son creados por los hombres para sí mismos", sino que son determinados por sus relaciones mutuas en el proceso social de producción.

recho defiende; por consiguiente, no es ella quien determina el contenido del derecho; pero el estado de la conciencia social (la psicología social) de una época dada es lo que determina *la forma que toma en la mente de los hombres el reflejo del interés en cuestión*. Sin tomar en consideración el estado de la conciencia social, no podríamos en absoluto explicarnos la historia del derecho.

En esta historia hay que distinguir siempre y con cuidado la *forma del contenido*. Desde el punto de vista *formal*, el derecho, como toda ideología, sufre la influencia de todas las demás ideologías o, por lo menos, de una parte de ellas: creencias religiosas, nociones filosóficas, etc. Esta circunstancia, por sí sola, dificulta en cierta medida a veces muy considerable el descubrimiento de la dependencia existente entre las nociones jurídicas de los hombres y sus relaciones mutuas en el proceso social de producción. Pero esto no es más que la mitad del mal.<sup>1</sup> El verdadero mal consiste en que *en las diferentes etapas del desarrollo social toda ideología determinada sufre, en medida muy desigual, la influencia de otras ideologías*. Así, el antiguo dere-

---

<sup>1</sup>Aunque esto se deja sentir muy desfavorablemente, incluso en obras como *Leyes y Costumbres del Cáucaso*, del señor M. Kovalevski. En su obra, el señor M. Kovalevski considera frecuentemente el derecho como un producto de las concepciones religiosas. El camino acertado de investigación sería otro: el señor Kovalevski debería considerar las creencias religiosas y las instituciones jurídicas de los pueblos del Cáucaso como un producto de sus relaciones sociales en el proceso de producción, y, una vez hallada la influencia de una ideología en la otra, tratar de encontrar la causa única de esta influencia. Al parecer, el señor Kovalevski debería, con mayor razón, inclinarse por este método de investigación, por cuanto en otras de sus obras reconoce categóricamente la dependencia causal de las normas jurídicas respecto a las formas de producción.

cho egipcio y, parcialmente, el romano estaban subordinados a la religión; en la historia moderna, el derecho se desarrolló (lo repetimos y rogamos que se tome en cuenta: desde el punto de vista *formal*) bajo una fuerte influencia de la filosofía. Para eliminar la influencia de la religión en el derecho y sustituirla por su propia influencia, la filosofía tuvo que mantener una lucha empeñada. Esta lucha fue sólo el reflejo ideal de la lucha social del tercer estado contra el clero; pero, sin embargo, dificultaba enormemente la elaboración de concepciones justas acerca del origen de las instituciones jurídicas, ya que, gracias a ella, éstas parecían un producto evidente e indudable de una lucha de concepciones abstractas. Huelga decir que Labriola, hablando en términos generales, comprende perfectamente qué género de relaciones reales se oculta tras semejante lucha de concepciones. Pero cuando se trata de casos particulares, depone sus armas materialistas ante la dificultad del problema y considera posible, como hemos visto, limitarse a invocar la ignorancia o la fuerza de la tradición. Además, señala también al “*simbolismo*” como la causa determinante de muchas costumbres.

El simbolismo, efectivamente, es un “factor” de no poca importancia en la historia de ciertas ideologías. Pero no puede ser la causa determinante de las costumbres. Tomemos el siguiente ejemplo. Las mujeres de la tribu caucasiana de los pshavos se cortan las trenzas cuando mueren sus hermanos, pero no lo hacen cuando fallecen sus maridos. El corte de las trenzas es una acción simbólica: ha sustituido a una costumbre más antigua, que era la de inmolarse sobre la tumba del difunto. Pero, ¿por qué la mujer realiza este acto simbólico sobre la tumba de su hermano y no sobre la de su marido? Según las palabras del señor M. Kovalev-

ski, en este rasgo "no puede por menos de verse el vestigio de aquella época lejana en la que el más viejo de los parientes por parte de la madre, el cognado más cercano, era el jefe del grupo tribal unido por el hecho real o imaginario de su origen por línea uterina".<sup>1</sup> De aquí se desprende que las acciones simbólicas se hacen comprensibles sólo cuando entendemos el sentido y el origen de las relaciones que ellas señalan. ¿De dónde provienen estas relaciones? La respuesta a esta pregunta no hay que buscarla, naturalmente, en las acciones simbólicas, si bien éstas pueden darnos a veces algunas indicaciones útiles. El origen de la costumbre simbólica de cortarse las trenzas sobre la tumba del hermano se explica por la historia de la familia y la explicación de la historia de la familia hay que buscarla en la historia del desarrollo económico.

En el caso que nos interesa, el rito del corte de las trenzas sobre la tumba del hermano ha sobrevivido a la forma de relaciones familiares, a la que debe su origen. Aquí tienen ustedes un ejemplo de la influencia de la tradición, que señala Labriola en su libro. Pero la tradición puede conservar únicamente aquello que ya existe. La tradición no explica no sólo el origen del rito mencionado, o, en general, de la forma dada, sino, ni tan siquiera, el hecho de su conservación. La fuerza de la tradición es la fuerza de la inercia. En la historia de las ideologías tiene uno que preguntarse con frecuencia por qué un determinado rito o hábito se ha conservado a pesar de haber desaparecido no solamente las relaciones que le dieron vida, sino también otros ritos y hábitos del mismo tipo, engendrados por aquellas mismas relaciones. Hacerse tal pregunta equivale a preguntarse

---

<sup>1</sup>*Leyes y Costumbres del Cáucaso*, t. II, pág. 75.

por qué la acción destructora de las nuevas relaciones ha dejado indemne, precisamente, este rito o hábito, mientras ha liquidado otros. Responder a esta pregunta invocando la fuerza de la tradición, significa limitarse a repetirla en forma afirmativa. ¿Cómo solucionar este conflicto? Hay que recurrir a la *psicología social*.

Las viejas costumbres desaparecen y los viejos ritos son violados cuando los hombres contraen nuevas relaciones mutuas. La lucha entre los intereses sociales se manifiesta en forma de la lucha de las costumbres y ritos nuevos con los viejos. Ni un solo rito simbólico o costumbre, *tomado en sí*, puede influir en sentido positivo o negativo en el desarrollo de las nuevas relaciones. Si los retrógrados defienden ardientemente los viejos hábitos, es porque la idea de los órdenes sociales ventajosos, queridos y habituales para ellos, se enlaza fuertemente en su cerebro (se asocia) con la idea de esas costumbres. Si los innovadores odian y se mofan de estas costumbres, es porque la idea de ellas se asocia en su mente con la idea de las relaciones sociales embarazosas, inconvenientes y desagradables para ellos. Por consiguiente, *aquí todo consiste en la asociación de ideas*. Cuando vemos que cualquier rito ha sobrevivido no sólo a las relaciones que le dieron vida, sino también a otros ritos de tipo parecido, engendrados por aquellas mismas relaciones, debemos concluir que en la mente de los innovadores la idea de ese rito no estaba ligada tan fuertemente a la idea del viejo orden odiado como la idea de otros hábitos. ¿Por qué es así? Responder a esta pregunta es fácil unas veces, pero otras es completamente imposible por falta de los datos psicológicos necesarios. Pero incluso en los casos en que nos vemos obligados a reconocer la imposibilidad de dar una respuesta, por lo menos con el estado actual de nuestros conocimientos, debemos recordar que aquí nada tiene

que ver la *fuerza de la tradición*, sino ciertas asociaciones de ideas suscitadas por determinadas relaciones reales de los hombres en la sociedad.

*La historia de las ideologías se explica, en considerable medida, por el surgimiento, la modificación y la destrucción de las asociaciones de ideas bajo la influencia del surgimiento, de la modificación y de la destrucción de determinadas combinaciones de fuerzas sociales.* Labriola no ha prestado a este aspecto de la cuestión toda la atención que se merece. Esto se descubre claramente en su concepción de la filosofía.

## XI

Según Labriola, la filosofía, en su desarrollo histórico, se funde en parte con la teología y, en parte, representa el desarrollo del pensamiento humano en su relación con los objetos que entran en el círculo de nuestra experiencia. Por cuanto es distinta de la teología, se ocupa de las mismas tareas cuya solución persigue la investigación científica propiamente dicha. Al hacerlo, o trata de adelantarse a la ciencia, dando sus propias soluciones conjeturales, o simplemente resume y somete a una elaboración lógica ulterior las soluciones *ya* halladas por la ciencia. Esto, claro está, es justo. Pero no es toda la verdad. Tomemos la filosofía moderna. Descartes y Bacon consideran como la tarea más importante de la filosofía la multiplicación de los conocimientos relativos a las ciencias naturales, con el objeto de acrecentar el poder del hombre sobre la naturaleza. En esta época, la filosofía se ocupa, por consiguiente, de aquellas mismas tareas que son el objeto de las ciencias naturales. Se puede suponer, por esto, que las soluciones por ellos dadas son determinadas por el estado de las ciencias naturales. Sin embargo, no es del todo así. El estado de las ciencias naturales de esta época no puede explicarnos la actitud de Descartes hacia algunas cuestiones filosóficas, por ejemplo hacia la

cuestión sobre el alma, etc., pero esta actitud se explica a la perfección por el estado social de la Francia de entonces. Descartes deslinda rígidamente el campo de la fe del campo de la razón. Su filosofía no contradice al catolicismo, sino, por el contrario, trata de confirmar con nuevas razones algunos de sus dogmas. En este caso, la filosofía de Descartes expresa bien el estado de espíritu de los franceses de su época. Después de las prolongadas y sangrientas conmociones del siglo XVI, surge en Francia una aspiración general de paz y de orden. En el campo de la política esta aspiración se expresa por la simpatía hacia la monarquía absoluta; en el campo del pensamiento, en cierta tolerancia religiosa y en la aspiración de evitar aquellas cuestiones discutibles que pudieran recordar la reciente guerra civil. Estas cuestiones eran las cuestiones religiosas. Para no rozarlas, había que delimitar la esfera de la fe de la esfera de la razón. Y esto lo hizo, como hemos dicho, Descartes. Pero esta delimitación no era suficiente. En interés de la paz social, la filosofía debía reconocer solemnemente la justeza del dogma religioso. En la persona de Descartes llevó también a cabo este reconocimiento. Y he aquí por qué el sistema de este pensador, que era en sus tres cuartas partes un sistema materialista, fue acogido con simpatía por muchos eclesiásticos.

De la filosofía de Descartes surgió lógicamente el materialismo de La Mettrie. Pero de ella, de manera idéntica, podían haberse hecho deducciones idealistas. Si los franceses no las hicieron, fue porque existía una causa social completamente determinada: la actitud negativa del tercer estado hacia el clero de la Francia del siglo XVIII. Si la filosofía de Descartes surgió de la aspiración a la paz social, el materialismo del siglo XVIII anunciaba nuevas conmociones sociales.

En esto ya se ve que el desarrollo del pensamiento

filosófico en Francia se explica no sólo por el desarrollo de las ciencias naturales, sino también por la influencia inmediata de las relaciones sociales que se estaban desarrollando. Esto se manifiesta más aún si se estudia atentamente la historia de la filosofía francesa en otro de sus aspectos.

Ya sabemos que Descartes consideraba como la tarea fundamental de la filosofía el acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza. El materialismo francés del siglo XVIII considera como su misión más importante la sustitución de ciertas viejas concepciones por otras nuevas, sobre cuya base pudieran construirse unas relaciones sociales normales. Los materialistas franceses casi no hablan del acrecentamiento de las fuerzas productivas sociales. Esta diferencia es muy esencial. ¿De dónde proviene?

Las caducas relaciones sociales de producción y las instituciones sociales arcaicas dificultaban extraordinariamente el desarrollo de las fuerzas productivas de la Francia del siglo XVIII. La liquidación de estas instituciones era absolutamente necesaria para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. En su liquidación consistía todo el sentido del movimiento social en la Francia de entonces. En la filosofía, la necesidad de esta liquidación se expresaba en la forma de lucha contra las caducas concepciones abstractas, nacidas sobre la base de las caducas relaciones de producción.

En la época de Descartes, estas mismas relaciones aún no eran, ni mucho menos, caducas; estas relaciones, con otras instituciones sociales, surgidas sobre su base, no impedían el desarrollo de las fuerzas productivas, sino que lo favorecían. Por eso, nadie pensaba entonces en su liquidación. He aquí por qué la filosofía se planteaba directamente la tarea del acrecentamiento de las

fuerzas productivas, esta tarea práctica e importantísima de la sociedad burguesa naciente.

Decimos esto, objetando a Labriola. Pero quizá nuestras objeciones sean innecesarias; quizá él se haya expresado mal, pero en el fondo esté de acuerdo con nosotros. Mucho nos alegraría esto; a cualquiera le agrada que una persona inteligente comparta su opinión.

Y si Labriola no estuviera de acuerdo con nosotros repetiríamos, sintiéndolo mucho, que este hombre inteligente estaba equivocado. Con esto es posible que diéramos pábulo a nuestros viejecillos subjetivistas<sup>1</sup> para reír sardónicamente una vez más porque entre los partidarios de la concepción materialista de la Historia es difícil distinguir a los "verdaderos" de los "no verdaderos". Pero nosotros responderíamos en este caso a los viejecillos subjetivistas que "*se burlaban de sí mismos*". Al hombre que ha asimilado bien el sentido de un sistema filosófico le es fácil distinguir a sus verdaderos partidarios de los falsos. Si los señores subjetivistas se tomaran el trabajo de rumiar la explicación materialista de la Historia, ellos mismos sabrían dónde están los verdaderos "*discipulos*" y dónde los impostores que usurpan el gran nombre. Pero como no se han tomado ni se tomarán este trabajo, forzosamente no podrán salir de su perplejidad. Esta es la suerte común a todos los atrasados que han causado bajas en el ejército efectivo del progreso. A propósito del progreso. ¿Recuerda usted, lector, aquellos tiempos en que los "metafísicos" eran insultados, en que la filosofía se es-

---

<sup>1</sup>Plejanov emplea la expresión "viejecillos subjetivistas" en relación, preferentemente, a Mijailovski, contra quien van dirigidas todas las alusiones del párrafo en cuestión. (N. de la Red.)

tudiaba por el "Lewis"<sup>1</sup> y a veces por el *Manual de Derecho Criminal* del señor Spasovich, en que para los lectores "progresivos" se habían ideado "fórmulas" especiales, extraordinariamente sencillas y comprensibles hasta para los niños pequeños? ¡Qué tiempos más felices aquéllos! Estos tiempos han pasado, se han desvanecido cual el humo. "La metafísica" de nuevo comienza a atraer a las mentes rusas, el "Lewis" deja de ser el libro en boga y las cacareadas fórmulas del progreso son olvidadas por todos. Ahora, hasta los sociólogos subjetivistas —que ya se han hecho "honorables" y "respetables"— recuerdan muy rara vez estas fórmulas. Es de notar, por ejemplo, que nadie las recordara precisamente en aquel tiempo cuando, sin duda alguna, eran más necesarias, es decir, cuando se discutía en nuestro país si era posible abandonar el camino capitalista y emprender el de la utopía. Nuestros utopistas se escondieron tras la espalda del hombre que, defendiendo la fantástica "producción popular", se hacía pasar al mismo tiempo por un partidario del materialismo dialéctico moderno.<sup>2</sup> El materialismo dialéctico sofisticado resultó de esta manera la única arma, digna de atención, en manos de los utopistas. En vista de esto, sería muy útil hablar de cómo los partidarios de la concepción materialista de la Historia conciben el "progreso". Verdad es que de ello hemos hablado ya varias veces en nuestra prensa. Pero, en primer lugar, la moderna concepción materialista del progreso no es aún clara para

---

<sup>1</sup>Lewis, George Henry (1817—1878). Filósofo positivista burgués inglés, autor de un manual de historia de la filosofía muy popular en su tiempo. (N. de la Red.)

<sup>2</sup>Plejanov se refiere aquí al célebre populista ruso Danielson, que gozaba de una reputación inmerecida de marxista por el simple hecho de que él mismo se declaraba partidario de la "teoría económica de Marx". (N. de la Red.)

muchos; en segundo lugar, Labriola ilustra esta concepción con algunos ejemplos muy felices y la explica con ciertas consideraciones muy justas, si bien, por desgracia, no expone esta concepción sistemáticamente y con toda plenitud. Las consideraciones de Labriola deben ser completadas. Esperamos hacerlo en la primera ocasión, mas, por esta vez, va siendo hora de que terminemos.

Antes de soltar la pluma, rogamos una vez más al lector que recuerde que el llamado materialismo económico, contra el que van dirigidas las objeciones de nuestros señores populistas y subjetivistas, muy poco convincentes por cierto, tiene muy poco de común con la moderna concepción materialista de la Historia. Desde el punto de vista de la teoría de los factores, la sociedad humana es un fardo pesado que diversas "fuerzas" —la moral, el derecho, la economía, etc.— arrastran, cada una por su cuenta, en el camino de la Historia. Desde el punto de vista de la moderna concepción materialista de la Historia, el asunto toma un aspecto por completo diferente. Los "factores" históricos aparecen entonces como simples abstracciones, y, cuando se disipa esta niebla, se hace claro que los hombres no hacen varias historias aisladas unas de otras —historia del derecho, historia de la moral, historia de la filosofía, etc.—, sino una sola historia: la de sus propias relaciones sociales, condicionadas por el estado de las fuerzas productivas en cada tiempo dado. *Las llamadas ideologías no son más que reflejos variados en la mente de los hombres de esta historia única e indivisible.*

J. Plejanov

EL PAPEL DEL INDIVIDUO  
EN LA HISTORIA

En la segunda mitad de la década del 70, el finado Kabliz<sup>1</sup> escribió su artículo *La inteligencia y el sentimiento como factores del progreso*, en el que, invocando a Spencer, quería demostrar que el principal papel en el movimiento ascendente de la humanidad correspondía al sentimiento, mientras que la inteligencia desempeñaba un papel secundario y, además, completamente subordinado. Un "honorable sociólogo"<sup>2</sup> refutó a Kabliz, manifestando una sorpresa burlona respecto a la teoría que relegaba la inteligencia a un segundo plano. El "honorable sociólogo" tenía razón, por supuesto, cuando defendía la inteligencia. Pero la hubiera tenido en mayor grado todavía si, en vez de ponerse a discutir la esencia de la cuestión planteada por Kabliz, hubiese señalado hasta qué punto era falso e inadmisible su planteamiento mismo. En efecto, la teoría de los "factores" es ya de por sí inconsistente, pues destaca de manera arbitraria los diferentes aspectos de la vida

---

<sup>1</sup>Kabliz (1848—1893). Escritor ruso, populista. (N. de la Red.)

<sup>2</sup>Plejanov se refiere a N. K. Mijailovski (1842—1904), ideólogo de los populistas liberales rusos, quien, apenas salió a luz el citado artículo de Kabliz, escribió al respecto en sus *Notas Literarias de 1878*. (N. de la Red.)

social y los hipostasia, convirtiéndolos en fuerzas específicas, que, desde distintos puntos y con éxito desigual, arrastran al ser social por la senda del progreso. Pero esta teoría es más infundada aún en la forma que le ha dado en su artículo Kabliz, convirtiéndolo en hipóstasis sociológicas especiales no ya unos u otros aspectos de la actividad del *ser social*, sino los diferentes dominios de la *conciencia individual*. Son verdaderas columnas de Hércules de la abstracción; no se puede ir más lejos, porque más allá comienza el reino grotesco del más patente de los absurdos. Precisamente sobre esto el "honorable sociólogo" debería haber llamado la atención de Kabliz y sus lectores. Al mostrar el dédalo de abstracciones a que condujo a Kabliz su aspiración de encontrar un "factor" dominante en la Historia, el "honorable sociólogo", quizá impensadamente, también hubiese hecho algo por la crítica de la propia teoría de los factores. Esto hubiera sido muy provechoso para todos nosotros en aquel tiempo. Pero no supo estar a la altura de esa misión. El mismo profesaba aquella teoría, diferenciándose de Kabliz únicamente por su inclinación hacia el *eclecticismo*, gracias al cual todos los "factores" le parecían de igual importancia. Las propiedades eclécticas de su espíritu se manifestaron luego con mayor claridad en sus ataques contra el materialismo dialéctico, en el cual veía una doctrina que sacrificaba al "factor" económico todos los demás y que reducía a cero el papel del individuo en la Historia. Al "honorable sociólogo" ni siquiera se le ha ocurrido que el punto de vista de los "factores" es ajeno al materialismo dialéctico y que sólo la absoluta incapacidad de pensar lógicamente permite ver en él una justificación del llamado *quietismo*. Hay que hacer notar, sin embargo, que este error del "honorable sociólogo" no tiene nada de original: lo cometían, lo cometen y, seguramen-

te, lo seguirán cometiendo por largo tiempo muchos otros...

A los materialistas se les empezó ya a reprochar su inclinación al "quietismo" cuando no tenían aún formada su concepción dialéctica de la naturaleza y de la Historia. Sin internarnos en la "lejanía de los tiempos", recordaremos la controversia del conocido sabio inglés Priestley con Price. Analizando la doctrina de Priestley, Price sostenía, entre otras cosas, que el materialismo es incompatible con el concepto de libertad y elimina toda iniciativa del individuo. En respuesta a esto, Priestley invocó la experiencia diaria. "No hablo de mí mismo, aunque, naturalmente, a mí tampoco se me puede llamar el más inerte de los animales (*I am not the most torpid and lifeless of all animals*); pero yo os pregunto: ¿dónde encontraréis más energía mental, más actividad, más fuerza y persistencia en la consecución de los objetivos principales si no es entre los partidarios de la doctrina del determinismo?" Priestley se refería a la secta religiosa democrática que entonces se llamaba *christian necessarians*.<sup>1</sup> Desconocemos si en realidad esta secta era tan activa como pensaba su adepto Priestley. Pero esto no tiene importancia. Está fuera de toda duda que la concepción materialista de la voluntad del hombre concuerda perfectamente con la más enérgica actividad práctica. Lanson hace notar que "todas las doctrinas que más exigencias formulaban a la voluntad humana afirmaban en principio la impotencia de la voluntad; negaban la libertad y subordinaban el mundo a la fatalidad". Lanson no tiene razón

---

<sup>1</sup>Tal conjugación del materialismo con el dogmatismo religioso sorprendería mucho a un francés del siglo XVIII. Pero en Inglaterra no extrañaba a nadie. Priestley mismo era muy religioso; cada pueblo, con sus costumbres.

cuando piensa que toda negación del llamado libre albedrío conduce al fatalismo; pero esto no le ha impedido notar un hecho histórico de sumo interés: en efecto, la Historia demuestra que incluso el fatalismo no sólo no impide siempre la acción enérgica en la actividad práctica, sino, por el contrario, en determinadas épocas ha sido la *base psicológica indispensable de dicha acción*. Recordemos, como demostración, que los puritanos, por su energía, superaron a todos los demás partidos de la Inglaterra del siglo XVII, y que los adeptos de Mahoma sometieron en un corto plazo un enorme territorio desde la India hasta España. Se equivocan medio a medio aquellos que piensan que es suficiente estar convencidos del advenimiento inevitable de una serie de acontecimientos para que desaparezca toda nuestra posibilidad psicológica de contribuir a ellos o contrarrestarlos.<sup>1</sup>

Todo depende de si mi propia actividad constituye un eslabón indispensable en la cadena de los acontecimientos necesarios. Si la respuesta es afirmativa, tanto menores serán mis vacilaciones y tanto más enérgicos mis actos. En esto no hay nada de sorprendente: cuan-

---

<sup>1</sup>Es sabido que, según la doctrina de Calvino, todas las acciones de los hombres son predeterminadas por Dios. "*Praedestinationem vocamus aeternum Dei decretum, quo apud se constitutum habuit, quod de uno quoque homine fieri valet.*" (Llamamos predestinación a la decisión de Dios, según la cual El determina lo que inevitablemente deberá ocurrir en la vida del hombre.) (*Institutio*, Lib. III, cap. V.) Según esta doctrina, Dios elige a algunos de sus servidores para la liberación de los pueblos injustamente oprimidos. Tal era Moisés, el libertador del pueblo israelita. Todo indica que también Cromwell se consideraba un instrumento de Dios; él decía siempre, y seguramente con sincera convicción, que sus acciones eran fruto de la voluntad de Dios. Todas esas acciones tenían *por anticipado para él el carácter de una necesidad*. Esto no sólo no le impedía aspirar a una victoria tras otra, sino que infundía a esta aspiración una fuerza indomable.

do decimos que un determinado individuo considera su actividad como un eslabón indispensable en la cadena de los acontecimientos necesarios, afirmamos, entre otras cosas, que la falta de libre albedrío equivale para él a la total *incapacidad de permanecer inactivo* y que esa falta de libre albedrío se refleja en su conciencia en forma de la *imposibilidad de obrar de un modo diferente al que obra*. Es, precisamente, el estado psicológico que puede ser expresado con la famosa frase de Lutero: "*Hier stehe ich, ich kann nicht anders*" [éste es mi concepto y otro no puedo tener] y gracias al cual los hombres revelan la energía más indomable y realizan las hazañas más prodigiosas. A Hamlet le era desconocido este estado de espíritu: por eso no fue capaz más que de lamentarse y sumirse en la meditación. Y por eso mismo, Hamlet jamás hubiera admitido una filosofía según la cual la libertad no es más que la necesidad hecha conciencia. Con razón decía Fichte: "Tal como es el hombre, así es su filosofía".

## II

Algunos de entre nosotros tomaron en serio la observación de Stammler respecto a la pretendida contradicción insoluble, según él propia de una determinada doctrina político-social de Occidente. Nos referimos al conocido ejemplo del eclipse de luna. En realidad, es un ejemplo archiabsurdo. Entre las condiciones cuya conjunción es indispensable para que se produzca un eclipse de luna, la actividad humana no interviene ni puede intervenir de ningún modo, y, por ese solo hecho, únicamente en un manicomio podría formarse un partido que se propusiese contribuir al eclipse lunar. Pero aunque la actividad humana fuese una de esas condiciones, ninguno de los que, deseando ver un eclipse de luna, estuviesen al mismo tiempo convencidos de que, fatalmente, se produciría *sin su participación*, se adheriría a un tal partido. En este caso, su "quietismo" no sería más que la abstención de *una acción superflua, es decir, inútil*, y no tendría nada que ver con el verdadero quietismo. Para que el ejemplo del eclipse dejara de ser absurdo en el caso arriba mencionado, su naturaleza debería ser totalmente cambiada por dicho partido. Habría que imaginarse que la luna está dotada de conciencia y que la situación que ocupa en el firmamento, gracias a la cual tiene lugar su eclipse, se le figura el

fruto de su libre albedrío y no sólo le produce un enorme placer, sino que es en absoluto indispensable para su tranquilidad moral, por lo que tiende siempre, apasionadamente, a ocupar esta posición.<sup>1</sup> Después de imaginarnos todo eso, deberíamos preguntarnos: ¿qué experimentaríamos la luna si descubriese al fin que, en realidad, no es su voluntad ni "ideales" lo que determina su movimiento en el espacio, sino que, por el contrario, es su movimiento el que determina su voluntad y sus "ideales"? Según Stammler, ese descubrimiento la haría incapaz, con toda seguridad, de moverse, si es que no lograba salir de apuros gracias a alguna contradicción lógica. Pero esta hipótesis carece de toda base. Este descubrimiento podría constituir uno de los fundamentos *formales* del mal humor de la luna, de su desacuerdo moral consigo misma, de la contradicción entre sus "ideales" y la realidad mecánica. Pero como nosotros suponemos que, *en general, todo* el "estado psíquico de la luna" está condicionado, en fin de cuentas, por su movimiento, es en éste donde habría que buscar el origen de su malestar espiritual. Examinando atentamente la cuestión, veríamos a lo mejor que, cuando se encuentra en su apogeo, la luna sufre porque su voluntad no está libre, y encontrándose en el perigeo, la misma circunstancia constituye para ella una nueva

---

<sup>1</sup>"C'est comme si l'aiguille aimantée prenait plaisir de se tourner vers le nord car elle croirait tourner indépendamment de quelque autre cause, s'apercevant pas des mouvements insensibles de la matière magnétique." Leibniz, *Théodicée*, Lausana, MDCCLX, pág. 598. ("Es cual si la aguja magnética, sin advertir la influencia del magnetismo y creyendo que gira independiente de toda otra causa, encontrase placer girando hacia el norte".)

fuerza moral de placidez y buen humor. También podría ser al revés: que fuera en su apogeo y no en el perigeo cuando encontrarse los medios de conciliar la libertad con la necesidad. Pero, de cualquier manera, está fuera de dudas que tal conciliación es absolutamente posible; que la conciencia de la necesidad concuerda perfectamente con la más enérgica acción práctica. En todo caso, así sucedía hasta ahora en la Historia. Algunos de los hombres que negaban el libre albedrío superaban con frecuencia a todos sus contemporáneos por la fuerza de su propia voluntad, a la que formulaban las máximas exigencias. Los ejemplos son numerosos y bien conocidos. Sólo es posible olvidarlos, como hace por lo visto Stammler, cuando de propio intento no se quiere ver la realidad histórica tal como es. Semejante falta de deseo se manifiesta muy poderosamente, por ejemplo, entre nuestros subjetivistas y entre algunos filisteos alemanes. Pero los filisteos y los subjetivistas no son hombres, sino simples *fantasmas*, como diría Belinski.

Examinemos, no obstante, más de cerca el caso cuando todas las acciones propias del hombre —pasadas, presentes o futuras— se le aparecen bajo la túnica de la necesidad. Ya sabemos que, en este caso, el hombre —considerándose a sí mismo un enviado de Dios, como Mahoma; un elegido por el destino ineluctable, como Napoleón, o un portador de la fuerza invencible del movimiento histórico, como algunos hombres públicos del siglo XIX— pone de manifiesto una fuerza de voluntad casi ciega, destruyendo cual castillos de naipes todos los obstáculos levantados en su camino por los Hamlets grandes y pequeños de las distintas comar-

cas.<sup>1</sup> Pero ahora este caso nos interesa bajo otro aspecto, que es el que vamos a analizar. Cuando la conciencia de la falta de libertad de mi voluntad se me presenta tan sólo bajo la forma de una imposibilidad total, subjetiva y objetiva, de proceder de modo distinto a como lo hago, y cuando mis acciones son para mí, al mismo tiempo, las más deseables entre todas las posibles, en tal caso la necesidad se identifica en mi conciencia con la libertad, y la libertad con la necesidad, y entonces yo no soy libre únicamente en el sentido *de que no puedo romper esta identidad entre la libertad y la necesidad; no puedo oponer la una a la otra; no puedo sentirme trabado por la necesidad. Pero esta falta de libertad es al mismo tiempo su manifestación más completa.*

Simmel dice que la libertad es siempre la libertad respecto a algo, y allí donde la libertad no se concibe como algo opuesto a una sujeción, deja de tener sentido. Esto, naturalmente, es cierto. Pero no se debe, fundándose en esta pequeña verdad elemental, refutar la tesis de que la libertad es la necesidad hecha concien-

---

<sup>1</sup>Alusión al cuento de Turguenev *El Hamlet de la Comarca de Chigrov*.

Citaremos un ejemplo más que demuestra con evidencia la fuerza de los sentimientos de gentes de esta categoría. La duquesa de Ferrara, Renée (hija de Luis XII), dice en una carta dirigida a Calvino, su maestro: "No, no he olvidado lo que me habéis escrito: David odiaba a muerte a los enemigos de Dios; y yo misma jamás dejaré de obrar en forma idéntica, pues si yo supiera que el rey, mi padre, y la reina, mi madre, mi difunto señor marido (*feu monsieur mon mari*) y todos mis hijos estaban maldecidos por Dios, los odiaría a muerte y desearía que fuesen a parar al infierno", etc. ¡De qué energía tan terrible y arrolladora son capaces gentes embargadas por tales sentimientos! Ahora bien, esas gentes negaban el libre albedrío.

cia, tesis que constituye uno de los descubrimientos más geniales del pensamiento filosófico. La definición de Simmel es muy estrecha: se refiere únicamente a la libertad no sujeta a trabas exteriores. Mientras se trate sólo de tales trabas, la identificación de la libertad con la necesidad sería en extremo ridícula: el ladrón no es libre de robarnos ni siquiera el pañuelo del bolsillo si se lo impedimos y en tanto que no ha vencido, de uno u otro modo, nuestra resistencia. Pero, además de esta noción elemental y superficial de la libertad, existe otra, incomparablemente más profunda. Para las personas incapaces de pensar de un modo filosófico, esta noción no existe en absoluto, y la gente capaz de hacerlo alcanza esta noción solamente cuando consigue desprenderse del dualismo y comprender que entre el sujeto, por un lado, y el objeto, por otro, no existe en realidad el abismo que suponen los dualistas.

El subjetivista ruso opone sus ideales utópicos a nuestra realidad capitalista y no va más allá. Los subjetivistas<sup>1</sup> se han hundido en la charca del *dualismo*. Los ideales de los llamados "discípulos rusos" se parecen a la realidad capitalista incomparablemente menos que los ideales de los subjetivistas. A pesar de esto, los "discípulos" han sabido hallar un puente para unir los ideales con la realidad. Los "discípulos" se han elevado hasta el *monismo*. Según ellos, el capitalismo, en su propio desarrollo, conducirá a su propia negación y a la realización de sus ideales, de los "discípulos" rusos, y no sólo de los rusos. Es una *necesidad* histórica. *El "discípulo" es uno de los instrumentos de esta necesidad y no puede no serlo*, tanto por su situación social

---

<sup>1</sup>Subjetivistas populistas rusos (P. Lavrov, N. Mijailovski, N. Karciev y otros). (N. de la Red.)

como por su carácter intelectual y moral, creado por esta situación. Esto también es *un aspecto de la necesidad*. Pero, desde el momento en que su situación social ha formado en él precisamente este carácter y no otro, él no sólo sirve de instrumento a la necesidad, y no sólo no puede no servirle, sino que *apasionadamente quiere y no puede no querer servirle*. Este es *un aspecto de la libertad*, de una libertad surgida de la necesidad, o con más exactitud, de una libertad que se ha identificado con la necesidad; es la necesidad hecha libertad.<sup>1</sup> *Semejante libertad* también es una libertad respecto a ciertas trabas; ella también se opone a ciertas restricciones de libertad: las definiciones profundas no refutan a las superficiales, sino que, completándolas, las encierran en sí. Pero ¿de qué trabas, de qué restricción de libertad puede, pues, tratarse en este caso? La cosa es clara; de las trabas morales que frenan la energía de los hombres que no han roto con el dualismo; de las restricciones que hacen sufrir a aquellos que no han sabido tender un puente sobre el abismo que separa los ideales de la realidad. En tanto que el individuo no ha conquistado esta libertad mediante un esfuerzo viril del pensamiento filosófico, no es aún plenamente dueño de sí mismo y, con sus propios sufrimientos morales, paga un tributo vergonzoso a la necesidad exterior, con la que se enfrenta. Pero, en cambio, apenas este mismo individuo se libera del yugo de las trabas abrumadoras y oprobiosas, nace a una vida nueva, plena, desconocida hasta entonces, y su *libre actividad* se convierte en una

---

<sup>1</sup> "Die Notwendigkeit wird nicht dadurch zur Freiheit, dass sie verschwindet, sondern dass nur ihre noch innere Identität manifestiert wird." ("La necesidad se convierte en libertad no porque desaparezca, sino porque se manifiesta su identidad, por el momento aún interna.") Hegel, *La Ciencia de la Lógica*, Nuremberg, 1816, parte II, pág. 281.

expresión *consciente y libre de la necesidad*.<sup>1</sup> El individuo se convierte en una gran fuerza social y ningún obstáculo puede no podrá ya impedirle

*Lanzarse con la furia de los dioses  
Sobre la pérfida iniquidad. . .*

---

<sup>1</sup>El viejo Hegel dice claramente en otro lugar: *Die Freiheit ist dies, Nichts zu wollen als sich*. ("La libertad no es más que la afirmación de uno mismo".) *Philosophie der Religion*, en *Obras Completas*, t. XII, pág. 98.

Lo repetimos una vez más: la conciencia de la necesidad absoluta de un determinado fenómeno sólo puede acrecentar la energía del hombre que simpatiza con él y que se considera a sí mismo una de las fuerzas que originan dicho fenómeno. Si este hombre, consciente de la necesidad de tal fenómeno, se cruzara de brazos, demostraría con ello que conoce mal la aritmética. Supongamos, en efecto, que el fenómeno  $A$  tiene que producirse necesariamente si existe una determinada suma de condiciones  $S$ . Vosotros me habéis demostrado que esta suma, en parte, existe ya y que la otra parte se dará en un determinado momento  $T$ . Convencido de eso, yo, hombre que simpatiza con el fenómeno  $A$ , exclamo: "¡Muy bien!", y me echo a dormir hasta el día feliz en que se produzca el acontecimiento predicho por vosotros. ¿Qué resultará de ello? Lo siguiente: según vuestros cálculos, la suma  $S$ , necesaria para que se produzca el fenómeno  $A$ , comprendía también mi actividad, a la que llamaremos  $a$ . Pero como yo me eché a dormir, en el momento  $T$  la suma de condiciones favorables para el advenimiento de dicho fenómeno ya no será  $S$ , sino  $S - a$ , lo que altera la situación. Puede ocurrir que mi lugar sea ocupado por otro hombre, que también se hallaba próximo a la inactividad, pero so-

bre quien ha ejercido una influencia saludable el ejemplo de mi apatía, que le pareció muy indignante. En este caso la fuerza  $a$  será sustituida por la fuerza  $b$ , y si  $a$  es igual a  $b$  ( $a=b$ ), la suma de condiciones que favorecen el advenimiento de  $A$  quedará igual a  $S$  y el fenómeno  $A$  se producirá, por lo tanto, en el mismo momento  $T$ .

Pero si la fuerza mía no es igual a cero, si soy un militante hábil y capaz y nadie me ha sustituido, entonces la suma  $S$  no será completa y el fenómeno  $A$  se producirá más tarde de lo que habíamos calculado, no se producirá con la plenitud esperada o no se producirá en absoluto. Esto es claro como la luz del día, y si yo no lo comprendo, si yo pienso que  $S$  continuará siendo  $S$  aún después de mi traición, se debe sólo al hecho de que yo no sé contar. Pero ¿soy yo acaso el único que no sabe contar? Vosotros, que me habíais anticipado que la suma  $S$  se produciría necesariamente en el momento  $T$ , no habíais previsto que yo me echaría a dormir inmediatamente después de nuestra conversación; estabais seguros de que yo continuaría siendo hasta el fin un buen militante; habéis tomado una fuerza menos segura por una fuerza más segura. Por consiguiente, también vosotros habéis calculado mal. Pero supongamos que habéis acertado en todo, que lo habéis tenido todo en cuenta. En tal caso, vuestro cálculo adquirirá el siguiente aspecto: decís que en el momento  $T$  tendremos la suma  $S$ . En esta suma de condiciones entrará mi traición como un *valor negativo*; entrará asimismo como *valor positivo* la acción estimulante que en los hombres de espíritu fuerte produce la seguridad de que sus aspiraciones e ideales son una expresión subjetiva de la necesidad objetiva. En este caso tendremos realmente la suma  $S$  en el momento calculado y el fenómeno  $A$  se producirá. Todo parece claro.

Pero, siendo así, ¿por qué me ha desconcertado la idea de la inevitabilidad del fenómeno A? ¿Por qué me ha parecido que ella me condenaba a la inactividad? ¿Por qué, reflexionando sobre ella, me he olvidado de las más simples reglas de la aritmética? Probablemente, porque mi educación ha sido tal, que ya antes la inactividad me atraía con fuerza y nuestra conversación no ha sido más que la gota que ha hecho desbordar el vaso de esta aspiración loable. Esto es todo. *Sólo en este sentido, en el sentido de un pretexto para revelar mi flaqueza e inutilidad moral, figuraba aquí la conciencia de la necesidad.* Pero ésta no puede de ninguna manera ser considerada como *causa* de mi flaqueza, pues la causa no reside en ella, sino en las condiciones de mi educación. Por consiguiente. . . , por consiguiente, la aritmética es una ciencia extraordinariamente útil y respetable, cuyas reglas no deben olvidar tampoco los señores filósofos, ¡sí, de un modo especial, los señores filósofos!

¿Y cómo actúa la conciencia de la necesidad de un fenómeno determinado sobre el hombre fuerte que *no simpatiza* con el mismo y *se opone* a su advenimiento? Aquí la cosa cambia un poco. Es muy probable que esta conciencia *debilitará* la energía de su resistencia. Pero ¿cuándo los enemigos de un fenómeno determinado se convencen de su inevitabilidad? Cuando las circunstancias que lo favorecen se hacen muy numerosas y muy fuertes. La conciencia que los enemigos de ese fenómeno adquieren de su inevitabilidad y el debilitamiento de sus energías no son más que la manifestación de la fuerza de las condiciones que le son favorables. Tales manifestaciones forman parte, a su vez, de estas condiciones favorables.

Pero la energía de la resistencia no disminuirá en todos los adversarios; en algunos se acrecentará como

consecuencia del reconocimiento de su inevitabilidad, transformándose en la *energía de la desesperación*. La Historia en general y la Historia de Rusia en particular nos brindan muchos ejemplos instructivos de energía de este género. Confiamos en que el lector los recordará sin nuestra ayuda.

Aquí nos interrumpe el señor Kareiév, que si bien, claro está, no comparte nuestro punto de vista sobre la libertad y la necesidad y, además, no aprueba nuestro apasionamiento por los "excesos" de los hombres fuertes, acoge, no obstante, con simpatía la idea que sostiene nuestra revista<sup>1</sup> de que el individuo puede ser una gran fuerza social. El respetable catedrático exclama gozoso: "¡Yo siempre lo he dicho!" Es verdad. El señor Kareiev y todos los subjetivistas han atribuido siempre al individuo un papel muy importante en la Historia. Hubo un tiempo en que esto despertaba grandes simpatías entre la juventud avanzada, que aspiraba a llevar a cabo nobles empresas por el bien común y que, por lo mismo, estaba, naturalmente, inclinada a estimar en alto grado la importancia de la iniciativa personal. Pero, en el fondo, los subjetivistas nunca han sabido no ya resolver, sino ni siquiera plantear con acierto la cuestión sobre el papel del individuo en la Historia. Ellos oponían la actividad de los "espíritus críticos" a la influencia de *las leyes* del movimiento histórico de la sociedad, creando así una nueva variedad de la teoría de los factores; los "espíritus críticos" constituían *uno de los factores*, siendo el *otro* las leyes propias de dicho movimiento. Como resultado de eso, se ha llegado a

---

<sup>1</sup>Plejanov se refiere a la revista *Nauchnoie Obosrenie* (Comentario Científico), en la que apareció esta obra en 1898 firmada con el seudónimo A. Kirsanov.

una profunda incongruencia, que podía satisfacer solamente mientras la atención de los "individuos" activos estuviese concentrada en los problemas prácticos del momento y mientras, por ello, no les restase tiempo para ocuparse de los problemas filosóficos. Pero cuando la calma que sobrevino en la década del 80 brindó a aquellos que poseían la capacidad de pensar un momento de ocio forzado para entregarse a reflexiones filosóficas, la doctrina subjetivista comenzó a reventar por todas las costuras e incluso a caerse en pedazos, como el famoso capote de Akaki Akakievich.<sup>1</sup> Los remiendos para nada servían y los hombres del pensamiento comenzaron, uno tras otro, a renunciar al subjetivismo, considerándolo como una doctrina a todas luces y por completo inconsistente. Mas, como suele suceder en tales casos, la reacción contra el subjetivismo condujo a algunos de sus adversarios al extremo opuesto. Mientras algunos de los subjetivistas, tratando de atribuir al "individuo" un papel en la Historia lo más amplio posible, se negaban a reconocer el movimiento histórico de la humanidad como un proceso regido por leyes, algunos de sus más recientes adversarios, tratando de recalcar lo mejor posible ese carácter regular del movimiento, estaban prontos, por lo visto, a olvidar que *la Historia la hacen los hombres* y que, *por lo tanto, la actividad de los individuos no puede dejar de tener su importancia en ella*. Consideraban al individuo como una *quantité négligeable* [una magnitud despreciable]. Teóricamente, este extremismo es tan inadmisibile como aquel al que llegaron los más celosos subjetivistas.

---

<sup>1</sup>Akaki Akakievich. Pequeño funcionario, héroe del famoso cuento de Gogol *El Capote*. (N. de la Red.)

Tan inconsistente es sacrificar la tesis a la antítesis como olvidarse de la antítesis en aras de la tesis. Únicamente será encontrado el punto de vista acertado cuando sepamos sumar en la síntesis las partes de verdad contenidas en aquéllas.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>El mismo Kareiev se nos ha adelantado en la aspiración a la síntesis. Pero, desgraciadamente, no ha ido más allá del reconocimiento de la verdad de que el hombre se compone de cuerpo y alma.

Nos interesa desde hace mucho este problema y hace ya bastante tiempo que queríamos invitar al lector a abordarlo con nosotros. Pero nos retenían ciertos escrúpulos: pensábamos que tal vez nuestros lectores lo habrían ya resuelto por sí mismos y que nuestra invitación fuese tardía. Ahora, nuestras aprensiones han desaparecido. Nos han descargado de ellas los historiadores alemanes. Hablamos en serio. Resulta que en estos últimos tiempos los historiadores alemanes han sostenido una polémica muy viva acerca del papel de las grandes figuras en la Historia. Unos se inclinaban a ver en la actividad política de estos hombres el resorte principal y casi exclusivo del desarrollo histórico, mientras que otros afirmaban que semejante punto de vista es unilateral y que la ciencia histórica debe tener presente no sólo la actividad de los grandes hombres, y no sólo la historia política, sino todo el conjunto de la vida histórica en general (*das Ganze des geschichtlichen Lebens*). Uno de los representantes de esta última corriente es Carlos Lamprecht, el autor del libro *Historia del Pueblo Alemán*. Los adversarios de Lamprecht lo acusaban de "colectivismo" y de materialismo, lo colocaban —*horribile dictu!* [¡terrible sentencia!]— en un mismo plano incluso con los "ateos social-

demócratas”, según la expresión que él ha empleado al final de la discusión. Al analizar nosotros sus conceptos, nos dimos cuenta de que las acusaciones lanzadas contra el pobre sabio eran completamente infundadas. Al mismo tiempo, nos convencimos de que los historiadores alemanes contemporáneos no son capaces de resolver la cuestión del papel del individuo en la Historia. Fue entonces cuando nos consideramos con derecho a suponer que el problema continuaba todavía sin resolver también para algunos lectores rusos, y que en relación con él aún puede decirse algo no del todo desprovisto de interés teórico y práctico.

Lamprecht reunió toda una colección original de opiniones (*eine artige Sammlung*, según su expresión) de destacados hombres de Estado respecto a su actividad en relación con el ambiente histórico en que ésta se desarrolló; pero en su polémica se ha limitado, por ahora, a citar algunos discursos y opiniones de Bismarck. Cita las siguientes palabras, pronunciadas por el Canciller de Hierro en el Reichstag de la Alemania del Norte el día 16 de abril de 1869: “No podemos, señores, ni ignorar la historia del pasado ni crear el futuro. Quisiera preveniros contra el error que lleva a algunos a adelantar el reloj, imaginándose que con ello aceleran la marcha del tiempo. Generalmente se exagera mucho mi influencia en los acontecimientos en los que me he apoyado, pero, a pesar de todo, a nadie se le ocurrirá exigirme que yo *haga* la Historia. Esto me habría sido imposible incluso con vuestro concurso, aunque, yendo unidos, habríamos podido hacer frente a todo un mundo. Pero nosotros no podemos hacer la Historia; debemos esperar a que ella se haga. No aceleraremos el sazonomiento de los frutos con exponerlos al calor de una lámpara, y arrancarlos verdes no es otra cosa que impedir su crecimiento y echarlos a perder”.

Fundándose en el testimonio de Joly, Lamprecht cita también las opiniones que Bismarck ha expresado en más de una ocasión durante la guerra franco-prusiana. Su sentido general es siempre el mismo: "No podemos hacer los grandes cambios políticos, sino que debemos atenernos a la marcha natural de las cosas, limitándonos a asegurarnos aquello que ya ha madurado". En estas palabras Lamprecht ve una verdad profunda y completa. El historiador contemporáneo no puede, según él, pensar de otro modo si es que sabe mirar al fondo de los acontecimientos y no limitar su campo visual a un período de tiempo demasiado corto. ¿Hubiera podido acaso Bismarck retrotraer a Alemania a la economía natural? Esto le hubiera sido imposible incluso cuando se hallaba en el apogeo de su poder. Las condiciones históricas generales son más poderosas que las personalidades más fuertes. El carácter general de su época es para el gran hombre "*una necesidad dada empíricamente*".

Así opina Lamprecht, llamando *universal* a su concepción. No es difícil observar el punto flaco de esta concepción "universal". Las citadas opiniones de Bismarck son muy interesantes como documento psicológico. Se puede no simpatizar con la actividad del antiguo canciller alemán, pero no se puede afirmar que ésta careciera de importancia, ni que Bismarck se distinguiese por su "quietismo". Precisamente de él decía Lassalle: "Los servidores de la reacción no son picos de oro, pero quiera Dios que la causa del progreso disponga del máximo número de servidores de esta índole". Y este hombre, que ha dado más de una vez pruebas de una energía verdaderamente de hierro, se creía en absoluto impotente ante el curso natural de las cosas, considerándose, por lo visto, un simple instrumento del desarrollo histórico: esto demuestra una vez más que se pue-

den enfocar los fenómenos a la luz de la necesidad y ser al mismo tiempo un hombre de acción muy enérgico. Pero sólo bajo este aspecto son interesantes las opiniones de Bismarck; no podemos considerarlas como una solución al problema del papel del individuo en la Historia. Según Bismarck, los acontecimientos sobrevienen por sí mismos, y nosotros no podemos más que garantizarlos el disfrute de lo que ellos preparan. Pero cada acto de "garantía" representa también un acontecimiento histórico: ¿en qué se diferencian, pues, estos acontecimientos de los que sobrevienen por sí mismos? En realidad, casi todo acontecimiento histórico es, al mismo tiempo, algo que "garantiza" a alguien los frutos ya maduros del desarrollo anterior y uno de los eslabones de la cadena de acontecimientos que preparan los frutos del porvenir. ¿Cómo pueden, pues, oponerse los actos de "garantía" a la marcha natural de los acontecimientos? Por lo visto, Bismarck ha querido decir que los individuos y grupos que actúan en la Historia jamás han sido ni serán omnipotentes. Esto, naturalmente, está fuera de toda duda. Pero nosotros quisiéramos saber, sin embargo, de qué depende su fuerza, que dista, sin duda alguna, de ser omnipotente; en qué condiciones aumenta o disminuye. Ni Bismarck ni el sabio defensor de la concepción "universal" de la Historia, que cita sus palabras, nos dan la solución del problema.

Es verdad que en los escritos de Lamprecht encontramos también citas más explícitas.<sup>1</sup> Por ejemplo, él transcribe las siguientes palabras de Monod, uno de los representantes más destacados de la ciencia histórica

---

<sup>1</sup>Teníamos y tendremos en cuenta su artículo *Der Ausgang des Geschichtswissenschaftlichen Kampfes*, en *Die Zukunft*, 1897, núm. 44, sin referirnos a otros artículos histórico-filosóficos de Lamprecht.

moderna de Francia: "Los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar exclusiva atención a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los grandes y lentos movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales, que constituyen la parte verdaderamente interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometida hasta cierto grado a un análisis exacto. En efecto, los acontecimientos y las personalidades destacadas lo son precisamente como signos y símbolos de diferentes etapas de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los acontecimientos llamados históricos son para la verdadera Historia lo que para el movimiento profundo y constante del flujo y reflujo las olas que nacen en la superficie del mar, brillan un momento con su luz viva y van a estrellarse luego contra la costa arenosa, desapareciendo sin dejar huellas". Lamprecht declara su conformidad absoluta con cada una de estas palabras de Monod. Es sabido que a los sabios alemanes no les gusta estar de acuerdo con los sabios franceses, ni a éstos, con los alemanes. Por esta razón, el historiador belga Pirenne hace resaltar con particular satisfacción en la *Revue Historique* esta coincidencia de las concepciones históricas de Monod con las de Lamprecht. "Esta coincidencia es muy significativa —observa Pirenne—, pues demuestra evidentemente que el futuro pertenece a las nuevas concepciones históricas."

No compartimos las gratas esperanzas de Pirenne. El futuro no puede pertenecer a concepciones vagas e indefinidas; tales, precisamente, son las de Monod y, sobre todo, las de Lamprecht. Como es natural, no se puede por menos de saludar la tendencia que proclama que la tarea primordial de la ciencia histórica es el estudio de las instituciones sociales y de las condiciones económicas. Esta ciencia irá lejos cuando dicha tendencia arraigue en ella definitivamente. Pero, en primer término, Pirenne se equivoca al considerar que esta tendencia es nueva. Ha surgido en la ciencia histórica ya en la segunda década del siglo XIX: sus representantes más destacados y consecuentes fueron Guizot, Mignet, Agustín Thierry y, más tarde, Tocqueville y otros. Las concepciones de Monod y Lamprecht no son más que una copia pálida de un original viejo, pero muy notable. En segundo término, por profundas que hayan sido para su época las concepciones de Guizot, Mignet y otros historiadores franceses, muchos puntos han quedado sin esclarecer. No dan una respuesta precisa y completa a la cuestión del papel del individuo en la Historia. Ahora bien, la ciencia histórica debe resolver de una manera efectiva este problema, si es que a sus representantes les está destinado librarse de una

concepción unilateral del objeto de su ciencia. El futuro pertenece a la escuela que mejor resuelva, entre otros, este problema.

Las concepciones de Guizot, Mignet y otros historiadores pertenecientes a esta tendencia eran como una reacción frente a las ideas históricas del siglo XVIII y son su *antítesis*. Los hombres que en aquel siglo se ocupaban de la filosofía de la Historia lo reducían todo a *la actividad consciente de los individuos*. Ciertamente es que también entonces existían algunas excepciones de la regla general: el campo visual histórico-filosófico, por ejemplo, de Vico, Montesquieu y Herder era mucho más amplio. Pero nosotros no nos referimos a las excepciones; la enorme mayoría de los pensadores del siglo XVIII interpretaban la Historia tal y como lo hemos expuesto. Es muy interesante a este respecto volver a leer hoy las obras históricas de Mably. Según este autor, fue Minos quien organizó completamente la vida social y política y creó las costumbres de los cretenses, mientras Licurgo prestó el mismo servicio a Esparta. Si los espartanos "despreciaban" la riqueza material, es debido a Licurgo, que "penetró, por decirlo así, hasta lo más profundo del corazón de sus conciudadanos y ahogó en ellos todo germen de pasión por las riquezas" (*descendit pour ainsi dire jusque dans le fond du coeur des citoyens, etc.*).<sup>1</sup> Y si más tarde los espartanos abandonaron la senda señalada por el sabio Licurgo, la culpa es de Lisandro, que les había convencido de que "los tiempos nuevos y las nuevas circunstancias exigen nuevas normas y una política nueva".<sup>2</sup> Los tratados escritos partiendo de este punto de vista

---

<sup>1</sup>Véase *Œuvres Complètes* del abate de Mably, Londres, 1789, t. IV, págs. 3, 14—22, 34 y 192.

<sup>2</sup>Lug. cit., pág. 109.

tenían muy poco que ver con la ciencia y se escribían como sermones, únicamente con miras a las "enseñanzas morales" que de ellos se desprendían. Precisamente contra concepciones de esta índole se levantaron los historiadores franceses de la época de la Restauración. Después de los grandiosos acontecimientos de fines del siglo XVIII, era ya en absoluto imposible considerar a la Historia como obra de personalidades más o menos eminentes, más o menos nobles e ilustradas, que, a su antojo, inculcaran a una masa ignorante, pero sumisa, unos y otros sentimientos e ideas. Contra tal filosofía de la Historia se rebelaba además el orgullo plebeyo de los teóricos burgueses. Dejaron sentir su influencia los mismos sentimientos que todavía en el siglo XVIII se pusieron de manifiesto en la naciente dramaturgia burguesa. En la lucha contra las viejas concepciones históricas, Thierry empleaba, entre otros, los mismos argumentos esgrimidos por Beaumarchais y otros contra la vieja estética.<sup>1</sup> Por último, las tempestades que poco tiempo antes habían sacudido a Francia demostraban a las claras que la marcha de los acontecimientos históricos no era determinada exclusivamente, ni mucho menos, por la actividad consciente de los hombres; esta sola circunstancia debía ya sugerir la idea de que los acontecimientos se producen bajo la influencia de cierta necesidad latente que actúa de manera ciega, como los elementos de la naturaleza, pero conforme a determinadas leyes inexorables. Es extremadamente notorio —aunque hasta ahora, que nosotros sepamos, nadie lo ha señalado— el hecho de que las nuevas concepciones de la Historia como proceso regulado por

---

<sup>1</sup>Compárese la primera carta sobre la *Historia de Francia* con el *Essai sur le Genre Dramatique Sérieux* insertado en el primer tomo de las *Obras Completas* de Beaumarchais.

determinadas leyes fueron defendidas de la manera más consecuente por los historiadores franceses de la época de la Restauración, precisamente en las obras dedicadas a la Revolución Francesa. Tales eran, entre otras, las obras de Mignet y Thiers. Chateaubriand dio el nombre de *fatalista* a la nueva escuela histórica. He aquí cómo él definía las tareas que esta escuela planteaba ante los investigadores: "Este sistema exige que el historiador relate sin indignación las ferocidades más atroces, que hable sin amor de las más elevadas virtudes y con su fría mirada no vea en la vida social más que la manifestación de leyes ineluctables, en virtud de las cuales todo fenómeno se produce precisamente como inevitablemente debía producirse".<sup>1</sup> Esto, por supuesto, es inexacto. La nueva escuela no exigía de ningún modo la impassibilidad del historiador. Agustín Thierry incluso declaró abiertamente que las pasiones políticas, aguzando el espíritu del investigador, pueden ser un arma potente para el descubrimiento de la verdad.<sup>2</sup> Y basta repasar aunque sea a la ligera las obras históricas de Guizot, Thierry o Mignet para ver que simpatizaban ardientemente con la burguesía, tanto en su lucha contra la aristocracia y el alto clero como en su tendencia a ahogar las reivindicaciones del proletariado naciente. Pero lo que es indiscutible es que la nueva escuela histórica ha surgido entre 1820 y 1830, es decir, en una época en que la aristocracia estaba *ya* vencida por la burguesía, si bien trataba aún de restablecer algunos

---

<sup>1</sup>Chateaubriand, *Obras Completas*, t. VII, pág. 58. París 1860. Recomendamos al lector la lectura atenta de la página siguiente; podría pensarse que ha sido escrita por el señor N. Mijailovski.

<sup>2</sup>Véase *Considérations sur l'Histoire de France*, suplemento de *Récits des Temps Mérovingiens*, París, 1840, pág. 72.

de sus viejos privilegios. El orgullo que les infundía la conciencia del triunfo de su clase se reflejaba en todos los razonamientos de los historiadores de la nueva escuela. Y como la burguesía no se ha distinguido nunca por una delicadeza caballeresca de sentimientos, es natural que en los argumentos de sus sabios representantes sonara a veces la crueldad hacia el vencido. "*Le plus fort absorbe le plus faible; cela est de droit*" [el más fuerte absorbe al más débil, lo cual es legítimo], dice Guizot en uno de sus folletos de carácter polémico. No menos cruel es su actitud hacia la clase obrera. Justamente esta crueldad, que a veces adquiría la forma de una impasibilidad tranquila, indujo a error a Chateaubriand. Además, entonces no se veía claro aún cómo debía concebirse la sujeción a leyes del movimiento histórico. Por último, la nueva escuela podía parecer fatalista precisamente porque, tratando de apoyarse con firmeza sobre esta sujeción, se ocupaba poco de las grandes personalidades históricas.<sup>1</sup> Esto es lo que no podían aceptar fácilmente gentes formadas en las

---

<sup>1</sup>En el artículo dedicado a la tercera edición de la *Historia de la Revolución Francesa* de Mignet, Sainte-Beuve caracterizaba de la siguiente manera la actitud de este historiador hacia las personalidades: "*A la vue des vastes et profondes émotions populaires qu'il avait à décrire, au spectacle de l'impuissance et du néant où tombent les plus sublimes génies, les vertus les plus saintes, alors que les masses se soulèvent, il s'est pris de pitié pour les individus, n'a vu en eux pris isolement que faiblesse et ne leur a reconnu d'action efficace que dans leur union avec la multitude*". ("Ante la vista de las vastas y profundas emociones populares que tuvo que describir, frente al espectáculo de la incapacidad e impotencia de los genios más sublimes y de las virtudes más santas cuando se sublevaron las masas, fue embargado por un sentimiento de compasión hacia el individuo, sin ver en éste nada más que flaqueza y negándole su capacidad para llevar a cabo una acción eficaz de no ser en unión con la masa".)

ideas históricas del siglo XVIII. Sobre los nuevos historiadores llovieron de todos lados las refutaciones, y fue entonces cuando se entabló la discusión que, como hemos visto, continúa aún en nuestros días.

En enero de 1826, Sainte-Beuve escribió en *Globe* con motivo de la aparición de los tomos V y VI de la *Historia de la Revolución Francesa* de Thiers: "En cada momento dado, el hombre puede por una decisión súbita de su voluntad introducir en la marcha de los acontecimientos una fuerza nueva, inesperada y variable, capaz de imprimirle otra dirección, pero que, no obstante, no se presta a ser medida a causa de su variabilidad".

No hay que pensar que Sainte-Beuve suponía que las "decisiones súbitas" de la voluntad del hombre aparecen sin razón alguna. No, sería muy ingenuo. No ha hecho más que afirmar que las cualidades intelectuales y morales del hombre que desempeña un papel más o menos importante en la vida social, su talento, sus conocimientos, su decisión o indecisión, su valor o cobardía, etc., no podían dejar de ejercer una influencia notable en el curso y el desenlace de los acontecimientos, y, sin embargo, estas cualidades no se explican solamente por las leyes generales del desarrollo de los pueblos, sino que se forman siempre y en alto grado bajo la influencia de lo que podríamos llamar casualidades de la vida privada. Citaremos unos cuantos ejemplos para aclarar este pensamiento, que, por otra parte, nos parece bastante claro.

En la Guerra de Sucesión de Austria, las tropas francesas obtuvieron unas cuantas victorias brillantes y Francia hubiera podido, indudablemente, lograr de Austria la cesión de un territorio bastante extenso en lo que hoy es Bélgica; pero Luis XV no exigía esta anexión porque él, según decía, no guerreaba como

mercader sino como rey; así, la Paz de Aquisgrán no dio nada a los franceses. Pero si el carácter de Luis XV hubiese sido otro, el territorio de Francia tal vez habría aumentado, por cuyo motivo habría variado un tanto el curso de su desarrollo económico y político.

Como es sabido, la Guerra de los Siete Años Francia la llevó a cabo en alianza con Austria. Se dice que en la concertación de esta alianza influyó grandemente Madame de Pompadour, a quien había halagado sobremanera el hecho de que la orgullosa María Teresa la llamara, en una carta, su prima o su querida amiga (*"bien bonne amie"*). Puede decirse, por tanto, que si Luis XV hubiese poseído una moral más austera o se hubiese dejado influir menos por sus favoritas, Madame de Pompadour no habría ejercido esa influencia sobre los acontecimientos y éstos habrían tomado otro giro.

Además, en la Guerra de los Siete Años los franceses no tuvieron éxito. Sus generales sufrieron varias derrotas vergonzosísimas. En general, la conducta observada por ellos ha sido más que extraña. Richelieu se dedicaba a la rapiña, mientras que Soubise y Broglie siempre se estorbaban mutuamente. Así, cuando Broglie atacó al enemigo en Willinghausen, Soubise, que había oído los disparos de cañón, no acudió en ayuda de su compañero, como estaba convenido y como, sin duda, debía haber hecho, y Broglie se vio obligado a retirarse.<sup>1</sup>

A Soubise, inepto en extremo, le protegía la mis-

---

<sup>1</sup>Otros dicen que la culpa no fue de Soubise, sino de Broglie, quien no esperó a su compañero por no compartir con él los laureles de la victoria. Pero esto no tiene para nosotros ninguna importancia, ya que en nada cambia el fondo de la cuestión.

ma Madame de Pompadour. Y puede decirse una vez más que si Luis XV hubiese sido menos voluptuoso o si su favorita no hubiese intervenido en política, los acontecimientos no habrían sido tan desfavorables para Francia.

Los historiadores franceses afirman que Francia no debió en absoluto pelear en el continente europeo, sino concentrar todos sus esfuerzos en el mar para defender sus colonias de los atentados de Inglaterra. Ahora bien, si Francia obró de otra manera, la culpa es, una vez más, de la inevitable Madame de Pompadour, que deseaba complacer a "su querida amiga" María Teresa. A causa de la Guerra de los Siete Años, Francia perdió sus mejores colonias, lo que, sin duda, influyó muchísimo en el desarrollo de sus relaciones económicas. La vanidad femenina aparece aquí ante nosotros como un "factor" influyente del desarrollo económico.

¿Hacen falta otros ejemplos? Citaremos uno más, quizá el más sorprendente. En agosto de 1761, durante la misma Guerra de los Siete Años, las tropas austriacas, después de unirse con las rusas en la Silesia, cercaron a Federico cerca de Striegau. La situación de Federico era desesperada, pero los aliados no se apresuraron a atacar y el general Buturlin, luego de permanecer veinte días inactivo frente al enemigo, se retiró de la Silesia, dejando únicamente una parte de sus tropas como refuerzo de las del general austriaco Laudon. Este ocupó Schweidnitz, cerca del cual se encontraba Federico. Pero este éxito fue de poca importancia. ¿Y si Buturlin hubiese poseído un carácter más enérgico, si los aliados hubiesen atacado a Federico sin darle tiempo a atrincherarse en su campamento? Es posible que hubiese sido derrotado por completo, teniendo que someterse a la voluntad de sus vencedores. Esto sucedió unos cuantos meses antes de que un nuevo hecho for-

tuito, la muerte de la emperatriz Elisabeta, modificara súbita y radicalmente la situación en favor de Federico. Cabe preguntar: ¿qué hubiera sucedido si Buturlin hubiera sido más enérgico o si en su lugar hubiese habido un Suvorov?

En su análisis de la concepción de los historiadores "fatalistas", Sainte-Beuve formuló también otro razonamiento al que convendría prestar atención. En el ya citado artículo sobre la *Historia de la Revolución Francesa* de Mignet, Sainte-Beuve demuestra que el curso y el desenlace de la Revolución Francesa no sólo fueron condicionados por las causas generales que la originaron y por las pasiones que ella a su vez desencadenó, sino también por numerosos pequeños fenómenos que se escapan a la atención del investigador y que ni tan siquiera forman parte de los fenómenos sociales propiamente dichos. "En el momento en que obraban estas causas (generales) y estas pasiones (provocadas por ellas) —escribía él—, las fuerzas físicas y fisiológicas de la naturaleza tampoco estaban inactivas: la piedra seguía sometida a la fuerza de la gravedad, la sangre no cesaba de circular por las venas. ¿Es posible que el curso de los acontecimientos no habría cambiado si Mirabeau, por ejemplo, no hubiese muerto atacado por unas fiebres, si la caída inesperada de un ladrillo o la apoplejía hubiesen ocasionado la muerte de Robespierre, si una bala hubiera matado a Bonaparte? ¿Os atreveríais a afirmar que el resultado de los acontecimientos habría sido el mismo? Ante un número suficientemente grande de casualidades como las sugeridas por mí, el resultado habría podido ser del todo opuesto al que, según vosotros, era inevitable. Ahora bien, yo tengo derecho a suponer tales contingencias, porque no las excluyen ni las causas generales de la revolución ni las pasiones engendradas por estas causas genera-

les." Más adelante, cita la conocida observación de que la Historia habría seguido completamente otro rumbo si la nariz de Cleopatra hubiese sido un poco más corta, y, en su conclusión, reconociendo que se pueden decir muchas cosas en defensa de la concepción de Mignet, señala una vez más en qué consiste la equivocación de ese autor. Mignet atribuye únicamente a la acción de las causas generales aquellos resultados a cuyo nacimiento han contribuido también numerosas causas pequeñas, oscuras, imperceptibles; su espíritu severo parece resistirse a reconocer la existencia de aquello que no obedece a un orden y a unas leyes determinadas.

## VI

¿Son fundadas las objeciones de Sainte-Beuve? Parece que contienen cierta parte de verdad. Pero ¿cuál, precisamente? Para determinarla, examinemos primero la idea según la cual el hombre, mediante “las decisiones súbitas de su voluntad”, puede introducir en la marcha de los acontecimientos una fuerza nueva, capaz de modificarla sensiblemente. Hemos citado varios ejemplos que, en nuestra opinión, lo explican muy bien. Reflexionemos sobre estos ejemplos.

De todos es sabido que durante el reinado de Luis XV el arte militar en Francia decaía cada vez más. Según hace notar Enrique Martin, durante la Guerra de los Siete Años las tropas francesas, tras las cuales marchaban siempre numerosas prostitutas, mercaderes y criados y que tenían tres veces más caballos en el convoy que en las fuerzas montadas, recordaban más las huestes de Darío y Jerjes que los ejércitos de Turena y de Gustavo Adolfo.<sup>1</sup>

En su *Historia de la Guerra de los Siete Años*, Archenholz escribe que los oficiales franceses que estaban de guardia abandonaban con frecuencia sus puestos para ir a bailar y que sólo cumplían las órdenes de sus

---

<sup>1</sup>*Histoire de France*, cuarta edición, t. XV, págs. 520-521.

mandos cuando lo consideraban necesario y conveniente. Este deplorable estado de los asuntos militares era condicionado por la decadencia de la nobleza, que, no obstante, continuaba ocupando todos los altos puestos en el ejército, y por el desbarajuste general de todo el "viejo orden", que marchaba rápidamente hacia su ruina. Estas causas *generales* eran de por sí más que suficientes para hacer que la Guerra de los Siete Años tomase un giro desfavorable para Francia. Pero no cabe duda de que la ineptitud de generales como Soubise aumentó aún más las probabilidades de fracaso del ejército francés, condicionadas por las causas generales. Y como Soubise se mantenía en su puesto gracias a Madame de Pompadour, hay que reconocer que la vanidosa marquesa fue uno de los "factores" que *acentuaron* considerablemente la influencia desfavorable de las causas generales en la situación de Francia durante la Guerra de los Siete Años.

La fuerza de la marquesa de Pompadour no residía en ella misma, sino en el poder del rey, sometido a su voluntad. ¿Puede, acaso, afirmarse que el carácter de Luis XV era tal como necesariamente tenía que ser, dado el curso general del desarrollo de las relaciones sociales de Francia? No. Sin que hubiera cambiado en absoluto el curso de dicho desarrollo, el lugar de este rey pudo haber sido ocupado por otro cuya actitud hacia las mujeres fuese diferente. Sainte-Beuve diría que para eso hubiese bastado la acción de causas fisiológicas oscuras e imperceptibles. Y tendría razón. Pero si es así, resulta que estas causas fisiológicas oscuras, al influir en la marcha y en el desenlace de la Guerra de los Siete Años, han influido también sobre el desarrollo ulterior de Francia, que habría seguido otro rumbo si la mencionada guerra no le hubiera hecho perder la mayor parte de sus colonias. Cabe preguntar si no

contradice esta conclusión a la idea del desarrollo de la sociedad conforme a determinadas leyes.

De ningún modo. Por indudable que fuese en los casos indicados la acción de las particularidades individuales, no es menos cierto que ello podía tener lugar *únicamente en las condiciones sociales dadas*. Después de la batalla de Rossbach, los franceses estaban terriblemente indignados contra la protectora de Soubise, que cada día recibía un gran número de cartas anónimas, llenas de amenazas e insultos. Madame de Pompadour estaba atormentada; comenzó a sufrir de insomnio.<sup>1</sup>

Sin embargo, continuó protegiendo a Soubise. En 1762, en una de las cartas dirigidas a él, después de decirle que no había justificado las esperanzas en él cifradas, añadía: "A pesar de eso, no temáis nada, tomaré bajo mi cuidado vuestros intereses y me esforzaré en reconciliaros con el rey".<sup>2</sup> Como se ve, ella no había cedido ante la opinión pública. ¿Por qué? Indudablemente, porque la sociedad francesa de entonces *no estaba en condiciones de constreñirla* a ceder. Pero ¿por qué la sociedad francesa de entonces no estaba en condiciones de hacerlo? Porque se lo impedía su organización, que, a su vez, dependía de la correlación de las fuerzas sociales de Francia en aquella época. Por consiguiente, es la correlación de estas fuerzas la que, en última instancia, explica el hecho de que el carácter de Luis XV y los caprichos de sus favoritas pudieran ejercer una influencia tan nefasta sobre los destinos de Francia. Si no hubiese sido el rey el individuo caracte-

---

<sup>1</sup>Ver *Mémoires de Madame du Hausset*, París, 1824, página 181.

<sup>2</sup>Ver *Lettres de la Marquise de Pompadour*, tomo I, Londres, 1772.

rizado por su debilidad hacia el sexo femenino, sino uno cualquiera de sus cocineros o de sus mozos de cuadra, ésta no habría tenido ninguna importancia histórica. Es evidente que no se trata aquí de dicha flaqueza, sino de la situación social del individuo que la padece. El lector comprenderá que estos razonamientos pueden ser aplicados a todos los demás ejemplos arriba citados. Basta cambiar los nombres; colocar, por ejemplo, Rusia en lugar de Francia, Buturlin en lugar de Soubise, etc. Por eso nos abstendremos de repetirlos.

Así pues, vemos que, gracias a las peculiaridades singulares de su carácter, los individuos pueden influir en los destinos de la sociedad. A veces, su influencia llega a ser muy considerable, pero tanto la posibilidad misma de esta influencia como sus proporciones son determinadas por la organización de la sociedad, por la correlación de las fuerzas que en ella actúan. El carácter del individuo constituye un "factor" del desarrollo social sólo allí, sólo entonces y sólo en el grado en que lo permiten las relaciones sociales.

Se nos puede objetar que el grado de la influencia personal depende asimismo del talento del individuo. Estamos de acuerdo. Pero el individuo no puede poner de manifiesto su talento sino cuando ocupa en la sociedad la situación necesaria para poderlo hacer. ¿Por qué pudo el destino de Francia hallarse en manos de un hombre privado en absoluto de capacidad y deseo de servir al bien público? Porque tal era la organización de la sociedad. Es esta organización la que determina en cada época concreta el papel y, por consiguiente, la importancia social que puede tocar en suerte a los individuos dotados de talento o que carecen de él.

Ahora bien, si el papel de los individuos está determinado por la organización de la sociedad, ¿cómo puede su influencia social, condicionada por este papel, estar

en contradicción con la idea del desarrollo de la sociedad conforme a leyes determinadas? Esta influencia no sólo está en contradicción con tal idea, sino que es una de sus ilustraciones más brillantes.

Pero aquí hay que hacer notar lo siguiente. La posibilidad de la influencia social del individuo, condicionada por la organización de la sociedad, abre las puertas a la influencia de las llamadas *casualidades* sobre el destino histórico de los pueblos. La lujuria de Luis XV era una consecuencia necesaria del estado de su organismo. Pero, en lo que se refiere al curso general del desarrollo de Francia, este estado era *casual*. Mas, como ya hemos dicho, no dejó de ejercer su influencia sobre el destino ulterior de Francia y pasó a formar parte de las causas que han condicionado este destino. La muerte de Mirabeau obedeció, como es natural, a procesos patológicos perfectamente regulares. Pero la necesidad de estos procesos no emanaba, ni mucho menos, del curso general del desarrollo de Francia, sino de algunas propiedades particulares del organismo del famoso orador y de las condiciones físicas en que se produjo el contagio. En lo que se refiere al curso general del desarrollo de Francia, estas particularidades y estas condiciones son *casuales*. Y sin embargo, la muerte de Mirabeau ha influido en la marcha ulterior de la revolución y es una de las causas que la han condicionado.

Más sorprendente aún es la influencia de la casualidad en el ejemplo de Federico II, citado antes, el cual se libró de una situación en extremo embarazosa gracias sólo a la indecisión de Buturlin. El nombramiento de Buturlin, incluso con respecto al curso general del desarrollo de Rusia, podía ser casual en el sentido que nosotros atribuimos a esta palabra y, naturalmente, nada tenía que ver con el curso general del

desarrollo de Prusia. En cambio, no es infundada la hipótesis de que la indecisión de Buturlin salvó a Federico de una situación desesperada. Si en el lugar de Buturlin hubiese estado Suvorov, la historia de Prusia habría tal vez tomado otro rumbo. Resulta, pues, que la suerte de los Estados depende a veces de casualidades que podríamos llamar *casualidades de segundo grado*. Hegel decía: "*In allem Endlichen ist ein Element des Zufälligen*" ["En todo lo finito hay un elemento casual"]. En la ciencia nos tenemos que ver únicamente con lo "finito"; por eso puede decirse que en todos los procesos que ella estudia existe un elemento casual. ¿Excluye esto la posibilidad del conocimiento científico de los fenómenos? No. *La casualidad es algo relativo*. No aparece más que en el punto de intersección de los procesos *necesarios*. La aparición de los europeos en América fue para los habitantes de México y Perú una *casualidad* sólo en el sentido de que no emanaba del desarrollo social de dichos países. Pero no era una casualidad la pasión por la navegación que se había apoderado de los europeos del Occidente a fines de la Edad Media; ni fue casual el hecho de que la fuerza de los europeos venciera fácilmente la resistencia de los indígenas. Las consecuencias de la conquista de México y Perú por los europeos no eran tampoco fruto de la casualidad; en fin de cuentas, estas consecuencias eran la resultante de dos fuerzas: la situación económica de los países conquistados, por un lado, y la situación económica de los conquistadores, por el otro. Y estas fuerzas, así como su resultante, pueden muy bien ser objeto de un estudio científico riguroso.

Las contingencias de la Guerra de los Siete Años ejercieron una gran influencia en la historia ulterior de Prusia. Pero esta influencia habría sido completamente distinta si la hubiesen sorprendido en otra fase de su

desarrollo. Las consecuencias de las casualidades también aquí fueron definidas por la resultante de dos fuerzas: el estado político y social de Prusia, por un lado, y el estado político y social de los Estados europeos que ejercían su influencia sobre ella, por el otro. En consecuencia, tampoco aquí la casualidad impide en absoluto el estudio científico de los fenómenos.

Sabemos ahora que los individuos ejercen frecuentemente una gran influencia en el destino de la sociedad, pero que esta influencia está determinada por la estructura interna de aquélla y por su relación con otras sociedades. Pero con esto no queda agotada la cuestión del papel del individuo en la Historia. Debemos abordarlo todavía en otro de sus aspectos.

Sainte-Beuve pensaba que, dado un número suficiente de causas pequeñas y oscuras del género de las por él indicadas, la Revolución Francesa hubiera podido tener un desenlace *contrario* al que conocemos. Esto es un gran error. Por intrincada que hubiese sido la combinación de pequeñas causas psicológicas y fisiológicas, en ningún caso habría eliminado las grandes necesidades sociales que engendraron la Revolución Francesa; y mientras estas necesidades no hubiesen sido satisfechas, no habría cesado en Francia el movimiento revolucionario. Para que el resultado hubiese sido contrario al que fue en realidad, habría habido que sustituir esas necesidades por otras opuestas, lo que, por supuesto, jamás habría estado en condiciones de hacer ninguna combinación de pequeñas causas.

Las causas de la Revolución Francesa residían en la naturaleza de las *relaciones sociales*, y las pequeñas causas supuestas por Sainte-Beuve no podrían residir sino en las *particularidades individuales* de diferentes personas. La causa determinante de las relaciones sociales reside en el estado de las fuerzas productivas.

Este estado depende de las particularidades individuales de diferentes personas únicamente en el sentido de una mayor o menos capacidad de tales individuos para impulsar los perfeccionamientos técnicos, descubrimientos e inventos. Sainte-Beuve no tuvo en cuenta las particularidades de este género. Pero ninguna otra particularidad probable garantiza a personas aisladas el ejercicio de una influencia directa en el estado de las fuerzas productivas y, por consiguiente, en las relaciones sociales por ellas condicionadas, es decir, en las *relaciones económicas*. Cualesquiera que sean las particularidades de un determinado individuo, éste no puede eliminar unas determinadas relaciones económicas cuando éstas corresponden a un determinado estado de las fuerzas productivas. Pero las particularidades individuales de la personalidad la hacen más o menos apta para satisfacer las necesidades sociales que surgen en virtud de unas relaciones económicas determinadas o para oponerse a esta satisfacción. La necesidad social más urgente de la Francia de fines del siglo XVIII consistía en la sustitución de las viejas instituciones políticas por otras que armonizaran más con el nuevo régimen económico. Los hombres públicos más eminentes y útiles de aquella época fueron precisamente aquellos más capaces de contribuir a la satisfacción de esa necesidad urgente. Supongamos que estos hombres fuesen Mirabeau, Robespierre y Bonaparte. ¿Qué hubiera ocurrido si la muerte prematura no hubiese eliminado a Mirabeau de la escena política? El partido de la monarquía constitucional habría conservado por más tiempo a esta personalidad de gran fuerza; y, por lo tanto, su resistencia frente a los republicanos habría sido más enérgica. Pero nada más. Ningún Mirabeau estaba entonces en condiciones de impedir el triunfo de los republicanos. La fuerza de Mirabeau se basaba íntegramente en la

simpatía y la confianza del pueblo, y éste anhelaba la República porque la corte le irritaba por su obstinada defensa del viejo régimen. En cuanto el pueblo se hubiera convencido de que Mirabeau no simpatizaba con sus ideales republicanos, habría dejado de simpatizar con Mirabeau y, entonces, el gran orador habría perdido casi toda su influencia y, más tarde, tal vez, caído víctima del movimiento que él se hubiera empeñado inútilmente en detener. Lo mismo, más o menos, puede decirse de Robespierre. Admitamos que él representaba en su partido una fuerza insustituible en absoluto. Pero, en todo caso, no era su única fuerza. Si la caída casual de un ladrillo le hubiera matado, supongamos, en enero de 1793, su puesto habría sido ocupado, claro está, por otro, y aunque este otro hubiera sido inferior a él en todos los sentidos, los acontecimientos, a pesar de todo, habrían tomado *el mismo rumbo* que tomaron con Robespierre. Así, por ejemplo, los girondinos, también en este caso, no habrían evitado, seguramente, la derrota; pero es posible que el partido de Robespierre hubiera perdido el poder un poco antes, de modo que ahora no hablaríamos de la reacción termidoriana,<sup>1</sup> sino de la florealiana, pradialiana o mesidoriana.<sup>2</sup> Algunos objetarán, quizá, que con su despiadado terrorismo Robespierre aceleró en vez de retardar la caída de su partido. No examinaremos aquí esta hipótesis; la

---

<sup>1</sup>Reacción termidoriana — reacción política y social en Francia después del golpe de Estado contrarrevolucionario del 9 termidor (27 de julio de 1794), que puso fin a la dictadura de la pequeña burguesía y llevó al cadalso a su jefe Robespierre. (N. de la Red.)

<sup>2</sup>Termidor, floreal, pradiar, mesidor, brumario, etc. — nombres dados a los meses en el calendario revolucionario impuesto por la Convención en otoño de 1793 para subrayar la ruptura definitiva de la revolución con la contrarrevolucionaria Iglesia católica. (N. de la Red.)

admitiremos como si fuera completamente fundada. En tal caso, habrá que suponer que la caída del partido de Robespierre no se habría producido en termidor, sino en fructidor, vendimiario o brumario. En una palabra, se habría producido tal vez antes o después, pero en todo caso se habría producido infaliblemente, porque la capa del pueblo sobre la que se apoyaba este partido no estaba preparada en absoluto para mantenerse en el poder por largo tiempo. En todo caso, no puede hablarse de resultados "contrarios" a los que se obtuvieron gracias a la contribución enérgica de Robespierre.

Tampoco hubieran podido ser éstos los resultados si una bala hubiese matado a Bonaparte, por ejemplo, en la batalla de Arcole. Lo que Napoleón hizo en las campañas de Italia y en las demás expediciones lo hubieran hecho otros generales. Estos quizás no habrían mostrado tanto talento como aquél, ni obtenido victorias tan brillantes. Pero, a pesar de eso, la República Francesa hubiera salido victoriosa en sus guerras de entonces, porque sus soldados eran incomparablemente mejores que todos los soldados europeos. Por lo que se refiere al 18 brumario<sup>1</sup> y a su influencia en la vida interior de Francia, también aquí la marcha general y el desenlace de los acontecimientos habrían sido *en el fondo* los mismos, acaso, que bajo Napoleón. La República, herida de muerte el 9 termidor, agonizaba lentamente. El Directorio no podía restablecer el orden que era a lo que por encima de todo aspiraba la burguesía,

---

<sup>1</sup>El 18 brumario del VIII año de la República (9 de noviembre de 1799), día en que el general Napoleón Bonaparte dio el golpe de Estado que produjo la caída del régimen del Directorio y la creación, primero, del Consulado y después del Imperio. (N. de la Red.)

una vez libre de la dominación de los estados superiores. Para restablecer el orden hacía falta una "buena espada", según la expresión de Sieyès. En un principio se pensó que el papel de espada bienhechora lo desempeñaría el general Joubert, pero cuando éste encontró la muerte cerca de Novi, comenzaron a sonar los nombres de Moreau, MacDonald y Bernadotte.<sup>1</sup> De Bonaparte empezó a hablarse más tarde, y si él hubiera muerto como Joubert, ni siquiera se habría hablado de él, recurriendo a cualquier otra "espada". De suyo se comprende que el hombre elevado por los acontecimientos al rango de dictador, por su parte, debía abrirse camino infatigablemente hacia el poder, echando a un lado y aplastando de manera implacable a cuantos eran para él un estorbo. Bonaparte poseía una energía de hierro y no se detenía ante nada con tal de alcanzar el fin propuesto. Pero, además de él, había entonces no pocos egoístas llenos de energía, de talento y de ambición. El puesto que llegó a ocupar no habría quedado vacío, por cierto. Supongamos, ahora, que otro general que hubiese alcanzado este puesto hubiera sido más pacífico que Napoleón, que no hubiera llegado a levantar contra él a toda Europa, y, por lo tanto, hubiera muerto en las Tullerías y no en la isla de Santa Elena. En ese caso, los Borbones no habrían vuelto jamás a Francia; para ellos, naturalmente, semejante resultado habría sido "contrario" al que se obtuvo en realidad. Pero, por lo que se refiere a la vida interior de Francia en su conjunto, se habría diferenciado poco del resultado efectivo. Una "buena espada" después de restablecer el orden y de asegurar el dominio de la burguesía, no habría tardado en fastidiarla con sus costumbres cuar-

---

<sup>1</sup>Véase *La vie en France sous le Premier Empire*, por el vizconde de Broc, págs. 35-36 y siguientes. París, 1895.

teleras y su despotismo. Habriase iniciado un movimiento liberal semejante al que se produjo durante la Restauración; la lucha, poco a poco, se habría encendido con mayor fuerza, y como las "buenas espadas" no se distinguen por su carácter conciliador, es posible que el virtuoso Luis Felipe hubiera escalado el trono de sus entrañablemente queridos parientes no en 1830, sino en 1820 o en 1825. Todos estos cambios en el curso de los acontecimientos habrían podido influir en parte sobre la vida política ulterior y, a través de ella, sobre la ulterior vida económica de Europa. Pero, no obstante, el resultado final del movimiento revolucionario no habría sido de ningún modo "contrario" al resultado efectivo. Gracias a las particularidades de su inteligencia y de su carácter, las personalidades influyentes pueden hacer variar *el aspecto individual de los acontecimientos y algunas de sus consecuencias particulares*, pero no pueden hacer variar *su orientación general*, que es determinada por otras fuerzas.

## VII

Además, es necesario hacer notar lo siguiente: discurrendo sobre el papel de las grandes personalidades en la Historia, somos víctimas casi siempre de cierta ilusión óptica, que convendrá indicar al lector.

Al desempeñar su papel de "buena espada" salvadora del orden social, Napoleón apartó con ello de dicho papel a todos los otros generales, algunos de los cuales quizá lo habrían desempeñado tan bien o casi tan bien como él. Una vez satisfecha la necesidad social de un gobernante militar enérgico, la organización social cerró el camino hacia el puesto de gobernante militar a todos los demás talentos militares. Su fuerza se convirtió en una fuerza desfavorable para la revelación de otros talentos de este género. Gracias a ello se tiene la ilusión óptica a que antes nos referíamos. La fuerza *personal* de Napoleón se nos presenta bajo una forma en extremo exagerada, puesto que le atribuimos toda la fuerza *social* que la elevó a un primer plano y la apoyaba. Esa fuerza personal nos parece algo absolutamente excepcional, porque las demás fuerzas idénticas a ella no se transformaron de *potenciales* en *reales*. Y cuando se nos pregunta qué habría ocurrido si no hubiese existido Napoleón, nuestra *imaginación* se embrolla y nos parece que sin él no hubiera podido producirse todo el

movimiento social sobre el que se basaban su fuerza y su influencia.

En la historia del desarrollo intelectual de la humanidad es mucho más raro el caso en que el éxito de un individuo impide el éxito de otro. Pero incluso en este terreno no estamos libres de la citada ilusión óptica. Cuando una situación determinada de la sociedad plantea ante sus representantes espirituales ciertas tareas, éstas atraen hacia sí la atención de los espíritus eminentes hasta tanto que consiguen resolverlas. Una vez logrado esto, su atención se orienta hacia otro objeto. Después de resolver el problema X, el hombre de talento A, con lo mismo, desvía la atención del hombre de talento B de este problema ya resuelto hacia otro problema Y. Y cuando se nos pregunta qué habría sucedido si A hubiese muerto antes de lograr resolver el problema X, nos imaginamos que el hilo del desarrollo intelectual de la sociedad se habría roto. Olvidamos que en caso de morir A, de la solución del problema podrían haberse encargado B o C o D y que, de este modo, el hilo del desarrollo intelectual no se habría cortado a pesar de la muerte prematura de A.

Dos condiciones son necesarias para que el hombre dotado de cierto talento ejerza, gracias a él, una gran influencia sobre el curso de los acontecimientos. Es preciso, en primer término, que su talento corresponda mejor que los demás a las necesidades sociales de una época determinada: si Napoleón, en vez de su genio militar, hubiese poseído el genio musical de Beethoven, no habría llegado, claro está, a ser emperador. En segundo término, el régimen social vigente no debe obstaculizar el camino al individuo dotado de un determinado talento, necesario y útil justamente en el momento de que se trate. El mismo Napoleón habría muerto como un general poco conocido o con el nombre

de coronel *Buonaparte* si el viejo régimen hubiese durado en Francia setenta y cinco años más.<sup>1</sup> En 1789 Davout, Desaix, Marmont y MacDonald eran *tenientes*; Bernadotte, *sargento mayor*; Hoche, Marceau, Lefebvre, Pichegru, Ney, Masséna, Murat, Soult *sargentos*; Augereau *maestro de esgrima*; Lannes, *tintorero*; Gouvion-Saint-Cyr, *actor*; Jourdan, *repartidor*; Bessières, *peluquero*; Brune, *tipógrafo*; Joubert y Junot eran *estudiantes de la Facultad de Derecho*; Kléber era *arquitecto*; Mortier no ingresó en el ejército hasta la revolución.<sup>2</sup>

Si el viejo régimen hubiera continuado existiendo hasta hoy, a nadie de nosotros se nos habría ocurrido pensar que, a fines del siglo pasado, en Francia, algunos actores, tipógrafos, peluqueros, tintoreros, abogados, repartidores y maestros de esgrima eran genios militares *en potencia*.<sup>3</sup>

Stendhal hace notar que un hombre nacido el mismo año que Ticiano, es decir, en 1477, habría podido ser contemporáneo de Rafael (muerto en 1520) y de Leonardo da Vinci (muerto en 1519) durante cuarenta años; habría podido pasar largos años con Correggio, muerto

---

<sup>1</sup>Es posible que entonces Napoleón hubiera venido a Rusia, *adonde unos años antes de la Revolución tenía la intención de dirigirse*. Aquí hubiera hecho méritos, seguramente, combatiendo contra los turcos o los montañeses del Cáucaso, pero a nadie se le hubiera ocurrido que este oficial pobre, pero de talento, podría, en circunstancias favorables, llegar a ser dueño del mundo.

<sup>2</sup>Ver *Historia de Francia*, por V. Duruy, t. II, págs. 524 y 525, París, 1893.

<sup>3</sup>Durante el reinado de Luis XV sólo uno de los representantes del tercer estado, Chevert, pudo llegar hasta el grado de teniente general. Bajo el reinado de Luis XVI, la carrera militar era más inaccesible aún para dicho estado. Ver: Rambaud, *Histoire de la Civilisation Française*, sexta edición, t. II, pág. 225.

en 1534, y con Miguel Angel, que llegó a vivir hasta 1563; no habría tenido más que treinta y cuatro años cuando murió Giorgione; habría podido conocer al Tintoretto, a Bassano, al Veronés, a Julio Romano y a Andrés del Sarto; en una palabra, habría sido contemporáneo de todos los famosos pintores, a excepción de los que pertenecían a la escuela de Bolonia, que apareció un siglo después.<sup>1</sup> Del mismo modo puede decirse que el hombre nacido el mismo año que Wouwerman habría podido conocer personalmente a casi todos los grandes pintores de Holanda,<sup>2</sup> y que un hombre de la misma edad que Shakespeare habría sido contemporáneo de toda una pléyade de notables dramaturgos.<sup>3</sup>

Hace tiempo que se ha hecho la observación de que los talentos aparecen, siempre y en todas partes, allá donde existen condiciones sociales favorables para su desarrollo. Esto significa que todo talento que se ha manifestado efectivamente, es decir, todo talento convertido en fuerza social es fruto de las relaciones sociales. Pero si esto es así, se comprende por qué los hombres de talento, como hemos dicho, sólo pueden hacer variar el aspecto individual y no la orientación general

---

<sup>1</sup>*Histoire de la Peinture en Italie*, págs. 24-25. París, 1892.

<sup>2</sup>En 1608 nacieron Terborch, Brouwer y Rembrandt; en 1610, Adrián van Ostade, Both y Fernando Bol; en 1613, Van der Helst y Gerardo Dou; en 1615, Metsu; en 1620, Wouwerman; en 1621, Weenix, Everdingen y Pynacker; en 1624, Berghen; en 1629, Pablo Potter; en 1626, Juan Steen; en 1630, Ruysdael; en 1637, Van der Heyden; en 1638, Hobbema; en 1639, Adrián van der Velde.

<sup>3</sup>"Shakespeare, Beaumont, Fletcher, Jonson, Webster, Massinger, Ford, Middleton y Heywood, aparecidos al mismo tiempo o uno tras otro, representan la nueva generación que, gracias a su situación favorable, floreció magníficamente sobre el terreno preparado por los esfuerzos de la generación anterior." Taine, *Histoire de la Littérature Anglaise*, t. I, pág. 468, París 1863.

de los acontecimientos; ellos mismos existen gracias únicamente a esta orientación; si no fuera por eso, nunca habrían podido cruzar el umbral que separa lo potencial de lo real.

De suyo se comprende que hay talentos y talentos. "Cuando una nueva etapa en el desarrollo de la civilización da vida a un nuevo género de arte —dice con razón Taine—, aparecen decenas de talentos que expresan sólo a medias el pensamiento social, en torno a uno o dos genios que lo expresan a la perfección."<sup>1</sup> Si causas mecánicas o fisiológicas, desvinculadas del curso general del desarrollo social, político e intelectual de Italia hubieran causado la muerte de Rafael, Miguel Angel y Leonardo da Vinci en su infancia, el arte pictórico italiano sería menos perfecto, pero la tendencia general de su desarrollo en la época del Renacimiento no hubiera sido otra. No fueron Rafael, Leonardo da Vinci ni Miguel Angel los que crearon esa tendencia: ellos sólo fueron sus mejores representantes. Es verdad que en torno de un hombre genial se forma generalmente toda una escuela, cuyos discípulos tratan de imitar hasta los menores procedimientos del maestro; por eso, la laguna que con su muerte prematura habrían dejado en el arte italiano de la época del Renacimiento Rafael, Miguel Angel y Leonardo da Vinci habría ejercido una gran influencia sobre muchas particularidades secundarias de su historia ulterior. Pero tampoco esta historia habría cambiado en su esencia si, debido a ciertas causas generales, no se hubiera producido un cambio fundamental en el curso general del desarrollo intelectual de Italia.

---

<sup>1</sup>Taine, *Histoire de la Littérature Anglaise*, t. II, pág. 5, París, 1863.

Es sabido, sin embargo, que las diferencias cuantitativas se transforman, en fin de cuentas, en cualitativas. Esto es cierto siempre, y, por lo tanto, también lo es aplicado a la Historia. Una determinada corriente artística puede no haber alcanzado ninguna manifestación notable si una confluencia de circunstancias desfavorables hace que desaparezcan uno tras otro varios hombres de talento que habrían podido convertirse en sus representantes. Pero la muerte prematura de estos hombres no impide la manifestación artística de dicha corriente sino cuando no es lo suficientemente profunda para destacar nuevos talentos. Y como la profundidad de cualquier corriente dada, tanto en la literatura como en el arte, está determinada por la importancia que tiene para la clase o capa social cuyos gustos expresa y por el papel social de esta clase o capa, aquí también todo depende, en última instancia, del curso del desarrollo social y de la correlación de las fuerzas sociales.

## VIII

Así pues, particularidades individuales de las personalidades eminentes determinan el aspecto individual de los acontecimientos históricos, y el elemento casual, en el sentido indicado por nosotros, desempeña siempre cierto papel en el curso de estos acontecimientos, cuya orientación está determinada, en última instancia, por las llamadas causas generales, es decir, de hecho, por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones mutuas entre los hombres en el proceso económico-social de la producción, que aquél determina. Los fenómenos casuales y las particularidades individuales de las personalidades destacadas son incomparablemente más patentes que las profundas causas generales. Los hombres del siglo XVIII pensaban poco en estas causas generales, explicando la historia como resultado de los actos conscientes y las "pasiones" de las personalidades históricas. Los filósofos de este siglo afirmaban que la Historia podría marchar por caminos totalmente diferentes bajo la influencia de las más insignificantes causas, por ejemplo a consecuencia de que la cabeza de cualquier gobernante comenzaba a hacer de las suyas un "átomo" cualquiera (opinión que aparece expresada más de una vez en el *Système de la Nature*).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>*Sistema de la Naturaleza* — obra fundamental de Holbach, destacado filósofo y escritor francés (1723—1789). (N. de la Red.)

Los defensores de la nueva orientación en la ciencia histórica se dedicaron a demostrar que la Historia no podía seguir otro rumbo distinto al que en realidad ha seguido, a pesar de todos los "átomos" Tratando de hacer resaltar lo mejor posible la acción de las causas generales, pasaban por alto la importancia de las particularidades individuales de los personajes históricos. Según ellos, la sustitución de una personalidad por otra más o menos capaz no modificaba en nada los acontecimientos históricos.<sup>1</sup> Pero una vez admitida semejante hipótesis nos vemos obligados a reconocer *que el elemento individual no tiene absolutamente ninguna importancia en la Historia* y que todo en ella se reduce a la acción de las causas generales, de las leyes generales del movimiento histórico. Era un extremismo que no dejaba lugar a la partícula de verdad contenida en la concepción opuesta. Por esta razón, precisamente, la concepción opuesta seguía conservando cierto derecho a la existencia. El choque de estas dos concepciones adquirió la forma de una antinomia, una de cuyas partes eran las leyes generales, y la otra, la acción de las personalidades. Desde el punto de vista de la segunda parte de la antinomia, la Historia aparecía como una simple concatenación de casualidades; desde el punto de vista de la primera parte, parecía que incluso los rasgos individuales de los acontecimientos históricos obedecían a la acción de las causas generales. Pero si los rasgos individuales de los acontecimientos se deben a la influencia de las causas generales y no dependen de las

---

<sup>1</sup>Así era cuando se ponían a discurrir sobre la regularidad de los acontecimientos históricos. En cambio, cuando algunos de ellos relataban simplemente estos acontecimientos, ocurría con frecuencia que llegaban a atribuir al elemento personal una importancia exagerada. Pero lo que a nosotros nos interesa ahora no son sus relatos, sino sus juicios.

particularidades individuales de las personalidades históricas, resulta que estos rasgos *se determinan por las causas generales* y no pueden ser modificados por más que cambien estos personajes. La teoría adquiere así un carácter *fatalista*.

Esto no escapó a la atención de sus adversarios. Sainte-Beuve ha comparado las concepciones históricas de Mignet con las de Bossuet. Este pensaba que la fuerza que engendra los acontecimientos históricos emana del cielo, que los acontecimientos son una expresión de la voluntad divina. Mignet buscaba esta fuerza en las pasiones humanas, que se manifiestan en los acontecimientos históricos con todo el rigor e inexorabilidad de las fuerzas de la naturaleza. Pero tanto el uno como el otro interpretaban la Historia cual una cadena de fenómenos que en ningún caso habrían podido ser diferentes de lo que han sido: los dos eran fatalistas; en este sentido, el filósofo se acerca al sacerdote ("*le philosophe se rapproche du prêtre*").

Este reproche seguía siendo fundado hasta tanto que la concepción de la regularidad de los acontecimientos históricos considerase nula la influencia sobre ellos de las particularidades individuales de las personalidades históricas destacadas.

Y este reproche debía producir una impresión tanto más fuerte cuanto que los historiadores de la nueva escuela, al igual que los historiadores y filósofos del siglo XVIII, consideraban que *la naturaleza humana* era la fuente suprema de la que partían y a la que obedecían todas las *causas generales* del movimiento histórico. Como la Revolución Francesa había demostrado que los acontecimientos históricos no están condicionados únicamente por las acciones *conscientes* de los hombres, Mignet, Guizot y otros sabios de la misma orientación destacaban al primer plano la acción de

las pasiones, las cuales, con frecuencia, rechazan todo *control de la conciencia*. Pero si las pasiones son la causa determinante y más general de los acontecimientos históricos, ¿por qué no tiene razón Sainte-Beuve cuando afirma que la Revolución Francesa habría podido tener un desenlace contrario al que conocemos, si se hubieran encontrado hombres capaces de inculcar al pueblo francés pasiones diferentes a las que lo agitaban? Mignet contestaría: porque dadas las propiedades de la naturaleza humana no podían agitar entonces a los franceses otras pasiones. En cierto sentido, sería verdad. Mas esta verdad tendría un pronunciado matiz fatalista, ya que equivaldría a la tesis según la cual la Historia de la humanidad, en todos sus detalles, está predeterminada por las propiedades *generales* de la naturaleza humana. El fatalismo sería en este caso la consecuencia de la dilución *de lo individual en lo general*. Hay que decir que el fatalismo es siempre la consecuencia de dicha dilución. Se dice que, "si todos los fenómenos sociales son necesarios, nuestra actividad no puede tener ninguna importancia". Esta es una formulación errónea de un pensamiento certero. Debe decirse: si todo se hace mediante lo *general*, entonces lo *individual*, comprendidos mis propios esfuerzos, no tiene ninguna importancia. *Semejante* conclusión es exacta, pero la utilizan desacertadamente. No tiene ningún sentido aplicada a la moderna interpretación materialista de la Historia, en la que cabe también lo individual. Pero era fundada respecto a las concepciones de los historiadores franceses de la época de la Restauración.

Al presente ya no es posible considerar a la naturaleza humana como la causa determinante y más general del movimiento histórico: si es constante, no puede explicar el curso, variable en extremo, de la

Historia, y si cambia, es evidente que sus cambios están condicionados por el movimiento histórico. Actualmente, hay que reconocer que la causa determinante y más general del movimiento histórico de la humanidad es el desarrollo de las fuerzas productivas, que son las que condicionan los cambios sucesivos en las relaciones sociales de los hombres. Al lado de esta causa *general*, obran causas *particulares*, es decir, la *situación histórica* en la cual tiene lugar el desarrollo de las fuerzas productivas de un pueblo dado y que, a su vez, y en última instancia, ha sido creada por el desarrollo de estas mismas fuerzas en otros pueblos, es decir, por la misma causa general.

Por último, la influencia de las causas *particulares* es completada por las causas *singulares*, es decir, por las particularidades individuales de los hombres públicos y por otras "casualidades", en virtud de las cuales los acontecimientos adquieren, en fin de cuentas, su *aspecto individual*. Las causas *singulares* no pueden originar cambios radicales en la acción de las causas *generales* y *particulares*, que, por otra parte, condicionan la orientación y los límites de la influencia de las causas *singulares*. Pero, no obstante, es indudable que la Historia tomaría otro aspecto si las causas *singulares*, que ejercen influencia sobre ella, fuesen sustituidas por otras causas del mismo orden.

Monod y Lamprecht continúan manteniéndose en el punto de vista de la naturaleza humana. Más de una vez Lamprecht ha declarado categóricamente que, según su opinión, la psicología social constituye la causa principal de los fenómenos históricos. Es un grave error, en virtud del cual el deseo, loable en sí, de tener en cuenta "todo el conjunto de la vida social" no puede conducir más que a un eclecticismo sin contenido, aunque hinchado, o —entre los más consecuentes— a los

razonamientos "a la Kabliz" sobre la importancia relativa de la inteligencia y del sentimiento.

Pero volvamos a nuestro tema. El gran hombre lo es no porque sus particularidades individuales impriman una fisonomía individual a los grandes acontecimientos históricos, sino porque está dotado de particularidades que le hacen el individuo más capaz de servir a las grandes necesidades sociales de su época, surgidas bajo la influencia de causas generales y particulares. Carlyle, en su conocida obra sobre los héroes, les aplica el nombre de *iniciadores* ("*Beginners*"). Es un nombre muy acertado. El gran hombre es, justamente, un iniciador, porque ve *más lejos* que otros y desea *más fuertemente* que otros. Resuelve los problemas científicos planteados por el curso anterior del desarrollo intelectual de la sociedad; señala las nuevas necesidades sociales, creadas por el anterior desarrollo de las relaciones sociales; toma la iniciativa de satisfacer estas necesidades. Es un héroe. No en el sentido de que puede detener o modificar el curso natural de las cosas, sino en el sentido de que su actividad constituye una expresión consciente y libre de este curso necesario e inconsciente. En esto residen toda su importancia y toda su fuerza. Pero esta importancia es colosal y esta fuerza es tremenda.

Bismarck decía que nosotros no podemos hacer la Historia, sino que debemos esperar a que se haga. Pero ¿quiénes hacen la Historia? La Historia es hecha por el *ser social*, que es su "*factor*" *único*. El ser social crea él mismo sus relaciones, es decir, las relaciones sociales. Pero si en un momento dado crea precisamente tales relaciones y no otras, esto no sucede, como es natural, sin su causa y razón; se debe al estado de las fuerzas productivas. Ningún gran hombre puede imponer a la sociedad relaciones que *ya* no corresponden al estado de

dichas fuerzas o que *todavía* no corresponden a él. En este sentido, el ser social no puede, efectivamente, hacer la Historia y, en este caso, sería inútil que moviera las agujas de su reloj: no aceleraría la marcha del tiempo, ni lo haría retroceder. En esto tiene plena razón Lamprecht: ni siquiera cuando se encontraba en el apogeo de su poderío, Bismarck hubiera podido hacer retroceder a Alemania a la economía natural.

Las relaciones sociales tienen su lógica: en tanto que los hombres se encuentran en determinadas relaciones mutuas, ellos necesariamente sentirán, pensarán y obrarán así y no de un modo diferente. Sería inútil que la personalidad eminente se empeñara en luchar contra esta lógica: la marcha natural de las cosas (es decir, la misma lógica de las relaciones sociales) reduciría a la nada sus esfuerzos. Pero si yo sé en qué sentido se modifican las relaciones sociales en virtud de determinados cambios en el proceso social y económico de la producción, sé también en qué sentido se modificará a su vez la psicología social; por consiguiente, tengo la posibilidad de influir sobre ella. Influir sobre la psicología social es influir sobre los acontecimientos históricos. Se puede afirmar, por lo tanto, que, en cierto sentido, yo *puedo*, con todo, *hacer la Historia*, y no tengo necesidad de esperar hasta que la Historia "se haga".

Monod supone que los acontecimientos e individuos verdaderamente importantes en la Historia no lo son sino como signos y símbolos del desarrollo de las instituciones y de las condiciones económicas. Es un pensamiento acertado, aunque la formulación es muy inexacta. Pero, precisamente porque es un pensamiento acertado, no hay justificación para oponer la actividad de los grandes hombres "*al movimiento lento*" de dichas condiciones e instituciones. La modificación más o

menos lenta de las "condiciones económicas" coloca periódicamente a la sociedad ante la necesidad de reformar con mayor o menor rapidez sus instituciones. Esta reforma jamás se produce "espontáneamente"; exige siempre la intervención de los *hombres*, ante los cuales surgen, de este modo, grandes problemas sociales. Y son llamados grandes hombres precisamente aquellos que, más que nadie, contribuyen a la solución de estos problemas. Ahora bien, *resolver un problema* no significa ser únicamente "símbolo" y "signo" de que éste ha sido resuelto.

Nos parece que Monod ha opuesto estos dos puntos de vista sobre todo porque le ha gustado la simpática palabreja "*lentos*". Es una palabreja preferida por muchos evolucionistas contemporáneos. Desde el punto de vista psicológico, esta preferencia se comprende: nace necesariamente en el ambiente bienintencionado de la moderación y de la puntualidad. . . Pero, desde el punto de vista de la lógica, no resiste a la crítica, como lo ha demostrado Hegel.

Y no son tan sólo los "iniciadores", los "grandes" hombres, los que tienen abierto ante sí un ancho campo de acción, sino todos los que tienen ojos para ver, oídos para oír y corazón para amar a su prójimo. El concepto de *grande* es relativo. En el sentido moral, es grande todo aquel que, como dice la expresión evangélica, "sacrifica su vida por el prójimo".

## INDICE

	Página
PRESENTACIÓN . . . . .	5
PRINCIPIOS DE COMUNISMO, Federico Engels . . . . .	7
CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA, J. Plejanov . . . . .	37
EL PAPEL DEL INDIVIDUO EN LA HISTORIA, J. Plejanov . . . . .	97



Presentamos a nuestros lectores un compendio de orden didáctico acerca del marxismo.

En primer lugar, publicamos el cuestionario de Engels sobre los puntos fundamentales del marxismo, que en forma sencilla inicia al militante de la causa popular en el conocimiento ordenado y claro del abecé del marxismo.

Completamos este trabajo con dos estudios didácticos de Plejanov que también han servido, durante generaciones, a los trabajadores para dilucidar problemas de enfoque revolucionario en asuntos tan candentes como la diferencia entre el héroe y la masa, destacando el papel siempre concluyente de esta última. De otra parte, los rasgos esenciales de la sociedad y sus fenómenos se esclarecen en un sencillo ensayo sobre el materialismo histórico, que en el análisis de las clases sociales y su significado para la política nos ofrece un método definido y certero.

Títulos aparecidos:

1. "Marx y Engels" / "Cincuenta Años de Anti-Dühring".
2. "Principios de Comunismo".

D. Riazanov

F. Engels

Próximos títulos:

3. "Qué es Materialismo Dialéctico".
4. "El Programa de los Bolcheviques".
5. "Qué es Materialismo Histórico".

O. Kuusinen

N. Bujarin

O. Kuusinen